DESDE

NUESTRO OBSERVATORIO

ESTUDIO DE ACTUALIDAD

POR

LUIS ALDUNATE

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
CALLE DE LA BANDERA, NÚM. 73
1893

DESDE NUESTRO OBSERVATORIO

ESTUDIO DE ACTUALIDAD

I

Se hace ya larga la controversia que la prensa viene sosteniendo en orden á nuestra actualidad económica.

Todo tiende á manifestar que ha pasado el momento de la discusión para entrar resueltamente al período de la acción.

De otra manera nos expondríamos á que la tormenta nos sorprendiera con sus estragos y que, cual los conejos de la fábula, el país fuera víctima de su imprevisión mientras se disputaba si eran galgos ó podencos sus perseguidores.

Ni avanzan tampoco muy útilmente las ideas con la ya indefinida prolongación de estos debates.

Cuanto es dable oir en la materia controvertida, hase dicho y repetido sobradamente.

Hay quienes piensan que el fracaso de la ley de 26 de noviembre, se debe exclusivamente á las alarmas y recelos injustificados de los que sostienen que existe una

contracción monetaria precursora de próxima é inevitable crisis. Esa propaganda malsana, se añade, ha llevado á sus autores á estimular la ocultación del billete fiscal, puesto que se emplea un lujo de persistencia en sostener que la desmonetización del circulante, estatuida por el artículo 7.º de la ley, convierte el retiro del billete fiscal en el más suculento de los negocios. Guardar billetes que valen 16 d para cobrarles el 31 de diciembre de 1895 á 30 d es, según la enseñanza de los alarmistas, el medio más cierto de hacer fortuna rápida y sin sacrificios.

Para los que sustentan la corriente de ideas opuestas, no es, por cierto, la situación que atravesamos, la obra de alarmas mal inspiradas. Ella es, por la inversa, la resultante lógica y fatal de las resoluciones legislativas de 1892.

Pero, al tocar este punto, cuando se llega á precisar, á señalar en concreto los yerros de la ley de noviembre, desaparece el acuerdo, disípase la inteligencia común, anarquízanse y divídense las opiniones de sus impugnadores.

Mientras los unos afirman que la ley es buena en su contexto general y que todos los males que lamentamos se deben única y exclusivamente al malhadado artículo 7.º que ha traído la contracción monetaria y la ocultación del billete; los de más allá sostienen que no es tan *único* ni tan exclusivo ese error, ya que sería también indispensable suprimir ó reducir, cuando menos, las abultadas incineraciones mensuales de billetes que amenazan agotar el circulante existente sin que otro alguno pudiera reemplazarle.

Un tercer grupo de opiniones lleva sus críticas más adelante y agrega que es menester asimismo suprimir el

pago en oro de los derechos de aduana y trasplantar á Europa el asiento de las futuras emisiones de bonos internacionales á fin de que sus productos se destinen á la compra de títulos de la deuda consolidada inglesa.

No faltan, por último, quienes avancen todavía en este camino de las reformas al detalle de la ley en análisis, apuntando la necesidad de acompañar las modificaciones señaladas, de un sistema de medidas protectoras de la industria nacional.

No necesitamos reconocer filas en uno ú otro de los bandos contendientes.

Antes, mucho antes de que la ley de noviembre naciera á su desgraciada vida, nos cupo la fácil tarea de señalar sus errores de más bulto y sus probables dañosos resultados.

Combatiendo el fondo mismo del sistema ideado para llegar á la conversión, decíamos en setiembre del año último, lo que sigue:

"En el sentir unánime de los tratadistas, la primera de las condiciones que se exigen para llevar á feliz término una operación de esta naturaleza, es la de que el tipo de cambio, ó sea, el valor relativo de la moneda y del papel que se trata de eliminar de la circulación, se encuentren próximos el uno del otro.

"En este sentido, la conversión que intentáramos en este momento, no podría ser iniciada en época más inoportuna. Nunca, ó casi nunca, en efecto, hemos tenido, á contar desde la iniciación del curso forzoso, un cambio más abatido ni más distante de la par que el que hoy rige.

"Esto, no obstante, esta circunstancia no debiera ser parte á desalentarnos de tan buen propósito. Todo de-

pendería, para alcanzar éxito en la empresa, de la manera como nos preparásemos para realizarla.

"Supongamos, por ejemplo, que se fijara prudencialmente para este efecto, el 1.º de enero de 1897. Tendríamos, en tal caso, cuatro años de plazo para preparar la conversión.

"Nada más sencillo entonces que amoldar á esta exigencia primordial el presupuesto de los gastos públicos *economizando* anualmente la cuarta parte del total de nuestra circulación monetaria.

"Este sistema de una simplicidad tan absoluta es también el *único* de eficacia absoluta.

"Nada, por ahora, de empréstitos en libras esterlinas cuyo producido se aplique á incinerar mensualmente el papel moneda.

"El empréstito exterior podría venir á su tiempo, caso de necesitarle, cuando nos acercáramos al día de la conversión y para auxiliarla con mayor eficacia, pero le tendríamos costeado de antemano con nuestras economías.

"*Nada tampoco de incineraciones anticipadas de papel que no habrían de producir otro efecto que una contracción ó una crísis monetaria con su obligado acompañamiento de trastornos y de encarecimiento en el alquiler de los capitales.*" (*Finanzas revueltas*, septiembre de 1892.)

En orden, ahora, á los inevitables y perniciosos resultados que habría de producir el pago en oro de una fuerte cuota de los derechos de aduana, añadíamos:

"Por treinta y siete votos contra *seis* fué aprobado en la honorable Cámara de Diputados, el artículo 9.º del proyecto que estudiamos, artículo que establece la obligación de pagar en libras esterlinas inglesas, á razón de seis pesos treinta y un centavos cada libra ($ 6.31) los

derechos de internación y almacenaje, en la cuota de 25 % de esos derechos durante el año de 1893 y en la de 50 % en los siguientes años de 1894 y 1895.

"Considerada la prescripción en análisis en su carácter de recurso peculiar destinado á la cesación del curso forzoso y al restablecimiento de pagos en especie, no vacilamos en calificarla de la más admirable contraproducencia.

"En efecto, de la suma total de la renta de aduanas de la República que en el último año normal de 1890 alcanzó á $ 46.696,362.75 centavos, tenemos que el impuesto de internación y almacenaje, representa la cifra de $ 17.013,423. Suponiendo que las internaciones permanezcan estacionarias, resultará que para pagar en libras esterlinas inglesas el 50% de aquella cifra, será necesario introducir al país *ocho y medio millones* de pesos *oro*.

"No es necesario esforzarse en demostrar cuál sería el efecto que produciría una necesidad semejante en un mercado estrecho y abatido como el nuestro, por la depresión del tipo de los cambios.—Si hoy no hay letras en nuestros mercados ni tenemos fondos en Europa en cantidades suficientes para pagar nuestras deudas y si, por esta causa, la cotización actual del cambio varía entre 17 y 18 d, ¿cuál será la situación el día en que el comercio, por su parte, tenga que introducir una suma de ocho y medio millones de pesos oro para pagar solamente derechos de sus internaciones y el gobierno, de otro lado, tenga que aumentar en £ 180,000 anuales, ó sea, en $ 900,000 oro el servicio de su deuda? ¿Llegaremos por semejantes caminos á entonar el valor del papel de curso forzoso y á facilitar su conversión en metálico?

«Es necesario cerrar los ojos á la evidencia para no ver que el resultado de estas medidas será alejarnos muy considerablemente del propio objetivo á que se dicen encaminadas.

«Razón sobrada tenía el banquero ruso, citado por Leroy Beaulieu, quien, con la experiencia de lo que pasaba en su patria, escribia en el *Economiste* francés de 12 de enero de 1878, lo que sigue:

«La obligación de pagar los derechos de aduana en oro, era una de las causas que depreciaban más el papel moneda. Esta obligación aumentaba la demanda de especies metálicas en toda la suma bien considerable que representan anualmente esos derechos y este aumento hacia encarecer naturalmente las especies metálicas disminuyendo, por la inversa, el valor del papel de curso forzoso.» (Folleto citado.)

II

Hemos hecho las precedentes citas y recuerdos, no por la pueril jactancia de haber señalado con mucha anterioridad á la ley de noviembre, algunos de los más capitales errores que ha demostrado su aplicación, sino sólo y exclusivamente para dejar de manifiesto hasta qué punto es inexacto que las dificultades de la hora presente, se deban á la propaganda que la prensa ha iniciado contra algunos de sus preceptos, cinco largos meses después de su vigencia.

Pero debemos apresurarnos á expresar que, á nuestro juicio, la crítica aislada de los detalles tales ó cuales de la ley, perturba estérilmente el criterio público sin le-

vantarle á una concepción más amplia de las exigencias reales de la situación.

El error más capital de los legisladores de 1892 fué, ante todo, un error de fondo, un error en el sistema mismo imaginado para llegar á la extinción del curso forzoso y al restablecimiento de pagos en especie.

Se creyó equivocadamente contra toda enseñanza teórica, contra toda experiencia práctica, que para alcanzar el resultado que se perseguia bastaba con acudir á una reagravación del sistema tributario nacional y á otra reagravación de nuestras obligaciones externas que se tradujo en forma de dos nuevos empréstitos por valor de £ 3.000,000.

Se pensaba, en resumen, que aumentando los impuestos y empeñando de nuevo el crédito del país, tendríamos holgura de recursos, como se creía asimismo que retirando de nuestros mercados el circulante fiduciario existente, el oro llegaría presuroso á reemplazarle.

Fué aquel un doble y lamentable error que ha traído por consecuencia crear, dentro de una situación económica bastante comprometida, una crisis monetaria tan artificial como preñada de perspectivas inquietantes.

Y, es hacia este punto al cual debe tender, con sus correctivos inmediatos, la acción reparadora de la ley.

Hase sostenido con razonamientos más ó menos especiosos y pretendidamente técnicos, que no hay motivos para atribuir á la ley de noviembre la baja constante y abrumadora en el tipo del cambio internacional, porque nada induce á creer que el hecho de reducir el circulante fiduciario fuera causa á desmejorar su precio, debiendo, por la inversa, aguardarse que la estimación del papel aumentara á medida que su cantidad se disminuia.

Pero, este argumento que ha sido formulado reiteradamente y explotado con habilidad por los partidarios de la ley de noviembre, no es en definitiva, sino la demostración más concluyente del rumbo errado de sus prescripciones.

En efecto, si á una circulación más reducida de papel de curso forzoso debiera corresponder un alza en su valor, es entónces evidente que se erró en la aplicación del remedio y que no era la reducción del circulante la que debia traernos á un mejor estado de cosas.

Y, ello es incuestionable.

Las dificultades que atravesábamos á la época de dictarse la ley de noviembre, eran única y esencialmente dificultades *económicas*. Teníamos un cambio de 18 d porque estábamos pobres, porque los gastos fiscales y particulares del país que no alcanzaban á saldarse con sus productos, habían sido reagravados con los trastornos de la guerra civil que nos impuso cuantiosos y extraordinarios sacrificios.

La prueba de este aserto la hemos dado de antemano.

Hemos creído dejar plenamente demostrado que el desequilibrio entre productos y consumos nacionales que viene produciéndose desde años atrás, ha tocado á su período agudo y que á contar desde 1890, hay un déficit mínimum de veinte millones de pesos entre las importaciones y los retornos nacionales.

Permítasenos, en interés de la dilucidación de este punto, que es la base fundamental del problema que analizamos, insistir una vez más en su demostración.

Decíamos á este propósito, en setiembre pasado:

"Según la Memoria del superintendente de aduanas

del año en curso (1892) el comercio especial del país que en 1890 alcanzaba la cifra más alta que registran los anales de la República, $ 135.603,173 descendió únicamente en 1891 á $ 129.394,673. La guerra civil con todos sus sacudimientos alteró sólo en una suma de seis millones doscientos ocho mil quinientos pesos el movimiento de nuestros cambios internacionales.

"No ha cesado, por lo tanto, ni se ha interrumpido sino muy insignificantemente el esfuerzo del trabajo nacional.

"Pero han decaído, en cambio, en proporciones desalentadoras los precios de todos los productos de la industria del país, y este hecho, conocido y repetido hasta la saciedad, produce consecuencias que acaso no son igualmente bien estimadas.

"Tomando, por ejemplo, el último año normal de 1890 en el cual, según las expresiones del superintendente de aduanas, el mercado de intercambio alcanzaba la cifra más alta que registran los anales estadísticos de la República tenemos que, merced al decaimiento en los precios, de los productos nacionales, la importación y la exportación llegaron casi á equilibrarse, siendo la primera de $ 67.839,079 y de $ 67.714,094 la última.

"Ocho años antes, en 1883, el balance de nuestros cambios internacionales arrojaba resultados muy diversos porque el descenso en el precio de los artículos de exportación no había entrado á su período agudo. En el año citado (1883), las importaciones ascendieron sólo á $ 61.096,539 y las exportaciones alcanzaron á 81.284,332. Entre las unas y las otras hubo, pues, una diferencia de más de $ 20.000,000. (No debe echarse en olvido que, á pesar de hallarnos en ese año envueltos aún en una guerra externa, el cambio se mantuvo alrededor de 33 d).

"La simple confrontación de estas cifras basta á señalar la causa más eficiente del empobrecimiento del país.

"El equilibrio que, por desgracia, no es sino aparente en el balance internacional de los cambios durante los últimos años (1890-1891) es, en el fondo, un desastre para nosotros.

"En la suma total de los valores de retorno que marca la estadística, corresponde, como es notorio, un guarismo muy alto al importe de salitre y yodos.

"Para formar un concepto, mas ó menos aproximativo de la importancia de esos valores, bastará tener presente que, según el propio documento oficial al cual nos referimos, se ha exportado de Chile en salitres y yodos durante un período de trece años, la enorme cifra de $ 366.967,866 que han pagado derechos por $ 160.890,931 Supongamos, ahora, que de la diferencia entre las dos cifras apuntadas, ó sea, $ 206.076,945, correspondiera sólo un 25% á utilidades de la industria, tendríamos, en definitiva, que en los trece años que abarca la estadística, habrían escapado de Chile $ 51.519,246 en forma de utilidades extranjeras de esa industria y que, sin embargo, estábamos contando esos gruesos valores como importe de nuestros retornos y formando con ellos un pretendido equilibrio de ingresos y egresos.

"Un segundo factor más poderoso aún para alterar, en contra del país, el equilibrio de simples números entre importaciones y exportaciones, es el que se deriva de la la propia manera que se emplea para formar esa estadística. Mientras que, de una parte, los valores de las exportaciones se fijan facilmente casi con matemática exactitud, el de las importaciones lo dan los avalúos de aduana y es de toda evidencia que esas avaluaciones son

muy inferiores al costo efectivo de las mercaderías que el comercio nacional paga al extranjero.

"Si se representara sólo por un diez por ciento la diferencia entre el costo efectivo de las mercaderías importadas y el que les atribuyen las avaluaciones aduaneras, tendríamos que en un año como el de 1890 quehemos tomado como tipo, esa diferencia ascendería á $ 6.788,907 que deberán también rebajarse del monto fijado á nuestros retornos.

"Vienen, en tercer lugar, á alterar el equilibrio numérico de las estadísticas, las sumas que el Estado necesita girar para atender al servicio de la deuda externa y pagos de sueldos en oro en Europa y América. Es sabido que esos gastos exceden de medio millon de libras anuales con un costo imposible de determinar en nuestra moneda, porque depende exclusivamente del tipo del cambio.

"Pesan, finalmente, en el mismo desfavorable sentido, los gastos que hacen nuestros connacionales residentes en el extranjero y aún los que causan los extranjeros mismos que regresan á su país dejando capitales en Chile.

"¿Sería aventurado estimar que todos los precedentes sumandos dejan al país un déficit de $ 20.000,000 entre sus productos y sus gastos?"

Esto escribíamos en septiembre de 1892. Un diario que se ocupa habitualmente de dilucidar los problemas que se relacionan con nuestra situacion económica, confirmaba detalle por detalle los cálculos transcritos, analizando los anuarios de la estadística comercial que recientemente han visto la luz pública.

En su editorial de 23 de marzo pasado, dice *El Heraldo*, comentando las cifras de la estadística citada:

«Podríamos formar el siguiente resumen:

Diferencia de estimación en mercaderías.	$ 6.780,000
Remesas del gobierno.	8.265,000
Renta de extranjeros ó chilenos en Europa..	1.500,000
Utilidad de compañías de seguros. . .	2.000,000
Utilidad de compañías salitreras. . . .	5.000,000
SUMA TOTAL. . . .	$ 23.545,000.»

Y añade el diario referido:

«De manera que en un año en el que aparecen, según la estadística, saldados los valores de nuestras importaciones con los de las exportaciones, tenemos necesidad de remesar al extranjero 23.500,000 de pesos de 38 d dá más del valor de nuestros productos, ó sea, reduciendo estas cifras á la moneda acostumbrada en este jénero de cálculos, para una oferta de £ 10.735,000 en letras de cambio ha habido en el año de 1890 un pedido de £ 14 millones 455.830.

«Este saldo de £ 3.720,830 representa el aumento de nuestras deudas en el extranjero i coincide con una baja en el tipo medio del cambio en ese año de 26½ a 23½d.»

Tal era la situación económica de Chile en 1890.

Para juzgar de las alteraciones y reagravaciones que aquella situación había sufrido en la época de la ley de 1892, tenemos datos y hechos sobradamente significativos.

Es ya del dominio público por anuncios anticipados en la prensa, que la estadística comercial de 1892, aún no terminada ni publicada, acusará un déficit de 22 millones entre las internaciones y retornos del intercambio.

Apreciando este solo dato á la luz de los antecedentes que dejamos expuestos, sería obvio deducir que cuando la estadística apunta un déficit de $ 22.000,000 á cargo del país y á favor de los mercados extranjeros, debe aumentarse en más de un ciento por ciento ese desconsolador guarismo, fijándosele en un mínimum de $ 44 millones

Y, hechos prácticos, recientes, de la más incontrovertible significación, así lo demuestran.

El empréstito de £ 1.800,000 autorizado y realizado en el año último, introdujo al mercado nacional una oferta extraordinaria de letras por una cifra análoga á la del saldo que apunta la estadística comercial de 92 y esas letras que el comercio y el público se arrebataban en fiebrosa competencia, comenzaron á realizarse á 20 3/8 d para terminar por cotizarse y pagarse á 18 d.

Agotado el empréstito y restablecida á sus condiciones normales la oferta y la demanda de letras, hemos visto llegar el cambio á su cotización actual de 15½ á 16 d.

III

Sería temerario y majadero desconocer la significación, nítida y transparentemente revelada por este conjunto de antecedentes. No han faltado, sin embargo, en el curso de los debates de la prensa, sobre nuestra actualidad económica, quienes hayan sostenido que el exceso de nuestros consumos que viene ahogándonos y arruinándonos, es un síntoma de riqueza del país ya que nadie puede consumir sino lo que paga, lo cual demuestra á las claras que el exceso de las importaciones sobre los retornos nacionales, es ganancia neta para el país.

Esta paradoja fué sostenida con ahinco, medio siglo atrás, por el sectarismo libre-cambista. Según esta donosa tesis, no habría dentro de una sociedad individuos más opulentos que los calaveras, los disipadores y los tramposos. En nadie mejor que en ellos se refleja la bondad de la doctrina moral y económica que comentamos. Es indudable que esos señores son más ricos y más felices que sus vecinos en cuanto consumen sin producir ó, cuando menos, consumen más de lo que producen. Si hubiera de registrárseles sus casas y sus cofres, no se les hallaría probablemente muchas reservas acumuladas, pero de fijo que sus baules y su despensa estarían provistos de un exceso *de importaciones* que representarán ciertamente una ganancia tanto más líquida y redonda cuanto menos voluntad y recursos tuviesen para pagarla. Eso sí que el crédito de esos opulentos marcaría menos puntos que los de la cotización de nuestros cambios y que el porvenir no les ofrecería otra espectativa que el asilo de un hospital.

Más seria es, sin disputa, pero nó menos inexacta y estrafalaria, otra de las faces con que se presenta este argumento. Tomando pie del ejemplo que ofrecen los grandes países industriales, los mercados acreedores del mundo que, como la Gran Bretaña, por ejemplo, importan más de lo que exportan, dedúcese sin más ni más que este fenómeno es síntoma infalible de riqueza. Así pasa con todas las generalizaciones inconscientes: arrastran infaliblemente al error y hasta al absurdo. Los países ricos, los mercados acreedores del mundo importan sus propios bienes por cuanto reciben, en tesoro ó en mercaderías, de sus deudores, el pago de sus créditos.

Pero pueblos que no tienen créditos que exigir á los

mercados extraños, deben infaliblemente pagar mercaderías con mercaderías, importaciones con retornos y en tanto cuanto estas últimas sean inferiores á los primeros, es evidente que se empobrecen y se endeudan.

Sin hacer coro á los que han denunciado estas doctrinas como tesis de *internadores*, nos pondremos sí, resueltamente á su lado, para desautorizarlas y combatirlas.

Una tercera noción absolutamente errónea que conviene descartar también del debate como perturbadora del criterio público, es la que atribuye la depresión del mercado de los cambios internacionales, á los efectos de pánicos.

Que el pánico es capaz de producir alteraciones violentas no sólo en la cotización de los cambios sino el trastorno de todos los valores, es un hecho indudable y demostrado frecuentemente en la historia económica de todos los pueblos. No sólo los pánicos sino toda circunstancia que directa ó indirectamente provoque los recelos del capital, produce sin tardanza esas alteraciones, porque la base misma de las operaciones del comercio y del crédito es la confianza y porque no hay fenómenos más peculiarmente nerviosos y susceptibles de ser influenciados por estas causas que los que se relacionan con esos dos factores del capital y del crédito.

Pero, en nuestro caso, este elemento de los pánicos ó de las simples desconfianzas comerciales, no tiene influencia alguna apreciable para explicar la situación que alcanzamos.

De otra suerte, sería necesario suponer que hemos vivido en perpetuo pánico desde 1878, fecha de la iniciación del curso forzoso, hasta el día.

Tómese cualquiera de las estadísticas, examínense los

distintos cuadros del movimiento del mercado de los cambios que han sido publicados reiteradamente de antemano y se notará que el descenso en la escala de sus cotizaciones, más ó menos rápido ó moderado, según las circunstancias del país, tiene el distintivo característico de ser *constante* y jamás interrumpido.

No tomaremos en cuenta para esta demostración la época de la guerra del Pacífico, porque durante el período agudo de sus operaciones y de sus vaivenes, era indispensable que el cambio se influenciase primordialmente por la marcha de los sucesos.

Pero, terminada la parte activa de esa lucha, á pesar de que sus resultados no fueran ciertamente estériles para la situación económica de Chile, las cotizaciones del cambio siguieron la siguiente escala de progresivo y casi no interrumpido descenso:

Término medio del cambio en los años de

1882	35·35
1883	34·76
1884	31.09
1885	25·47
1886	25·42
1887	24·45
1888	26.58
1889	26.42
1890	23·97

Vino, en seguida, el trastorno de la revolución á interrumpir bruscamente la marcha normal del fenómeno que estudiamos.

Pero, restablecida la vida regular del país, preséntase de nuevo á la observación el mismo hecho constante y revelador.

Tuvimos cambios desde 23d en octubre de 1891 hasta 20 5/8 en febrero de 1892.

Á contar desde esta última fecha, el descenso ha sido vertiginoso hasta alcanzar la depresión máxima del período más agudo de la guerra civil. Y este fenómeno, que coincide exactamente en su fecha con las que llevan las reformas económicas legislativas que se han ideado para ponerle atajo, obedece, en su fondo, á la misma, única y exclusiva causa determinante: al empobrecimiento progresivo del país.

Si deseamos, pues, no perturbarnos voluntariamente en el estudio de nuestra situación, eliminemos este factor de los pánicos al que se ha apelado en la última época, con tanta insistencia como inexactitud, para atribuirle una influencia que en manera alguna le corresponde para explicarla ó para determinarla.

Las cifras que dejamos apuntadas demuestran que el valor de nuestro circulante ha venido disminuyendo paulatina pero constantemente desde 1878 hasta este momento. ¿Habremos vivido siempre en perpetuo pánico? Y, todavía cuando nuestra moneda ha bajado á grandes saltos la escala de su depreciación, ha sido precisamente cuando se lanzaban al mercado dos empréstitos exteriores que si algún beneficio hubieran podido traernos, debió ser el de infundir al comercio, siquiera transitoriamente, cierta confianza en la estabilidad y aún en el alza del tipo del cambio.

Un cuarto elemento, impropio para explicar é inhábil, con mayor razón, para causar los trastornos que nos

preocupan, ha andado también en voga en estos últimos tiempos.

Nos referimos á la influencia que se atribuye al agio, á la especulación en letras de cambio.

La especulación es uno de esos males económicos inevitables porque nace del abuso de la libertad del comercio.

Puede ser exacto que el curso forzoso avive los ímpetus de ese mal, ya que, siendo inestable el valor del circulante, hay en este propio elemento, campo abierto y seducción poderosa á la pasión del juego.

Pero este factor tiene un alcance mucho más restringido y una influencia mucho más limitada de la que se le atribuye para producir efectos de alguna importancia y, sobre todo, de alguna duración.

Esto último es capitalísimo.

Sería menester atribuir á los especuladores en letras de cambio un poder colosal, fuerzas verdaderamente titánicas para prestarles el derecho de subir ó bajar, sin más elemento que su voluntad, el precio de la moneda.

Porque, al fin de cuentas, los especuladores en este mercado de los cambios, no son sino agentes intermediarios entre el productor que vende letras y el internador que las compra.

Sería difícil si no imposible en nuestros días, intentar, con la mayor suma de recursos y de audacia imaginables, el monopolio de uno sólo de los artículos que entran á formar la producción nacional exportable.

Con infinita mayor razón sería quimérica y destinada á tremendo fracaso, la empresa de recoger una suma tal de aquellos artículos reunidos que permitiera imponer precios ficticios y duraderos á las letras que con ellas se adquieren. Monopolizar en una ó en cincuenta manos, si

se quiere, todos los salitres y todos los trigos, todos los cobres y todas las lanas que constituyen nuestros principales artículos de exportación para adueñarse de los valores que estos productos darían en los mercados de consumo, es sencillamente irrealizable utopía.

No queremos sostener, por ésto, que fuera imposible ó impracticable estrechar, en un momento dado, la situación de una plaza mercantil, imponiendo á las letras de cambio un valor relativamente ficticio.

Muy lejos de sustentar semejante creencia, pensamos que ese resultado no sólo es posible de obtener, sino que le hemos visto recientemente en práctica con éxito manifiesto para sus autores.

Pero, lo repetimos, no cabe exajerar la influencia de estos manejos de la especulación, porque ella es transitoria y relativamente insignificante.

Una especulación que no tuviera por base el estado real de una plaza mercantil cualquiera, sus exijencias efectivas y sus recursos actuales para atenderlas, sería ruina cierta para sus autores.

Por manera que cuando se dice que se está especulando á la baja en los cambios, es porque hay un grupo de personas que, conociendo ó creyendo conocer las deficiencias de un mercado para atender al pago de sus obligaciones en el extranjero, compran al mejor tipo posible las letras de los productores para revenderlas con cierta utilidad á los internadores. Por la inversa, se especula al alza cuando, sabiendo ó creyendo saber que hay productos exportables en exceso de las internaciones que con ellos deben pagarse, se venden letras á los internadores para comprarlas, ó después de haberlas adquirido, á mejor tipo de los productores.

En este juego que cada cual trata de estirar en el sentido de sus conveniencias, puede haber motivo para producir alteraciones pasajeras, favorables ó adversas, á la estimación del circulante nacional, pero la base del juego mismo reside en la situación económica del mercado, como se basan, por ejemplo, en los cálculos de abundancia ó escasez de una cosecha, las especulaciones que se efectúan en la compra y venta de cereales.

IV

Escrito el precedente párrafo de nuestro estudio, hemos visto aparecer en la prensa una serie de artículos inspirados en el propósito manifiesto de reforzar las teorías que hemos venido combatiendo y de negar en absoluto la influencia que atribuimos al exceso de los consumos sobre los productos del país, en la cotización del tipo de cambio.

En parte muy capital tenemos avanzada la tarea de desautorización de aquellas paradojas insostenibles. Pero, á causa de la propia erudición y de los recursos dialécticos de que hace gala la publicación referida, conviene tomar en cuenta esas argumentaciones, peligrosas en sus tendencias.

No es exacto, se dice, que el cambio haya bajado en Chile. Lo que sí ha sufrido una muy considerable y muy sensible depresión, es el valor de nuestra moneda.

Este primer aserto no exije, por fortuna, esfuerzo alguno para desvirtuarle.

No hai en él sino un simple juego de palabras que no tiene un carácter bastante serio.

Si hay dos conceptos perfecta y exactamente sinóni-

mos, son los que hace aparecer en contraste y como ideas diversas, el articulista á quien nos referimos.

El cambio sube, es decir, la letra de cambio encarece porque baja el valor del circulante con el cual la adquirimos. Por la inversa, cuando nuestra moneda experimenta una alteración cualquiera favorable, el tipo de cambio baja. Lo uno es causa de lo otro y ámbos son el efecto ó la resultante del mismo, mismísimo fenómeno económico.

De tal manera es esto exacto, que no sería siquiera dable concebir como una idea aislada la de baja de cambio, sino se la correlaciona con otro término de comparación que es el valor de la moneda nacional.

Verdad es que podríamos comparar, en un momento cualquiera, el precio de una letra de cambio sobre Europa con el que tienen los productos naturales del país. Pero como el oficio del circulante es precisamente servir de medida de todos los valores nacionales, es obvio que la relación entre todos nuestros productos y el de la libra esterlina, el franco ó el marco, tiene que expresarse por medio de la moneda.

No vale la pena de insistir en estas perogrulladas. Pero quede sí establecido que, cuando se afirma que no es exacto que el cambio haya bajado en Chile porque lo único que hai de verdadero es que el valor de nuestro circulante ha disminuido, se juega simplemente con las palabras á riesgo de llevar una perturbación más á los espíri tus.

La segunda idea que sustentan los doctrinarios á quienes combatimos, es la de que las enunciaciones de la estadística comercial son en absoluto inaceptables para fundar en ellas cualquiera deducción.

No podría saberse por las cifras que apunta la estadística, cuáles y cuántas son las mercaderías que se introducen al país, ni qué otras son las que se exportan. Muchísimo menos podríamos prestar la más remota fe á los valores ó precios que se les atribuyen. El articulista de nuestra referencia afirma que tan exactas son las cifras de la estadística comercial para medir la cuantía de los intercambios como las que la estadística civil apunta para darnos el movimiento de nuestra población.

Hay en este segundo orden de afirmaciones, cierta dosis de exactitud desnaturalizada y desvirtuada por exageraciones manifiestas.

Veinte veces han sido indicados con mucha anterioridad á este debate, los defectos que imperfeccionan nuestra estadística, rebajando ó debilitando su importancia.

Inútil y larga tarea sería la de entrar nuevamente en estos detalles.

Pero si hay un hecho que se destaque con entero relieve de este antecedente, es el de que las imperfecciones y las deficiencias de la estadística, conducen por su propia naturaleza, á disminuir la cuantía de los valores importados y aumentar los que se asignan á nuestros retornos. Por manera que si pecan, si yerran los que denuncian la existencia de un déficit entre los productos y los consumos nacionales, pecan y yerran por deficiencia y no por exceso.

Y ésto es todavía de tal manera obvio y demostrado, que nos basta con afirmarlo sin más pruebas que las que tenemos avanzadas de antemano.

Hay verdades que tienen este privilegio: se demuestran con su simple enunciación.

Si es dable, si es concebible, si aun es fácil incurrir en

errores para apreciar el valor de mil ítems que constituyen la masa de los artículos importados, esos errores se representarán por una cuota de uno por ciento cuando se trata de estimar los diez renglones que forman los artículos de la exportación nacional.

No es, en seguida, menos notorio y evidente, que si no hay posibilidad de equivocarse al determinar el origen exótico de las mercaderías que forman la importación, hay sí graves peligros de error cuando se atribuye al total de las exportaciones el carácter de retornos nacionales. Van mezclados entre estos artículos, entre estas mercaderías de la exportacion, una cuota muy considerable de valores que representan la utilidad de industrias y capitales extranjeros. Por desgracia, el país carece de capitales y de industrias implantadas ó colocadas en suelo extraño (excepción hecha de las empresas mineras de Bolivia de donde no vienen artículos manufacturados de retorno) y, por lo tanto, nada autorizaría la suposición de que entre los valores de las internaciones hubiera algunos que no fuesen netamente extranjeros.

Es, por último, indiscutible, á lo menos en una controversia bien inspirada, que es infinitamente más fácil incurrir en errores por defecto que por exceso en las avaluaciones de las mercaderías que forman la internación. Basta tener presente, á este propósito, que aquellas avaluaciones se hacen para los efectos del pago de un impuesto, que la ley misma ha cuidado de formar tarifas de exagerada moderación para no gravar al comercio ni al público más allá de un mínimum que se ha creído indispensable para sustentar los gastos del país y que, aparte de todas estas consideraciones, existe todavía la muy poderosísima y eficaz, del interés personal que vela,

se agita y reclama por rebajar la cuantía de los derechos, mientras que, del otro lado, no existe el menor estímulo por exagerarles.

Muy diversamente pasan las cosas cuando se trata de fijar, con relativa exactitud, por cierto, el importe de nuestros productos de exportación.

No se ha menester de un cuerpo técnico de vistas de aduanas para saber, en cualquier instante, cuál es el precio *en nuestros mercados*, del trigo, del cobre, de la plata ó de las lanas. Para señalar esos precios no se necesita competencia especial, ya que les conocen al dedillo no sólo los productores, los empleados de aduana y los comerciantes, sino todas las categorías, todas las clases sociales. El precio de nuestros cereales, de nuestras lanas y de todos los menores productos exportables de nuestra agricultura, es el tema de la conversación doméstica cuotidiana y les conoce el padre tanto como la mujer y como los niños.

Día á día la prensa registra cablegramas de Londres y de Hamburgo que dan la cotización exacta de los salitres, del trigo, del cobre y de la plata. Esas cotizaciones de los mercados de consumo, son las que fijan, las que determinan no sólo el valor de esos artículos en chelines ó en marcos, sino el que debe serles atribuído en nuestro circulante de papel.

Á excepción del salitre, que es precisamente un valor de la industria extranjera, todos los demas productos que forman la masa de las exportaciones del país, son libres de derecho á su salida de nuestros puertos, y no hay, por consiguiente, interés personal alguno que estimule la ocultación de su número, calidad y precios.

Mientras que la internación de mercaderías extranje-

ras se hace por todos los puertos mayores de la República, la exportación se opera por tres ó cuatro de los principales y de los que tienen á su servicio un personal aduanero más numeroso, competente y mejor remunerado.

¿Es posible, volvemos á repetir, sostener de buena fe que los peligros de errores en los datos estadísticos son iguales al estimar la importación y la exportación?

Piensen como quieran los sostenedores de esa extraña tesis, la conciencia pública está formada á este respecto y sin que nadie crea en las infalibilidades de estos cálculos, tenemos todos el profundo convencimiento de que la masa de valores que se internan al país es superior, á lo menos, en un veinte por ciento á la que marcan los anuarios comerciales estadísticos é inferior en proporciones análogas, á los que se apuntan como retornos. Y esto último por la circunstancia capital y especialísima de ir mezclados entre los valores de exportación los intereses y utilidades de capitales é industrias extranjeras entre los cuales figura nada menos que la explotación de los salitres y yodos.

Es otra sutileza dialéctica afirmar que el valor de nuestros productos de exportación debe ser estimado por el que tengan en los mercados de consumo y nó en los nuestros, porque "*es allá donde se venden* y en donde con el dinero que allá se obtiene se compran las mercaderías que se internan en Chile."

Y, esta demostración, con la cual se cree triunfalmente confundir errores comunes y vulgares, se ilustra con las citas de Juan Bautista Say que escribió hace sesenta años para combatir á los sostenedores de la teoría de la balanza del comercio.

Ya nos ocuparemos de las doctrinas. Veamos, por ahora, el mérito de los hechos.

Es inexacto, absolutamente inexacto *que el comercio nacional chileno venda en Europa* los productos que forman nuestros retornos; que sea, por lo tanto, el dinero *que allá se obtiene*, el que sirva para adquirir las mercaderías que se internan en Chile.

Nó, lo que hay de cierto es precisamente lo contrario.

Salvo algunos productores de salitre, extranjeros todos por cierto, el comercio nacional chileno no utiliza, no se asimila sino el precio de esos productos *en Chile*.

Extranjeras son las empresas de porteo marítimo que llevan esas mercaderías á los centros de consumo y que les recargan su precio con todo el valor de los fletes.

Extranjeras son las compañías de seguros que les hacen pagar primas contra los riesgos de mar y que aumentan, con el monto de sus utilidades, el precio de venta de esas mercaderías á cargo del consumidor.

Extranjeros son, en su inmensa mayoría si no en su totalidad, los agentes intermediarios que compran esos artículos en nuestros mercados para venderles en Europa, y extranjeras son, en consecuencia, las utilidades que, por diferencias de precios, puedan obtenerse en este comercio.

¿Qué queda entónces en pie de la doctrina de Say en orden á la manera cómo deben computarse estos valores?

Nada, absolutamente nada sino sea su absoluta inaplicabilidad al problema que estudiamos.

Sólo el precio neto de los productos nacionales en nuestros mercados, añadido, si se quiere, de los costos de transportes por los ferrocarriles del Estado y de los insignificantes gastos de embarque, es la suma aprove-

chable para la riqueza pública y utilizable para el pago de las internaciones extranjeras.

Se habla de los peligros á que pueden arrastrarnos los errores de estas afirmaciones ocasionadas á provocar medidas legislativas trascendentales como son todas las que hacen relación con asuntos económicos.

Es exacto, exactísimo que en estas materias no puede dogmatizarse y que toda opinión debe emitirse con reservas y hasta con timidez.

Y puesto que así son las cosas, nos parece también peligrosísimo aquello de aplicar doctrinas abstractas, de antiquísima data, de muy dudosa exactitud y controvertidas en su esencia; para destruir con ellas los resultados prácticos, tangibles, transparentados y evidenciados por los hechos y por las corrientes dominantes de la opinión universal moderna. Fué, es cierto, Juan Bautista Say uno de los fundadores y de las autoridades más conspicuas de la ciencia económica y todavía, es cierto, que combatió ese ilustre pensador la teoría de la balanza comercial que muchos otros economistas de su talla y de su altura sostenían esforzadamente en aquella misma época.

Pero, desde luego, no se eche en olvido que la teoría que combatió Say fué una teoría hasta entonces embrionaria que consistía en sostener que, en las luchas comerciales del intercambio, la victoria estaría siempre del lado de los pueblos que consiguieran *más oro* en pago de sus productos.

Esa teoría, evidentemente errónea, era la fórmula concreta de la controversia sobre la balanza comercial á principios del siglo.

Pero han marchado las ideas, han avanzado todas las

ciencias y aunque los principios fundamentales permanezcan los mismos, sus aplicaciones hanse visto influenciadas, modificadas por el ambiente de la sociabilidad moderna, por los éxitos que tal escuela ha alcanzado en la práctica, por los desastres que tal otro sistema doctrinario ha causado al tomar cuerpo en la legislacion positiva.

Hoy por hoy lo que es, en realidad, rancio y añejo, es el rigor del sectarismo librecambista, que nó la tesis, cada día más evidenciada, de que los pueblos que producen y que ahorran se enriquecen á costa de los que consumen y no economizan.

Si los Estados Unidos de América hubieren escuchado las enseñanzas del doctrinarismo en voga del año 1830, no sería ciertamente una de las naciones más ricas del universo.

No quiere ésto decir que nosotros aboguemos por un sistema proteccionista terco y exagerado. Muy lejos de ello, pensamos que no hay sistemas absolutos é inflexibles, como creemos también que, mientras la estrechez nos rodee y nos apremie, debemos consumir lo más barato y en el mínimum de nuestras necesidades, lo que es incompatible con el proteccionismo que requiere el sacrificio del presente en aras del porvenir. Y, por lo que á nosotros atañe, creemos que el presente es, sin duda, más oscuro y más cerrado de lo que será, ó más bien, de lo que tenemos derecho de aguardar del porvenir.

Pero si no somos proteccionistas exagerados, no nos dejamos tampoco seducir por las estravagancias ni aplastar por los rigores de ningún sistema de doctrinarismo sectario.

El libre juego de la industria será siempre el ideal en la vida normal de los pueblos.

No obstante, cuando un país se encuentra empobrecido, cuando por circunstancias complejas, sus fuerzas de producción se hallan abatidas, sea por trastornos internos ó externos, sea por un súbito decaimiento en el precio de sus productos, sea por consumos excesivos, sea por abusos del crédito, sea en fin por falta de ahorros; es obvio y absolutamente cierto que, so pena de llegar á la ruina y á la bancarrota, no puede seguir consumiendo más de lo que produce.

Y, éste es nuestro caso con la especialidad de que para llegar á tan penosa situación, se han aunado todas y cada una de las causas que pueden contribuir al empobrecimiento, al trastorno económico de un país, como habremos de demostrarlo más adelante.

Aun sin que este conjunto de circunstancias nos hiciera volver la vista hacia el movimiento adverso de nuestros cambios internacionales, bastarían las enseñanzas y las tendencias uniformes de la política económica universal-moderna, para que abriésemos los ojos y nos esforzáramos en poner atajo á este exceso de internaciones que nos ahoga y nos amenaza de ruina.

En las luchas pacíficas del comercio á que se libran todas las sociedades modernas, los esfuerzos de cada cual de ellas tienden á abrir mercados para vaciarse sus productos en las mayores cantidades y en las mejores condiciones posibles.

Los tratados comerciales que acuerdan este género de ventajas á un país sobre otro, son batallas ganadas por los unos y derrotas sufridas por los otros, pero que todos persiguen con igual afán.

Las guerras de tarifas, que hemos visto resucitadas recientemente por los pueblos más avanzados y más ce-

losos de sus intereses, nos dan la más concluyente demostración de la meta á que se encamina la política económica contemporánea.

Por esto, cuando se sostiene que no debemos preocuparnos del exceso de las internaciones sobre los retornos del país, cuando para afianzar esta tesis, perturbadora y peligrosa, se sustentan paradojas como aquella de que no es el tipo del cambio internacional el que ha bajado, sino el valor de nuestra moneda el que ha descendido; cuando se niegan ó se oscurecen los resultados numéricos de la estadística comercial y cuando, por fin, se recurre á los arsenales de las controversias económicas del año 1830 para aconsejarnos el estoicismo y la inacción; es más que nunca necesario dar en eco más alto la voz de alarma é insistir en que una de las causas más eficientes del empobrecimiento del país es el exceso de nuestros consumos, el desequilibrio entre las internaciones y retornos del intercambio.

No sería muy interesante dilucidar si los discípulos de Necker ó de Turgot son los príncipes de la ciencia económica, ni cuál de las escuelas que formaron, para sostener los primeros, para combatir los últimos el principio de la balanza comercial, haya contado con adeptos más ilustres.

Lo que sí interesa saber es que en el día, doctrinarios y políticos, libros y leyes propenden uniformemente á un mismo, único propósito. La doctrina y los libros enseñan, los políticos y las leyes manifiestan que los pueblos vencidos en la lucha de los intercambios, van en camino de su ruina.

No aglomeraremos citas. Se sabe hasta qué punto esta tarea es fácil, como se sabe asimismo que no hay

doctrina abstracta que no pueda ser lujosa, pero ineficazmente sustentada por este medio. Nos limitaremos á invocar la autoridad de un economista moderno, que en un libro tan notable como conocido, ha hecho la síntesis de los principios que hoy corren sin contradicción en la materia que nos ocupa y que tienen, de otra parte, la especial ventaja de ser aplicados al problema concreto que preocupa á todos los espíritus en este momento.

Dice Leroy Beaulieu, en el tomo II, página 659, 2.ª edición de 1879 de *La ciencia de las finanzas:*

"El equilibrio de las finanzas públicas no es la única condición necesaria ó deseable para la vuelta á los pagos en especie. Es necesario además que el curso del cambio no sea desfavorable. Se tiene el hábito de traducir este último hecho por una vieja fórmula: es necesario que la balanza del comercio exterior sea favorable al país, es decir, que las exportaciones sobrepasen á las importaciones. No es esto *absolutamente* indispensable. Las exportaciones y las importaciones de mercaderías no forman sino uno solo de los elementos que entran en las relaciones de los pueblos. Se juzgaría mal de la situación recíproca de las diferentes naciones, bajo el punto de vista de los saldos que pudieran deberse, si no se considerara otra cosa que las importaciones y exportaciones. Es necesario no olvidar que el flete marítimo puede en muchos casos llenar el hueco entre las unas y las otras, siendo naturalmente este flete un beneficio del país bajo cuyo pabellón se efectúa. Es necesario después tener en cuenta el movimiento de egreso é ingreso de valores mobiliarios que suelen ser de una importancia considerable y que frecuentemente modifican lo que se llama la balanza del comercio. Es necesario todavía te-

ner en cuenta los créditos que un país pueda tener contra otro por los capitales que tenga colocados en empréstitos públicos ó en empresas particulares. En fin, un último elemento importante en el mundo actual á causa de los frecuentes viajes, son las sumas que los extranjeros, sean domiciliados ó simples turistas, gastan en el país de su residencia en exceso de las que traen los extranjeros establecidos ó que viajan en el nuestro. Se ha calculado en Francia que los extranjeros dejan en su territorio un millar de francos por año: no faltan quienes eleven esta cifra á 1,500.000,000. En Italia, los cálculos más moderados hacen subir á dos ó trescientos millones de oro y plata lo que allí dejan anualmente los extranjeros. Se comprende que, *en semejante situación*, las exportaciones de mercaderías puedan quedar abajo de las importaciones, sin que éste sea un obstáculo insuperable para la supresión del curso forzoso. El excedente de las importaciones sobre las exportaciones puede ser más que superado por las especies metálicas ó el papel de cambio que suministran los extranjeros domiciliados ó turistas ó bien todavía por el flete marítimo.»

Esta es la verdadera y única doctrina moderna que los príncipes de la ciencia económica del año 30 no han logrado contrarrestar ni oscurecer.

De lo cual resulta, en resumen, que cuando los saldos excedentes del intercambio no se compensan sino que, por la inversa, se reagravan considerablemente, como ocurre entre nosotros, con los beneficios del porteo marítimo que son extranjeros, con los capitales que se nos introducen en forma de empréstitos públicos ó para el movimiento de empresas industriales y, en fin, cuando no es conocido en nuestros mercados el color del oro de los

turistas; es entonces penosamente cierto que los déficits del intercambio se traducen exclusiva y únicamente como saldos pasivos á cargo del país.

Pero no hay que alarmarse por estos saldos, añaden todavía los discípulos de Juan Bautista Say. Un país no puede endeudarse porque no hay quienes le hagan crédito, y si fuese exacto que se han introducido mercaderías extranjeras por el valor que anotan las estadísticas, es evidente que igual número, iguales valores de mercaderías se han exportado, ya que la letra de cambio, con la cual se pagan los saldos, no es ni puede ser, en el fondo, sino adquirida y comprada con mercaderías.

Y, esto se dice, esto se sostiene como algo de inconcuso, con los aires de un axioma matemático en los propios precisos momentos en que se ha visto al Gobierno y al Congreso de este país contratar y lanzar al mercado un empréstito de £ 1.800,000, ó sea, nueve millones de pesos oro, veinte y siete millones de nuestra moneda, con el pretexto de pagar la deuda flotante, pero con el único y exclusivo objeto real de desahogar el mercado, de dar letras de cambio á la plaza para atender al pago de los saldos que adeudábamos en Europa. El empréstito se agotó, las letras ofrecidas en venta fueron arrebatadas por los interesados y el hueco, el vacío que debian llenar, se profundizó en vez de colmarse.

Nosotros preguntaríamos á los discípulos de la escuela de Say, si el millón ochocientas mil libras esterlinas del empréstito de agosto representaba también letras adquiridas con el producto *de mercaderías chilenas.* Y en seguida, les preguntaríamos, ya que en esta materia no hay cálculos estadísticos ni posibilidad de formarles, en cuánto estiman la deuda flotante á favor de mercados ex-

tranjeros, del comercio chileno de internación, deuda á todas luces insoluta puesto que se buscan fiebrosamente letras para pagarlas y en cuánto estiman, por último, los gravámenes que se imponen anualmente al capital de ahorro, á la propiedad raíz nacional para pagar los excesos del consumo sobre la producción.

Es de primera evidencia que cuando una plaza tiene mercaderías con las cuales pagar mercaderías, no echa mano de su moneda, de su propio circulante para exportarlo, como nos acontece á nosotros desde el año 1878. Y se exportó primero el oro, después la plata. Se exportó no sólo la plata fina sino la feble. Nos quedamos por éso, únicamente por éso, sumidos hasta hoy en el curso forzoso. Pero como el curso forzoso, cuando se le emplea discretamente, desarrolla el trabajo, aviva el estímulo de la producción y produce artículos exportables, ó sea oro de la mejor ley, hemos podido vivir desde 1878 hasta el día, luchando, penosamente, es verdad, con las internaciones extranjeras de escala ascendente.

Todo tiene, sin embargo, su límite. Los abusos del crédito, así del Estado como de los particulares, el decaimiento vertiginoso en el precio de nuestros artículos de retorno, los exagerados consumos improductivos, la inflación incalificable é injustificable de los presupuestos de gastos del país, la absoluta falta de ahorros en las épocas de relativa prosperidad y, por fin, la hecatombe de 1891; son causas más que suficientes para explicar el hondo desequilibrio, el profundo trastorno á que hemos llegado entre rentas y consumos, entre productos y gastos.

En semejante situación, es, por desgracia, inexacto que se paguen las internaciones de mercaderías extran-

jeras con el valor de los pruductos nacionales. Lo que hay en realidad, de positivo es que las diferencias entre aquellos valores se saldan con cargo al crédito del país, es decir, que nos endeudamos y nos empobrecemos.

Es curioso de observar, por lo demás, que después de los esfuerzos gastados para adormecernos en el fatalismo de estas doctrinas que cierran todo horizonte al mejoramiento económico del país, se concluya por reconocer que es la baja de precios en los artículos de la producción nacional, la causa que más directamente influencia y determina la cotización del cambio.

Ésta que es una verdad elemental, da en tierra con todo el rigorismo de la tesis artificiosa que hemos combatido.

Decir que el cambio baja en nuestros mercados porque el precio de las mercaderías de retorno disminuye en los centros extranjeros de consumo, es exactísimamente lo mismo que reconocer y confesar el desequilibrio de ingresos y egresos, de importaciones y exportaciones, producido por el menor valor de estas últimas sobre las primeras.

No basta que nos hayamos esforzado por poner atajo á una corriente de ideas, peligrosas y erróneas á nuestro juicio, si no señaláramos, en seguida, cuáles son los rumbos hacia los cuales tiende á conducirnos esa propaganda.

Nada más explícito ni nada más sincero á este respecto que las propias declaraciones de sus autores. Véase sino un espécimen revelador:

"Hemos dicho, en varias ocasiones, que debido al error de creer que porque se remesan letras de cambio al extranjero, se considera que se importa más de

lo que se exporta y que este error proviene de que no se comprende el verdadero papel que desempeña la letra de cambio en el comercio. *Si ésta fuera la única consecuencia que se desprendiese de este error, podría dejarse á los que le sustentan con su manera de opinar; mas, después de decir que importamos más de lo que exportamos, deducen que para que haya equilibrio se necesita restringir las importaciones y que es indispensable proteger en todo y por todo la industria nacional.*»

No se empleaba esta misma laudable franqueza cuando, á principios de marzo último, se pedía á nombre del comercio extranjero de importación, que no se alterase en una tilde la ley de 26 de noviembre.

Velando un pensamiento que ahora se expresa con la más acabada claridad, los internadores que elevaron al gobierno la solicitud de nuestra referencia, limitábanse á sostener ardorosamente la bondad de la ley, acaso porque ella no encarnaba ni una amenaza de restricción en nuestras excesivas internaciones, ni mucho menos la idea de proteger el desarrollo de la industria nacional.

«Posible es que exista alguna omisión en la ley, algún detalle que acaso pudiera haber sido más perfecto; pero su conjunto, su espíritu y sus propósitos son tan convenientes y adecuados que, en nuestro concepto, sería peligrosísimo proceder á su reforma y revisión.»

Y, este concepto entusiasta que merecía á los internadores del comercio de Valparaiso la ley de noviembre, se expresaba tan sólo ocho días antes de que un movimiento irresistible de opinión, apoyado en la brutal elocuencia de los hechos, compeliera al gobierno á suspender sus efectos por un simple decreto, que si no fué de

corrección legal muy perfecta, acusaba, por lo mismo, el carácter de una medida impostergable de salud pública.

Á estas paralogizaciones, á estos errores conduce infaliblemente la propensión de contemplar estos complejos problemas desde el punto de mira de un orden de intereses determinados.

Nada más lejos de nuestro espíritu que considerar ilegítimas las manifestaciones de cualquier orden de intereses que representen una función social útil.

De sobra se nos alcanza que es ésta la preocupación universal del mundo moderno.

Claudio Jannet, en su último interesante libro *El socialismo del Estado*, nos pinta con el rico colorido de su paleta, las ansiedades de esta lucha, cada día más apretada, de la concurrencia del trabajo y de la producción en el mercado universal:

"Hemos hablado antes de ahora de la situación muy difícil que crea á la agricultura europea la concurrencia de la India, de la Australia y de las dos Américas.

"Las utilidades, como exportadores de artículos manufacturados, no están menos comprometidas. En un porvenir próximo, la India, la Australia y la China se proveerán por sí mismas de todos los artículos que necesitan. Los Estados Unidos comienzan á bastarse á sí mismos. La Rusia se torna rápidamente en potencia manufacturera, y con los inmensos espacios sobre los cuales se extiende su imperio en Europa, en Siberia, en el Asia Central, será de aquí á cincuenta años un mundo económico tan importante como la América del Norte. Cuando ese día llegue, la Europa occidental, Inglaterra inclusive, perderá sus salidas; se necesitará entonces que su industria, organizada para inundar con sus productos el mundo

entero, se contente con el consumo interior. La Francia y la Inglaterra, la Bélgica y la Alemania quedarán entonces en línea con la Italia y la España después de los siglos XVI y XVII. Otros países se sobrepondrán en la vía del progreso y quedaremos relegados á un rango inferior en la nueva repartición económica de las fuerzas del mundo.»

Si los grandes, si los poderosos del mundo económico moderno se afanan y se inquietan ante la perspectiva posible de perder su predominio, de debilitar sus fuerzas de expansión y de avasallamiento de todos los mercados del orbe; fuerza será que los pequeños, que los débiles abramos los ojos para defendernos, para conservar siquiera, sin retrocesos ni trastornos, la modesta, la estrecha condición que nos corresponde en la comunidad universal.

Por eso, sin negar la legitimidad de los esfuerzos de los que sostienen el interés del comercio de internación en Chile, oponemos á esos intereses parciales y subalternos, los intereses generales y predominantes del país, y á nombre de estos últimos, combatimos sus doctrinas y rechazamos sus consejos.

Como término de las tareas que nos hemos impuesto al servicio de este propósito, nos bastará reproducir las conclusiones á que arriban los defensores de esta doctrina como único medio de mejorar la situación del país y alzar el tipo del cambio:

1.ª Retiro del papel fiscal, en parcialidades una parte y la otra á su presentación y pago en monedas de oro ó plata;

2.ª Venta de letras de cambio por el Estado á un tipo fijo y determinado por la ley, subiendo su valor ¼ de

penique mes por mes hasta que el tipo se muestre á la par con la moneda que definitivamente se adopte como circulante legal;

3.ª Levantar un empréstito en cuenta corriente para que el Estado pueda convertirse en vendedor de letras á tipo fijo, determinado por ley y para que, del producto de estas ventas, se destine una cuota mensual para incinerar billetes fiscales;

4.ª Levantar otro segundo empréstito para comprar metales de oro ó plata con el objeto de retirar billetes fiscales y canjearlos por estas especies metálicas;

5.ª Declarar inconvertible el billete de banco, compeliendo á estos establecimientos á garantir su emisión con reservas de oro ó plata.

Es de extrañar que aquí se detengan estos arbitristas y que no hayan ideado también la medida de que el Estado-Providencia, contrate un tercer empréstito destinado á garantir una cuota fija de utilidades al comercio.

V

Después del desequilibrio entre consumos y productos, entre internaciones y retornos que hemos apuntado como la primera de las causas de nuestro retroceso económico, viene á robustecer este propio resultado, el decaimiento en los precios de nuestros artículos de exportación.

En realidad, no son estos dos fenómenos diversos sino que el último es, en parte capital, la causa más eficiente del primero.

Es lamentable que la falta de datos bastante comprobados y fidedignos, nos impida presentar un cuadro completo de la disminución, en cantidades y valores, de

los diversos artículos de la producción nacional de retorno.

Debemos, en consecuencia, limitarnos á apuntar datos é indicaciones generales que, aun cuando del todo deficientes, basten para formar un concepto claro de la gravedad de la situación contemplada desde este punto de mira.

Es notorio, por ejemplo, que el precio del más noble de nuestros artículos de exportación, el cobre, ha venido decayendo desde 120 hasta 45 libras por tonelada, como es asimismo indudable que la cuantía de la producción ha disminuido en más de un 50 por ciento en el transcurso de pocos años.

Para formarse una idea de la importancia de este hecho como factor del empobrecimiento nacional, copiaremos un párrafo del estimable opúsculo *Comercio Exterior de Chile*, escrito por don Alberto Herrmann y publicado por la Sociedad Nacional de Minería:

"Notable es la disminución de la exportación en este ramo importantísimo de la minería. Tenemos á la vista la estadística de la exportación de sustancias minerales que se publicó en el *Boletín de Minería* del mes de setiembre de 1889, y hemos sacado de ésta la suma de las exportaciones de cobre en los cuatro años 1875, 76, 77 y 78, que representan el apogeo de la industria cobrera chilena. Conjuntamente se exportaron en estos cuatro años, 192.153,791 kilos de cobre.

"Resulta, como término medio anual de esta época, 48.038,459 kilos de cobre, lo que significa que Chile ha producido en 1889 y 1890 *anualmente*, 22,421 toneladas de cobre *menos* que en el buen tiempo de la minería.

"Para calcular la diferencia en el valor, no podemos

introducir las cantidades que asigna el citado Boletín porque desconfiamos de ellas y preferimos dar á los 48.038,459 kilos de cobre el valor proporcional al asignado en la estadística de 1889 y 1890 á este metal y aumentar la suma obtenida en 30 por ciento por haber tenido el cobre en los años de 75, 76, 77 y 78 una cotización más alta correspondiente. Resulta que esta operación de cálculo arroja como valor de los 48.038,459 kilos, la suma de $ 18.074,680. Llegamos, pues, al triste resultado de que en 1889 y 1890 ha tenido el cobre exportado un valor inferior en $ 10.659,881 *al cambio de 38 d.*»

Si se atiende, ahora, á que los datos estadísticos que estudia el señor Herrmann se detienen en el año de 1889, época precisa de la transitoria alza del cobre debida á las operaciones del sindicato que se formó en Europa para monopolizar las existencias de ese metal, y si, de otra parte, se toma en cuenta la progresiva marcha descendente de la producción y de los precios de este artículo; se formará el concepto que nosotros abrigamos, sin que nos sea dable demostrarlo matemáticamente, de que á contar desde 1875 hasta el día, el país lleva perdido por este capítulo, un valor aproximado á 15.000,000 de pesos anuales estimados á un cambio de 38 d.

Y, por desgracia, las causas que han traído esta gravísima y deplorable postración de la más rica de las industrias nacionales, no son de aquellas que puedan removerse mediante á esfuerzos más ó menos persistentes y bien dirigidos.

Hubo una época, relativamente larga, en la cual Chile produjo la tercera parte del cobre que consumía el mundo entero.

Pero en aquella época la producción total del articulo no alcanzaba á cien mil toneladas anuales y hoy se acerca á trescientas mil. No sólo el excedente íntegro de la producción corresponde á minerales extranjeros (los Estados Unidos han llegado á producir en 1891, 127 mil toneladas), sino que la nuestra hase visto reducida en una cuota aproximada al sesenta por ciento (60°/o).

Esta disminución, debida capitalmente al agotamiento de los distritos cobríferos más importantes del país, se mantiene fatalmente por la baja de los precios y su absoluta inestabilidad que desalienta el espíritu de empresa y burla todo cálculo racional. En el espacio de cuatro años, de 1882 á 1886, hubo precios de sesenta y siete y precios de cuarentas libras por tonelada. El sindicato francés los elevó, ficticia y transitoriamente, en 1889 á 80 libras por tonelada, para venir á la cotización actual de 45 £.

No quiere esto decir que debamos desesperar del porvenir de esta industria. Acaso un perfeccionamiento posible en los procedimientos metalúrgicos y, sobre todo, la construcción de líneas férreas y de caminos públicos que faciliten y abaraten los trabajos mineros, pueda traernos una reacción favorable.

Pero, entre tanto, conviene darse cuenta cabal de la extensión de las pérdidas que el país ha sufrido por esta causa, porque ellas arrojan luz bastante para explicarnos nuestro retroceso económico.

El tipo del cambio que sigue con la más absoluta fidelidad el movimiento de los valores de la riqueza pública, ha oscilado regularmente siguiendo los vaivenes de alza y baja, de flujo y reflujo en los precios de los más valiosos artículos de la exportación y no se habrá olvidado,

porque es un hecho reciente y notorio, que la subida del cobre á 80 libras, merced á la tentativa de monopolio del sindicato francés de 1889, elevó el cambio hasta 29 5/8d en los primeros meses de ese año.

Desnaturalizaríamos el carácter de este estudio si intentásemos convertirlo en un análisis detallado del movimiento de valores que apunta la estadística comercial.

Cumple sólo á nuestro propósito señalar las causas del empobrecimiento progresivo del país, y para llenarlo sin descender á menudos detalles, que no caben en el cuadro de este trabajo, nos bastará con afirmar en globo, apoyándonos en la notoriedad de los hechos, que paralelo al movimiento descendente en las cantidades y precios de la exportación del cobre, se ha producido también otro análogo en los valores de la plata y de los cereales, factores ambos que le siguen inmediatamente en importancia como ítems de la masa total de nuestras exportaciones.

Entre el precio de 62d la onza troy de plata que corresponden al apogeo de esta industria y el de 37d que tiene al presente, hay un abismo de distancia.

Según el *Economist* de Londres, el precio de los trigos ha seguido la siguiente escala, que, en obsequio de la brevedad, formaremos por decenas de años:

Año de 1810 (por quarter).	5 £—6 s
" " 1820.	3—7
" " 1830.	3—4
" " 1840.	3—6
" " 1850.	2—0
" " 1860.	2—13
" " 1870.	2—06
" " 1880.	2—04

El cuadro no avanza sino hasta 1884, en el cual la cotización fué. . . . . 1—17
Hoy, como es sabido, estamos á. . . . 1—07

Para manifestar ahora, en resumen, cuán contraproducentemente obra todo el resto de los valores de la agricultura en la balanza de nuestras importaciones y exportaciones, volveremos á invocar el estudio sobre *El Comercio Exterior de Chile* del señor Herrmann, en el cual aparecen los siguientes cuadros:

Exportaciones agrícolas

Ganadería y sus productos.	$	1.322,960
Apicultura.		282,321
Viti y vinicultura.		84,677
Selvas y arboledas.		365,798
Cereales y sus productos.		3.159,080
Lingue exportable consumido en la curtiduría.		500,000
Importación de harinas, víveres y vino á Bolivia.		1.000,000
TOTAL.	$	6.714,836

Importaciones agrícolas

Ganadería y sus productos.	$	5.672,947
Azúcar.		5.256,754
Aceite.		253,345
Maderas de construcción.		873,750
Otros artículos alimenticios.		546,938
TOTAL.	$	12.603,734

Es decir que actualmente la *importación* de los artículos de la agricultura, incluyendo los productos de las industrias anexas y los de la pesca, *supera á la exportación* en. . . . . $ 5.888,898

Ignoramos por qué, figurando en los cuadros precedentes, como *exportación* agrícola, la viti-vinicultura por $ 84,677 y otro sumando, que no se determina separadamente, por valor de los vinos introducidos á Bolivia, no se haya hecho figurar en el cuadro correlativo de las *internaciones* agrícolas las sumas de:

Importación de vinos extranjeros.	$ 799,689	
Pasas.	6,319	$ 806,008

de las cuales también hace constancia el propio estudio que extractamos, lo cual haría subir el déficit *entre exportaciones é internaciones agrícolas*, á un total general de . . . . . $ 6.694,906

Un resultado análogo es el que arroja el balance de la industria nacional del carbón de piedra.

Las exportaciones de este artículo se elevan á. . . . . $ 1.331,252

mientras que introducimos anualmente el siguiente combustible traido del extranjero:

Carbón: 273,379 toneladas con valor de.	$ 2.530,791
Coke 35,000 toneladas con valor de.	533,000
TOTAL.	$ 3.083,791
Déficit de las exportaciones	$ 1.752,539

Hasta aquí lo que hace relación con la influencia de la agricultura y de la minería en el movimiento del comercio internacional del país.

Nula ó casi nula como es nuestra industria fabril, no hay para qué detenerse á considerarla.

Verdad es que hasta este momento hemos hecho absoluta prescindencia de la gran industria del salitre que tan largamente contribuye al movimiento del comercio de la República.

En efecto, como lo hemos apuntado con mucha anterioridad, se ha exportado de Chile en los trece años que tiene de fecha la incorporación de Tarapacá al territorio nacional, la enorme suma de $ 366.967,876 que han pagado derechos por $ 160.890,931.

Este último grueso sumando ha aumentado, es cierto, la riqueza fiscal de Chile, sin que por eso el país la haya utilizado sino muy relativamente.

Sin insistir, por el momento, en este concepto, que nos distraería del rumbo de nuestras demostraciones, tenemos que la cifra de $ 206.076,945, diferencia entre los valores exportados y los derechos, abarca los dos elementos de costo de producción y de utilidades industriales.

El comercio interior del país ha absorbido, se ha asi-

milado una parte de ese costo de producción en forma de jornales por la mano de obra y de provisión de artículos alimenticios suministrados por nuestra agricultura.

Por desgracia, en la cuota de utilidades de la industria que pagan los mercaderes extranjeros de consumo, no tiene el país la mas remota participación y por esto hemos sostenido de antemano que, para los efectos del estudio en el cual nos hallamos empeñados, es decir, para la determinación de los valores del cambio internacional, debe eliminarse de la masa de nuestros retornos, cuanto atañe á los cuantiosos valores del salitre y del yodo.

VI

La penosa impresión que produce el examen más somero del movimiento de nuestro comercio internacional, como medio de poner en transparencia el debilitamiento de las fuerzas del país, no es, sin embargo, sino uno de los aspectos, una de las múltiples faces que ofrece el estudio de nuestra actualidad.

Penetrando un tanto más en las bases mismas de nuestra organización económica y en los vicios del doble sistema de producciones y consumos nacionales, es fácil señalar siquiera sea con la superficialidad que es propia de los estrechos límites de nuestro estudio, males todavía más hondos, deficiencias, hábitos y errores más trascendentales aún que los que llevamos apuntados como causantes del trastorno que nos aqueja.

Tenemos, desde luego, perturbando el equilibrio de la producción y de la distribución de las riquezas, á un

Fisco que vive, no sólo de los impuestos sino de una gratuita y suculenta comunidad con la industria más rica del país.

De aquí nace un fenómeno que es peculiarísimo de Chile. Las entradas fiscales se hallan casi al nivel de la masa de rentas líquidas nacionales.

Este hecho que, contemplado desde el doble punto de mira, social y político, engendra las más graves consecuencias, puesto que puede arrastrarnos al socialismo del Estado tan fácilmente como pudo dejarnos en la dictadura de 1891; tiene todavía una trascendencia económica que apenas necesita ser señalada.

El Estado es, sin disputa, un mal distribuidor de la riqueza pública. No siente los estímulos del ahorro, no tiene las previsiones del porvenir y obra generalmente por móviles políticos que le llevan á vincular sus intereses á la existencia, más ó menos parasitaria, de una legión de funcionarios que se constituyen en acreedores perpetuos de la fortuna pública,

"El análisis económico demuestra que, según un plan providencial, toda la actividad humana tiende á un cambio de productos de su industria ó de los esfuerzos del trabajo por los capitales que se encuentran colocados productivamente. Cada cual recibe, en definitiva, una parte de productos proporcional á las fuerzas productivas de las cuales hace uso.

"Este equilibrio se trastorna por completo cuando una sociedad encierra un gran número de funcionarios, soldados ó pensionistas del Estado, quienes, por medio del mecanismo del impuesto, perciben una parte considerable de los productos creados por los hombres de trabajo y no dan, en cambio, sino servicios de acreedo-

res, es decir, servicios que representan frecuentemente lo que en inglés se llama *nuissances.*

El párrafo precedente, que tomamos de *La Reforma Social* de C. Jannet, parece escrito para alumbrarnos el fenómeno singularísimo que ha ofrecido el movimiento de la riqueza fiscal de este país. Después de la guerra de 1879, que duplicó exactamente las rentas del Estado, los compromisos que gravitan sobre el erario público, en forma de sueldos, pensiones de gracia y pensiones de favor, servicios de nuevas deudas, etc., se han elevado asimismo en un ciento por ciento sin que de otra parte la administración pública haya ganado en expedición ó en eficacia ni, mucho menos, el país en elementos de riqueza.

Sería una ilusión aguardar que cambiáramos de rumbo en esta materia.

Hase visto repetidamente que no hay propósitos, patrióticos y sinceros como les suponemos, que no fracasen cuando intentan reaccionar contra estos vicios de nuestro sistema económico-distributivo.

Los partidos y los hombres que llegan á los Congresos, alzando á cual más alto la bandera del orden y la economía en los gastos públicos, concluyen por discordar en los medios de realizarla y después de recriminaciones recíprocas, resulta, en definitiva, que por obra de todos, los gastos se han reagravado y los dineros comunes de los cuales disponen como soberanos, quedan afectos á nuevos compromisos y distribuidos entre un mayor número de *nuissances.* Somos, á lo que parece, refractarios á todo sistema discreto en la distribución de la riqueza pública fiscal, y, lo que es mas curioso y digno de observarse, es ésta la obra y la responsabilidad común de

hombres que son indisputablemente hábiles, cautos y atinados en el gobierno de la fortuna privada.

Insistimos en la enseñanza que fluye de estos precedentes.

Es una calamidad que el Estado se haya convertido entre nosotros en dispensador y distribuidor de una masa tan considerable de la riqueza pública.

Si el Estado no administrara sino impuestos onerosos que el contribuyente tuviere que deducir del producto de su trabajo, es evidente que los congresos gastarían mayor parsimonia para autorizar gastos que no fueren extrictamente indispensables al lleno de las verdaderas exigencias de la administración pública.

VII

Después de este defecto peculiar á nuestro sistema distributivo-económico, ensayemos ahora la manifestación de otros vicios de la más notoria gravedad, que afectan al doble régimen de la producción y del consumo de la riqueza pública-nacional.

Es hoy un hecho plenamente demostrado y que la ciencia económica moderna sigue con el más vivo interés, el de que cada día cobra más ensanche *la parte relativa* que corresponde al jornal en la distribución de las riquezas.

Cabe á Bastiat el honor de haber iniciado estos estudios y el de haber dado en sus *Armonías*, la primera fórmula sintética del problema.

Á medida que los capitales aumentan (dice el distinguido economista), la parte *absoluta* de los capitalistas

en los productos totales aumenta también, *pero su parte relativa* disminuye.

Por la inversa, los trabajadores aumentan su parte en los dos sentidos.

Representemos los productos totales de la sociedad, en épocas sucesivas, por 1,000, 2,000, 3,000, 4,000.

La parte del capital descenderá sucesivamente de 50% á 40, 35 y 30% y la del trabajo se elevará, por consiguiente, á 50, 65 y 70%. De suerte que la parte *absoluta* del capital será mayor en cada período y su parte *relativa* menor.

Así el reparto se hará de la manera siguiente:

	Producto total	Á capital	Á trabajo
1.er período	1,000	500	500
2.º "	2,000	800	1,200
3.er "	3,000	1,050	1,950
4.º "	4,000	1,200	2,800

Esta proposición de Bastiat fué combatida de todos lados.

Se la acusaba, ante todo, de exageración. Se añadía que sus cifras eran arbitrarias, que no estaban basadas en la estadística y que la fórmula de la tesis no dejaba entrada á un elemento primordial del problema, cual era la rápida multiplicación de las clases obreras.

Entretanto, la parte del trabajo en la repartición de las riquezas, ha ido aumentando constantemente desde un siglo atrás. La tendencia hacia una menor desigualdad en las clases sociales, es un hecho que comprueba la observación y que la estadística confirma. La parte del capital, en un conjunto de utilidades, está muy distante de alcanzar el nivel que corresponde á la parte

del trabajo, aun sin tomar en consideración lo que los tratadistas llaman *salarios implícitos*, que son las ganancias de los labradores propietarios, pequeños locatarios y medieros.

Foville, en su *Francia económica* de 1891, dice:

"Puede atribuirse á los capitales, muebles é inmuebles poseídos por particulares, un producto anual de ocho á diez millares (8,000.000,000 á 10,000.000,000 de francos)."

Y, por los datos que se tienen del número de trabajadores y del monto de sus salarios, se calcula que estos últimos absorven, á lo menos, una suma igual.

Criticando las opiniones y los cálculos de Foville como deficientes, se ha observado que ellos no toman en cuenta la remuneración de 348,000 medieros que cultivan en Francia 4.539,000 hectáreas, ni la que corresponde á 750,000 pequeños arrendatarios *(fermiers)* que trabajan 8.953,000, ni la de los 4.325,000 labradores propietarios que cultivan 19.380,000 hectáreas, ó sea el sesenta por ciento de la superficie de la Francia.

Según Leroy-Beaulieu, de veinticinco millares de francos que representa en Francia la renta anual de la nación, la propiedad rural no toma sino dos millares. En los países de cultivos esmerados, el norte de la Francia, la Inglaterra entera, la Bélgica; el propietario no percibe como renta del suelo sino la sexta parte del producto bruto. El resto se distribuye entre salarios, gastos generales de producción y el impuesto.

En la generalidad de los países, el impuesto absorve un diez por ciento del producido de la tierra. Agréguese á este impuesto anual el de mutaciones, que se cobra cada veinticinco ó cada treinta años, y se arribará á que,

en definitiva, es reducida la cuota del capital en los países más adelantados de Europa.

En los últimos tiempos, las comprobaciones de estas teorías han venido de todas partes.

Jannet inserta en su libro del *Socialismo del Estado*, un cuadro analítico debido al célebre estadístico inglés Robert Giffen, quien, al auxilio de los datos positivos que arroja el impuesto sobre la renta, establece con un mayor grado de exactitud la cuantía de la renta nacional inglesa y su distribución proporcional. De ese cuadro resulta que la enorme acumulación de capitales realizada en Inglaterra durante los últimos cincuenta años, aprovecha sobre todo á las clases inferiores.

La parte media de nueve millones de trabajadores manuales era en 1843 de £ 19 anuales por cabeza. La cuota media de trece millones de trabajadores que hay actualmente en el Reino Unido, alcanza á £ 41-2 ch 3 d por cabeza.

Invoca, en seguida, el autor citado, la opinión de Mr, Groschen, el eminente canciller del Echiquier, quien ha demostrado perentoriamente, á su turno, que los rangos sociales inferiores y la clase media van en progreso y que en ellos la difusión de la riqueza se hace más y más grande, mientras que, al contrario, existe una tendencia marcada á que el número de las gruesas fortunas permanezca estacionario ó disminuya.

Esto es lo que acusan las tablas de contribuyentes al *income tax*, cédula D. En los diez últimos años las rentas entre 100 y 200 £ han aumentado en 20 por ciento.

Entre 200 y 300 £. 16%
Entre 400 y 1,000 £.. . . . . 2-06%
De 1,000 £ adelante.. . . . . ½%

En 1887, los rentistas de esta última categoría, han llegado á disminuir, pero la disminución sólo afecta á las rentas superiores á £ 5,000 que han bajado en una cuota de 2.04 por ciento.

Mr. Gladstone en un discurso pronunciado en Saltney en octubre de 1889, en una reunión popular, arrojaba satisfecho una mirada hacia atrás y hacía constancia de los grandes progresos materiales realizados de setenta años á esta parte por las clases obreras que comparten hoy, merced al trabajo, de los beneficios del gran capital.

Parécenos que fueran ya bastantes estos testimonios.

En Chile, la elevación inconsiderada de los jornales, ha tenido por causa capital la disminución correlativa del valor de la moneda, pero á esta causa ostensible para los ojos del vulgo, hay que añadir indiscutiblemente la que se deriva del fenómeno social económico que se observa en el mundo entero.

Por desgracia, no tenemos aquí estadísticas ni medio alguno para determinar las cuotas, siquiera aproximativas, del reparto de las rentas entre el capital y el trabajo. Es evidente, sin embargo, que los asalariados se llevan un mínimum de sesenta á setenta por ciento (60 á 70%).

Un artículo bastante bien concebido que apareció hace seis meses en uno de los órganos de nuestra prensa, (*Ferrocarril* de 28 de octubre de 1892) estimaba en un mínimum de $ 365.000,000, ó sea, en un millón de pesos diarios, el monto de los jornales en Chile.

Este cálculo, arbitrario sin duda, no debe estar, sin embargo, muy distante de la realidad.

Y, ante estas cifras, el articulista exclamaba alarmado,

como si éste fuera un hecho insólito que pasara únicamente entre nosotros:

"No hay un taller por modesto que sea y que tenga un personal de cincuenta obreros, que no pague planillas semanales de mil pesos ($ 1,000) en jornales. Es decir, $ 4,000 por mes, $ 48,000 por año."

Y más adelante:

"Realmente ó nosotros somos víctimas de la más extraña paralogización ó es una locura emprender negocios en las circunstancias actuales.

"Hay fundos que casi no producen lo que se invierte en regarles y que tienen, sin embargo, quince ó veinte peones. Es decir, veinte peones que calculando el jornal de cada uno, en solo sesenta centavos diarios con comida, representan $ 72 á la semana, 288 pesos al mes, y 3,456 pesos al año."

Son, en el fondo, perfectamente exactos los cálculos y justificadas las alarmas del articulista á quien venimos refiriéndonos.

Pero lo que no es exacto, ni en manera alguna justificado, es creer ó sostener que esta situación sea peculiar de nuestro país.

No, la absorción de las cuotas más altas de la utilidad industrial por los jornales, es el resultado común del reparto económico-moderno.

Cierto es que entre nosotros puede aparecer nominalmente exagerada esta proporcionalidad por la baja estimación del circulante del curso forzoso, pero es sobradamente notorio que se infla también en idénticas proporciones, por aquella misma causa, el precio de los productos.

Lo que hay sí de grave y de verdaderamente alarmante en el fenómeno que analizamos, es que la enorme suma que representan en Chile los salarios, sea estérilmente perdida para la riqueza nacional.

La idea, el gusto, el hábito del ahorro son absolutamente desconocidos para nuestras clases trabajadoras.

Tanto vale para un artesano, para un jornalero ganar un peso diario como ganar cinco, ser solteros como ser casados, tener hijos y familia que sustentar como no tenerles.

Forma, puede decirse, parte de su naturaleza, limitar sus consumos indispensables á un estrecho mínimum y dedicar la cuota más elevada de sus ganancias á satisfacer sus placeres ó más propiamente, sus vicios.

El trabajador en nuestro país no ahorra un céntimo. No tiene la noción de su responsabilidad como padre de familia, como esposo, y muchísimo menos podría sentir el peso de sus deberes individuales como miembro de la comunidad nacional.

Sería injusto acusar á los poderes públicos y, mucho menos á la sociedad, de haber abandonado la educación moral ó intelectual ni de haber echado en olvido los deberes de la asistencia pública para con las clases trabajadoras.

Son á la inversa, muy laudables los esfuerzos hechos en estas materias y, en ocasiones, se ha solido hasta exagerar los límites discretos de estos últimos servicios.

Pero, junto con ésto es menester, confesar que hemos relegado al olvido la educación *económica* de nuestros trabajadores.

Apenas si existen en el país dos Cajas de Ahorros de

creación reciente á las cuales ni se ha atribuido toda la importancia que reclaman ni se les ha habilitado de los medios de desenvolvimiento que requieren para el logro de sus fines.

Nadie ignora que en Europa esta clase de instituciones siguen al obrero á todos los campos del trabajo y que hay ciudades de tercer orden (Milán por ejemplo), que tienen Cajas de Ahorros con capitales superiores á las de las más robustas instituciones de bancos en Chile.

En aquellos grandes centros del capital y del trabajo, el ahorro se enseña junto con el abecedario y desde la escuela se inicia al niño en este poderoso é higiénico esfuerzo económico que es el gran creador de las riquezas.

Nada más sencillo tampoco de realizar. Si en nuestras escuelas públicas se crearan Cajas de Ahorro en las cuales los niños depositaran uno, dos, cinco centavos á la semana, estimulándoseles con el aliciente de una serie de premios igual al monto de los mayores ahorros, premios que distribuirían las municipalidades, sin sacrificio alguno apreciable de sus rentas; estamos ciertos que se obtendrían felicísimos resultados. El niño que forme el gusto del ahorro será más tarde un hombre sobrio y laborioso, un agente activo de la gran fábrica de elaboración de las riquezas.

Mucho podrían ayudar en esta corriente de esfuerzos, los grandes propietarios rurales, los jefes de talleres y todos cuantos tienen faenas mineras ó industriales. Las sociedades cooperativas de consumos, las sociedades de temperancia, esos heroicos remedios de la mayor parte de los sufrimientos sociales, como las califican los moralistas y los economistas ingleses, habrán de venir algún día para este país y ojalá que ese día no tardara tanto.

Estas reflexiones nos han distraído un tanto del objetivo directo é inmediato de esta parte de nuestro estudio y volvemos á él.

No existe en Chile el fecundo, el poderosísimo trabajo de ahorro en las clases asalariadas.

Es notorio que son precisamente estas clases las que más eficazmente contribuyen á formar con sus ahorros, esas enormes masas de capitales que vienen creciendo gigantescamente, de un siglo á esta parte, en las sociedades europeas.

Cuando se trata de suscribir un empréstito público en Francia, son los artesanos, los pequeños industriales, los cocheros del servicio público, la legión de los asalariados domésticos; los que forman cola y los que obstruyen el acceso de las oficinas emisoras de esos títulos. Fueron ellos las víctimas del colosal fracaso de Panamá. Una cocinera de París se da por muy satisfecha cuando sus patrones le permiten servirles su mesa durante un mes sin que se la provea de fondos, porque para eso tiene ella sus reservas y porque esas cuentas corrientes le dan ocasión de aumentarlas. No hay un mayordomo de mesa de cierto rango que, en cualquier apuro, no esté listo para facilitar á su amo, cinco ó diez mil francos que pudiera necesitar.

Si se levantara, en un instante dado, el inventario general de los haberes de nuestras clases trabajadoras, no se les hallaría sino harapos y boletos de empeños de prendas.

Entretanto, esos son, según los estadísticos moder nos, los que se llevan las más gruesas cuotas en el reparto de las utilidades industriales, esos son los que en Chile absorven, según los cálculos del escritor á quien nos he-

mos referido, *un mínimum de un millón de pesos diarios* como precio de su trabajo.

Ni se diga que esas colosales remuneraciones vuelven al comercio nacional en forma de consumos de los trabajadores.

Esta seria únicamente una atenuación relativa del mal, porque aparte de la mínima cuota que representan los gastos de alimentación en los raros casos que se hacen por el jornalero mismo, el resto de sus consumos corresponden á mercaderías extranjeras ó van á parar en manos de los proveedores del alcohol y demás venenos que sirven á la satisfacción de sus vicios dominantes.

Estos son los únicos que benefician una cuota de los consumos del jornalero.

Y, en último término, es la sociedad la que carga con los gravámenes que tales desordenados consumos representan, porque tiene que costear las policías, los hospitales y las cárceles en las cuales se apaga estérilmente la vitalidad y la energía de los principales agentes de la producción nacional.

Á los que pudieran tacharnos de haber recargado este cuadro de tintes negros, les responderíamos que así se cumple el deber, así se despiertan las energías sociales para combatir las grandes plagas que azotan á los pueblos.

Recuerda un escritor moderno que los ingleses han tenido siempre el mérito de exhibir públicamente sus plagas sociales y de hacer en plena luz su examen de conciencia nacional. Los pensadores, los políticos, los moralistas ó los romanceros que como Dickens y Carlyde han puesto sus talentos al servicio de esta fecunda labor de pública estigmatización de los vicios nacionales; han visto siempre sus esfuerzos coronados por el éxito.

Nosotros, que hemos acometido una tarea mucho más modesta, por cierto, y aun de diverso carácter, hallámonos, sin embargo, en la absoluta necesidad de discurrir sobre estos tópicos, porque ellos conducen directamente á evidenciar una de las causas más eficientes y más calificadas de nuestro retroceso económico y uno de los vicios que afectan más capitalmente al doble sistema de producciones y consumos nacionales.

VIII

Decíamos en el párrafo precedente, que la fijación de la cifra de un millón de pesos diarios, ó sea trescientos sesenta y cinco millones anuales, como costo de los salarios en este país, era sin duda alguna arbitraria, pero que estaba muy lejos de ser fantástica, ni mucho menos exagerada.

En efecto, con el auxilio de los estudios estadísticos modernos y juzgando por analogías que habrán de tener una aplicación de relativa exactitud entre nosotros, podemos presumir que, deducción hecha de las mujeres, niños, adultos, ancianos y demás elementos inertes de la producción, que forman los dos tercios del país, nos queda un millón de habitantes como masa activa de la elaboración nacional y de la explotación de las riquezas.

Un cincuenta por ciento de este total forma, en la gran mayoría de los pueblos, *la clase trabajadora.*

Ahora bien, estimando solamente en dos pesos diarios (de nuestra moneda, se entiende) la remuneración de cada trabajador, desde el laborero jefe de la mina, hasta el último chancador de metales, desde el mayordomo de una explotación agrícola hasta el último peón,

desde el jefe de un taller hasta el último aprendiz; se llega á obtener este guarismo, que nosotros consideramos mínimum de un millón de pesos diarios como costo del jornal en Chile.

Si nuestros trabajadores economizaran siquiera un diez por ciento (10 %) de sus remuneraciones, el capital nacional crecería *en treinta y seis millones quinientos mil pesos anuales.*

Remontando, ahora, en la gradación de las clasificaciones económicas y siguiendo siempre los estudios estadísticos de Giffen, tendremos que en los quinientos mil operarios restantes de la producción nacional, estarían comprendidos entre nosotros:

1.° Los funcionarios públicos de todas categorías;

2.° Los empleados á sueldo de la industria privada;

3.° Los pequeños propietarios, comerciantes por menor, arrendatarios, medieros, etc.;

4.° Los que se dedican al ejercicio de profesiones liberales;

5.° Finalmente, los grandes propietarios, industriales, capitalistas y comerciantes.

Sin temor de incurrir en graves errores, puede afirmarse casi con entera certidumbre, que salvo raras excepciones, el ahorro es relativamente insignificante en las tres primeras categorías indicadas.

Son indudablemente los individuos que forman los dos últimos de aquellos grupos, es decir, los menos numerosos, los que, en realidad, economizan cuotas diversas de sus rentas.

De esas mismas agrupaciones de individuos salen los que edifican nuestras poblaciones, los que adquieren y explotan las propiedades rurales valiosas, los que com-

pran las minas en beneficio, los que forman, en fin, con sus capitales, las sociedades anónimas de industria ó de crédito.

En tanto cuanto estos grupos de individuos contribuyan á impulsar las fuerzas del trabajo y de la producción efectiva del país, nos enriquecen y benefician.

Por desgracia, no es ésta la tendencia dominante de los poseedores del capital, á quienes los azares de la industria, el vaivén de nuestros valores, los riesgos y molestias del comercio, les retraen de estos campos fecundos de actividad para llevarles de preferencia á la pasiva é infértil vida de rentistas.

Y, como dice Jannet: "los tenedores de rentas ven elevarse su fortuna por el sólo efecto de una mejor marcha de los negocios generales y sin trabajo alguno de su parte. Por ejemplo, las personas que compraron el cinco por ciento francés á 80 francos en 1871, han visto elevarse el valor de sus títulos á ciento veinte francos en 1881, ó sea aumentar en un tercio. *Una clase muy numerosa de especuladores emplea en procurar estos resultados una suma de esfuerzos que, aplicados á la agricultura, á la industria ó al comercio, crearía verdaderamente riquezas, en vez de producir* SÓLO SU APARIENCIA."

Mucho de esto pasa entre nosotros, lo que constituye otro vicio económico, no de falta de ahorro sino de falta de rumbo en la producción misma de las riquezas.

Existen depositados en los bancos, ciento cuarenta millones de pesos ($ 140.000,000) y existen todavía otros cien millones de pesos ($ 100.000,000) en títulos de renta ó efectos públicos que sirven para la colocación de los capitales de ahorro.

Pero es notorio que esta masa de valores corresponde á otra masa igual de obligaciones que las anulan como factores del haber nacional. Y, en realidad, los depósitos de los bancos no alcanzan á equivaler á las obligaciones que encierran las carteras de esos establecimientos, como los efectos públicos no representan tampoco sino las deudas que afectan á nuestra propiedad territorial, rústica ó urbana.

Por manera que el numeroso gremio de personas que emplean sus capitales de ahorro en estos valores mobiliarios, los que especulan con el precio de las acciones de banco, jugando con las diferencias que, en forma de intereses y comisiones, constituyen las utilidades de esos establecimientos, y, por fin, el personal superabundante de los agentes intermediarios de estas operaciones; no son operarios muy eficaces de la riqueza pública sino, como se expresa Jannet, «de las apariencias de riqueza.»

Nada más lejos de nuestro ánimo y de nuestro criterio, que negar el importante rol que han tenido los bancos, así los de emisión como los de préstamos hipotecarios, en el servicio de la industria nacional á la cual han dado vida é impulso bien considerables.

Lo que sí es un mal y un mal grave, es la flojedad de espíritu, la falta de bríos del capital que hace refluir la inmensa mayoría de los ahorros á estas canongías de las rentas, desviándoles de las empresas mineras, agrícolas ó industriales que fecundarían mucho más generosamente la savia de la producción.

Verdad es que mientras nuestra situación económica sea estrecha, mientras el arrendamiento de los capitales sea caro, no podemos aguardar un cambio de rumbo en estas tendencias infecundas.

Verdad es, por otra parte, que éste no es tampoco un vicio que nos sea peculiar sino que, á la inversa, se hace sentir con rara uniformidad en casi todos los pueblos de nuestra raza. Los economistas franceses y belgas claman contra estas poltronerías que llevan los capitales al empleo de las rentas y que llevan, lo que es peor, á la juventud á una fiebrosa caza de empleos y de sueldos.

Laprade y Julio Simón denunciando este enervamiento moral, le atribuyen á las falsas corrientes de la educación moderna, recargada de programas inútiles, y culpan, en seguida á la enseñanza oficial, que con sus monopolios ha impuesto la uniformidad en el error.

Pero, al fin, en aquéllas sociedades, el mal no es tan grave como entre nosotros, porque en ellas hay un exceso de población, una masa inmensa de capitales y un arte industrial avanzadísimo que les permite satisfacer á todos los órdenes de exigencias sociales y económicas.

Damos por terminada esta parte de nuestro estudio, y nos sentiríamos satisfechos de nuestras tareas si hubiéramos acertado á demostrar que el retroceso económico del país, se debe capitalmente:

Primero, á un desequilibrio notorio en el movimiento de los valores del comercio internacional;

Segundo, á la baja en los precios de nuestros principales artículos de retorno;

Tercero, á la exageración en los presupuestos de gastos públicos, nacida de nuestra falsa organización económica;

Cuarto, á la falta absoluta de espíritu de ahorro de todas nuestras clases sociales y con especialidad de nuestras clases trabajadoras, reagravada, esta última, por la prepotencia que toman progresivamente los salarios en el reparto de la riqueza pública;

Quinto, al falso rumbo que llevan las fuerzas de la producción nacional y á la relativa infecundidad de nuestros capitales de ahorro;

Sexto, á los despilfarros colosales de la dictadura y á los no menos colosales y estériles gastos que nos impuso la catástrofe de 1891.

Juzgamos útil, juzgamos indispensable proclamar muy en alto estas penosas verdades, porque, como decíamos en una ocasión anterior, no hay nada que cause más profundo daño al interés verdadero y aun al crédito mismo del país, que la escuela, por desgracia dominante y en antigua boga, de los que, guiados por mal entendido patriotismo, desfiguran ú atenúan la gravedad de la situación y adormecen la conciencia pública llamando transitorias ó pasajeras las dificultades que nos rodean y abultando las espectativas del porvenir. De estos políticos ha dicho M. Villeneuve que "son los anestésicos aplicados al criterio y al sentimiento de la responsabilidad común."

IX

Si, pues, las dificultades de la situación, revisten un carácter *esencialmente económico*, despréndese de aquí con la más transparente claridad que, tanto el conjunto de medidas hetereogéneas, empíricas y artificiales que se denominó "ley de conversión", como las demás disposiciones legislativas que la habían precedido, fueron á todas luces extemporáneas, ineficaces y, como último resultado, perjudiciales y contraproducentes.

Se comenzó, en efecto, la obra legislativa de 1892 por la ley de febrero de ese año que ordenó retirar violentamente de la circulación las emisiones de la dictadura,

lanzando con este fin los Vales de tesorería y abriendo en los bancos una cuenta corriente que llegó á 12.500,000 pesos.

Esta ley impremeditada, que no alcanzó á ejecutarse sino parcialmente, se promulgaba antes de conocerse siquiera los resultados que debía traernos la liquidación definitiva de los gastos originados por la catástrofe del 91.

Sus perniciosos efectos no se hicieron aguardar. Compelidos los bancos á prestar al Gobierno una suma muy considerable de los recursos que les servían para atender al movimiento industrial del país, notóse á breve plazo que se había creado á esos establecimientos y al comercio en general, una situación tirante y estrecha que urgía corregir sin pérdida de tiempo.

Y tal fué el verdadero origen ostensible ó, cuando menos, el pretexto del empréstito exterior de 1.800,000 libras esterlinas autorizado por la ley de 8 de agosto del mismo año.

No queremos renovar la crítica de esa desgraciada operación que latamente hiciéramos en setiembre pasado, antes por cierto de que el Congreso dictara la ley que autorizó el empréstito.

Hoy por hoy, lo único en que consideramos útil insistir á este respecto, es en señalar los resultados y la influencia que la operación, á la cual nos referimos, haya podido tener en nuestra actualidad económica.

Produjo el empréstito de agosto, deducción hecha de comisiones, tipo de emisión y descuento, un millón seiscientas cuarenta y siete mil libras esterlinas (£ 1.647,000).

De este producido total, el Gobierno dispuso, para objetos que nos son absolutamente desconocidos pero

que no eran ciertamente la destinación exclusiva de estos fondos acordada por la ley, de la suma de doscientas noventa y dos mil libras (£ 292,000).

Fué, en consecuencia, el saldo líquido de 1.354,247 libras esterlinas el que llegó á manos del comercio y del público mediante á las propuestas ideadas para su enajenación.

Estas 1.354,247 libras esterlinas, produjeron en moneda nacional $ 16.650,807, con los cuales se cancelaron los 9.500,000 de Vales de tesorería, emitidos á virtud de la ley de febrero del 92, y se entregaron además á los bancos, en abono de sus saldos de cuentas corrientes abiertas al Estado, $ 7.150,807.

Y, así quedó agotado el empréstito, dejando todavía insoluto un saldo de $ 5.254,400 á favor de los bancos y con cargo á la cuenta corriente relacionada.

Ahora bien, como el total producido del empréstito, inclusas las £ 292,000 que se reservó el gobierno, ha dado, en moneda nacional, veinte millones cincuenta y seis mil doscientos veintitrés pesos setenta y tres centavos (20.056,223 pesos 73 centavos), tendremos, como el primero de sus efectos, una pérdida de capital efectivo que pasa en el día de siete millones de pesos ($ 7.000,000). El millón ochocientas mil libras del empréstito, estimadas á un cambio de 16 peniques, valen en efecto, $ 27.000,000. De suerte que, hecho el cálculo de nuestras pérdidas al cambio corriente del día, debiéramos remontar aún la cifra que dejamos prudencialmente limitada á 7.000,000.

El segundo resultado de la operación que analizamos no es tampoco más halagüeño.

El servicio del empréstito estimado al mismo tipo de

cambio de 16 peniques, nos impone un desembolso próximo á £ 120,000 anuales ó sea, un millón ochocientos mil pesos de nuestra moneda.

Esta considerable reagravación de nuestras obligaciones externas no puede en ningún caso justificarse, sobre todo, si se atiende á que, dentro de toda probabilidad, el país se verá obligado á aumentar su circulante fiduciario, en proporciones análogas á la suma que se retiró con el empréstito. Si así aconteciese, resultaría que el Estado se ha impuesto, á pura pérdida, el desembolso de un millón ochocientos mil pesos anuales, con el cual nos hemos alejado tanto cuanto procuramos acercarnos al restablecimiento de pagos en especies.

Señalaremos ahora, como tercer resultado de la operación en análisis, la facilidad que ella dió para el retiro de capitales extranjeros que servían á la industria nacional.

Es notorio que una sola firma comercial de Valparaíso, compró en una misma semana, £ 300,000 de las que el Gobierno enajenaba para realizar el empréstito, ó sea, algo como $ 4.500,000 de nuestra moneda. ¿Puede alguien imaginar que esta operación se hiciera dentro del giro ordinario de esa casa y sólo para el efecto de atender al pago de sus obligaciones, en Londres ó en Nueva York? Nosotros, á lo menos, no lo creemos.

Un cuarto penoso resultado del empréstito, fué el de avivar, ó más bien, el de recrudecer el agio y las especulaciones de azar.

Si siempre fuera el tipo de cambio, en mercados sujetos al curzo forzoso, tapete adecuado para el juego; con ocasión del empréstito, esas especulaciones desbordaron. Víctimas de esa fiebre, hubieron de ser los especulado-

res de cortos recursos, que para mayor desastre, eran nacionales en su inmensa mayoría. Decenas de miles de libras esterlinas han emigrado por esta causa á Londres, á Nueva York ó Hamburgo en forma de utilidades realizadas por los gananciosos.

Deplorables son, en realidad, estos resultados y cuando vemos que el cambio á 15½ peniques de hoy, se cotizaba á 18 peniques antes de realizarse esa desgraciada operación, es fuerza convenir en que los sacrificios que nos impusiera no han tenido compensación alguna estimable ó perceptible.

Vanamente se diría que acaso sin el empréstito nuestra situación del momento sería peor, puesto que el país no habría podido descargarse de las deudas que mediante á él están hoy canceladas en los mercados extranjeros.

Pero esta manera de discurrir, que descansaría en una hipótesis imposible de comprobar, pugna, desde luego, contra el hecho de haber coincidido la depresión constante y progresiva de los cambios con la venta de las letras producida por la realización del empréstito y con la circunstancia, no menos significativa, de no haber servido tampoco, sino muy insignificantemente, esos recursos, á las necesidades ordinarias del comercio nacional.

Estímense como se quieran estas apreciaciones, será en todo caso cierto que, si los beneficios del empréstito se ocultan á los ojos del país como una x indescifrable, sus efectos adversos son en cambio tangibles, múltiples y gravísimos.

X

Inmediatamente en pos de los empréstitos de febrero y de agosto, vino la ley de 26 de noviembre de ese mismo año de 1892 que habrá de ser tristemente recordado en los anales de la vida económica nacional.

En esta última ocasión, los errores abarcaron el conjunto y los detalles, el fondo y los medios. Se hizo rumbo directo hacia el escollo y se dió á la máquina toda su fuerza de impulsión.

Necesitábase una serie de medidas reparadoras de las fuerzas exhaustas de nuestro anémico organismo económico y se nos dió una ley que debia atacar y herir mortalmente el único elemento de relativo bienestar que quedaba en pie; la circulación. Como decíamos al comenzar este estudio, ideóse con esquisito esmero la manera de injertar, dentro de una situación económica comprometida y estrecha, una crisis monetaria destinada á precipitarla y á profundizarla.

Con efecto, si hay algo de cierto, si existe ciencia económica y si ella enseña algún principio irredargüible y universalmente acatado, es la regla elemental de que el sistema de circulación metálica es incompatible con un tipo de cambio deprimido,

Es penoso tener que insistir en estas nociones que no sólo deben calificarse de elementales sino de triviales.

El circulante metálico es una mercadería de estimación universal, y exportable, por lo tanto, como el salitre, el cobre, el trigo ó las pieles.

Por manera que si el Congreso de Chile en vez de

dictar la ley de 26 de noviembre, se hubiera limitado á autorizar un empréstito exterior en cantidad suficiente para pagar en oro los treinta y un millones de pesos á que ascendía en aquella época la emisión fiscal, es obvio que habria concluido instantáneamente y de hecho con el circulante fiduciario legal y reemplazádolo por especies metálicas.

Nadie podría negar la practicabilidad y aun la facilidad de una operación de esta naturaleza.

Un país que tiene sesenta millones de renta fiscal, puede pagar, en cualquier momento, la mitad de esa suma que es precisamente el importe del papel de curso forzoso.

Así como se contrató el empréstito, autorizado por la ley de agosto, para pagar la deuda flotante á los bancos, pudo contratársele para pagar la emision fiscal. Si destinado á cancelar deudas flotantes internas, el monto del empréstito de agosto se cubrió quince veces con las sumas ofrecidas por los prestamistas, es posible y hasta probable que, destinado á pagar la emisión de billetes fiscales y á operar la sustitución del circulante fiduciario por el de especies, las sumas ofrecidas se hubieran triplicado.

Pero, junto con ésto, es igualmente obvio que, mientras nuestra situación económica no varíe y no mejore, mientras el cambio no se aproxime en su cotización al valor de las especies metálicas que introdujéramos, fuesen ellas de oro ó de plata fina ó del oro especialísimo de 24 peniques, arbitraria y empíricamente creado por el legislador; tales especies, importadas *artificialmente*, se reexportarían *naturalmente* sin el menor retardo.

No cabe la coexistencia del circulante metálico con

un tipo de cambio que sea inferior al precio intrínseco de esas especies.

Eso lo saben teóricamente todos los estudiantes de economía política.

Eso lo conocemos prácticamente cuantos hemos vivido más de los quince años que lleva de existencia el curso forzoso.

Hemos visto emigrar de estos mercados las monedas de oro, así que el cambio bajó de los alrededores de la par.

Vimos después la salida de la plata fina de nueve décimos de ley.

Vimos, por último, muy pocos años atrás, la exportación de las monedas febles de plata con 50 por ciento de fino, cuando el cambio bajó á 23 ó quizá á 22 peniques.

Y habríamos visto, exacta, exactísimamente, abandonarnos por el mismo camino y por las mismas razones al oro de los 24 peniques si alguna vez hubiera llegado á circular en nuestros mercados.

Distinta cosa sería, por cierto, si la introducción del metálico se operase con el carácter de *mercadería*.

El oro ó la plata *mercadería* pueden coexistir con el papel de curso depreciado porque, en tal carácter, llenan funciones diversas. Así le tienen, por ejemplo, las plazas mercantiles de la República Argentina y diariamente leemos en los telegramas de este país que el oro se cotiza á 200 y hasta 240 de premio sobre el papel.

No quiere esto decir que no se cumple en los mercados argentinos el viejo axioma económico que reza: «la moneda mala desaloja á la buena». Es precisamente el carácter de *mercadería* que allí tiene el oro, el que le

permite vivir en perfecta sociedad con el papel de curso forzoso depreciado, pero desempeñando funciones esencialmente distintas y, en todo caso, remuneratorias.

Nosotros podríamos asimismo tener el oro *mercadería* y, muy posiblemente le tendremos pronto, traído por las corrientes naturales del comercio. Pero no alcanzaremos con ello el mas insignificante beneficio. Tendremos sencillamente una mercadería más, añadida á nuestras internaciones, y un nuevo ítem que aumente el desequilibrio de la balanza de los intercambios.

Hé aquí porqué el objetivo de la ley de 26 de noviembre, fué una quimera dañina.

La circulación de especies debe ser, es verdad, el ideal, la aspiración de los países que viven sujetos al régimen anormal y enfermizo del curso forzoso, pero á condición precisa de que pueda restablecérsela al auxilio de las leyes económicas naturales.

Forzar, violentar estérilmente esas leyes, decretando conversiones ficticias á día y hora fijadas de antemano por el legislador ú operar artificialmente este resultado por medio de empréstitos; es combatir el ideal, es alejar si no imposibilitar su realización.

La única tendencia discreta, útil y eficaz de los poderes públicos en condiciones como las que atravesamos, debe encaminarse á sanear nuestra atmósfera económica hoy insalubre, á vigorizar y robustecer el organismo comprometido y debilitado del país.

Los que se inquietan y se afiebran porque exista una ley cualquiera que ordene la vuelta á la circulación metálica, persiguen la sombra y abandonan la presa.

No está el mal en que tengamos circulante de papel con curso forzoso.

El mal está en lo que ese hecho significa, es decir, en nuestra mala condición económica de la cual el curso forzoso es el *signo* y nada más que el signo.

Preocuparse, por tanto, y preocuparse únicamente de curar los síntomas, las manifestaciones ostensibles del malestar que nos aqueja, desatendiendo ó reagravando sus causas, es sencillamente ir al fracaso inevitable.

Y allí fué, á grandes jornadas, la ley de noviembre, ante todo y sobre todo porque su objetivo fué erróneo, quimérico, extemporáneo.

Más desgraciados, si cabe, fueron los medios escogitados para realizarle.

La persistencia en hacernos ricos por una combinación de empréstitos trás empréstitos y reagravaciones trás reagravaciones en el sistema tributario, no podía dar otro resultado.

Y éste fué el eje de la combinación legislativa de 1892.

Sus ruedas auxiliares fueron:

1.º El retiro violento del circulante fiduciario y su reemplazo por una moneda hipotética y empírica cuya existencia plugo al legislador suponer que llegaría en el semestre tal del año cual;

2.º La desmonetización instantánea operada por la ley misma del circulante existente que quedaba convertido en un título de crédito contra el Estado, título de vencimiento próximo y de intereses usurarios;

3.º El cobro en oro de una considerable y progresiva cuota de los derechos de aduana para empozarla en las cajas del Estado mientras llegara el momento, que en vano se aguardaría, de poder sellar y circular la moneda de los 24 d; con lo cual se estrechaba la condición desfallecida de nuestros mercados, internando cuantiosos va-

lores que, faltos de retornos, tenían que deprimir forzosamente el tipo de los cambios;

4.º El trastorno inconstitucional y anti-económico del precio de nuestra moneda, atribuyéndole un poder liberatorio arbitrario para extinguir las obligaciones preexistentes;

5.º La sustitución del antiguo padrón bimetálico del circulante nacional por el padrón único ó monometálico del oro, aplicada á un país pobre y productor de plata;

6.º Finalmente, la limitación parcial de la cuantía de las emisiones bancarias sin una garantía de convertibilidad efectiva bastante sólida, con lo cual se daba á este poderoso auxiliar del crédito y de la industria del país, un caracter sospechoso é ineficaz.

Era indispensable que un mecanismo de tal manera combinado, crujiera y estallara en sus primeros movimientos.

Hoy se pregunta ¿qué partes ó, mas bien, cuáles prescripciones de la ley de noviembre exigen reformas y cuáles otras pueden quedar vigentes?

Á nuestro juicio, la respuesta es no sólo obvia sino obligada: todas y ninguna.

Y, desde luego, hase ya suprimido de hecho la incineración mensual de £ 50,000, que era el cimiento del edificio, porque se vió que no era dable que nos privásemos del único circulante legal que poseemos, sin la expectativa de reemplazarle por otro mejor, y porque, á la vez, patentizó la madre de todas las ciencias que ese circulante apenas bastaba en su cuantía para servir á las necesidades del movimiento normal de nuestros mercados.

También se halla suspendida de hecho, por las imposiciones de la experiencia, la promesa de cambiar por

pesos de plata de veinticinco gramos nueve décimos de fino los billetes fiscales que hubieren escapado á las incineraciones y que se presentasen á las tesorerías del Estado el día 31 de diciembre de 1895.

Si la ley no podría mantener estas dos disposiciones fundamentales, es claro que todas las restantes que la complementan con un carácter meramente consecuencial y subalterno, tienen que correr la misma suerte.

No faltan, sin embargo, opiniones ilustradas, que respetamos como se merecen, que hayan creído posible suprimir las incineraciones del circulante legal y mantener las emisiones de bonos internacionales en forma de empréstito exterior extraordinario.

Con perdón de quienes sustenten estas ideas, nosotros no concebiríamos con qué objeto, ni para cuáles fines se mantuviese el empréstito, si han de quedar indefinidamente postergadas las aplicaciones concretas que autorizaron su existencia.

¿Se piensa, acaso, que fuera útil al crédito del país que subsista perennemente autorizado el gobierno para aumentar la masa de las obligaciones nacionales?

¿Ó se cree que echándonos á cuestas esta nueva deuda nos aproximamos, un paso siquiera, hacia la conversión metálica?

Pero una y otra de esas hipótesis están contradichas, desautorizadas y combatidas por el sentir unánime de los tratadistas, fundado en la experiencia y hasta en el sano criterio.

Ya en ocasión anterior hemos invocado para combatir estas ideas, las enseñanzas uniformes de la ciencia económica moderna.

"Después de las guerras, la otra causa principal y

menos excusable del curso forzoso, es el abuso de los empréstitos exteriores. Mediante á estos empréstitos multiplicados, la mayor parte de los países de la América del Sur, el Plata, el Brasil, el Uruguay, han ido á parar al curso forzoso.—Y, cuando los empréstitos exteriores desordenados no han contribuido al curso forzoso, *ellos hacen, por lo menos, muy difícil su supresión.*» (LEROY BEAULIEU. *Ciencia de las finanzas.*)

Ahora, si se juzgase que más tarde, mucho más tarde y en un término imposible de precisar por el momento, hubiera necesidad ó utilidad de recurrir de nuevo á estas apelaciones al crédito del país para facilitar la conversión, aplácese siquiera hasta ese instante oportuno la adopción de este recurso siempre doloroso. Es evidente que hoy por hoy no sería útil ni discreto que entráramos á recargarnos con el servicio de una nueva deuda á la cual no se le designa sino una aplicación hipotética para una eventualidad remota é incierta.

Hace sesenta años que un pensador eminente escribió con la nitidez de su espíritu y la penetración de su criterio, los magistrales conceptos que siguen:

«La única causa que puede ocasionar una importación constante de metales preciosos, es un aumento también constante de prosperidad interior. Esta importación es un efecto de la opulencia y no es una causa. Sed ricos y no os faltará nada, ni cereales, ni dinero. Sed pobres y os veréis privados de todo. Ahora ¿cuáles son las principales fuentes de la riqueza de las naciones? Vosotros lo sabéis, señores, son sobre todo, sus industrias agrícola y manufacturera, es la actividad de su comercio interno. De suerte que es principalmente la prosperidad de nuestra situación interna, la que nos procura el oro y la

plata.» (JUAN BAUTISTA SAY. *Curso completo de economía política.*)

No pidamos prestado sin necesidad y sin objeto, porque dañamos nuestra prosperidad cuando estamos ricos, nos debilitamos y nos postramos cuando la estrechez nos aflige.

Cabe, ahora, estimar si debería quedar subsistente la disposición que contiene el artículo 9.º de la ley en análisis.

Ese precepto es el que ordena el pago en oro de una cuota de 25% de los derechos de aduana durante el año en curso de 1893, cuota que se eleva al 50% para los siguientes años de 1894 y 1895.

Tenemos anticipada la dilucidación de este punto desde setiembre del año último, es decir, desde antes que el artículo 9.º entrara en vigencia como ley de la República.

Los resultados que esta prescripción de la ley ha producido en el tipo de cotización del cambio, desastrosos como han sido, eran inevitables.

El honorable Ministro de Hacienda, declaraba en una de las últimas sesiones del Congreso, que el Gobierno recaudaría en el curso del año actual, una suma aproximada á £ 546,000 por cuenta del 25% de los derechos de aduana que el comercio debia pagar *en oro.*

Pues bien, esas £ 546,000 que al cambio de 16 d valen $ 8.190,000 de nuestra moneda, tiene que internarlas el comercio, aumentando, en idénticos términos, la deuda de nuestros mercados para con los proveedores del oro.

De aquí una causa eficiente y gravísima de baja en el cambio.

De suerte que si hubiese de mantenerse en vigor esta prescripción para los años de 94 y 95, resultaría que sólo

para pagar derechos de aduana en oro, el comercio de internación nacional necesitaría pedir á los mercados extranjeros, un millón cien mil libras esterlinas, ó sea, $ 16.380,000 de nuestra moneda al cambio de 16 d.

Se comprenderá, sin más que la exhibición de estas cifras, hasta qué punto el estanco de este oro, improductivamente encerrado en las arcas públicas, ejercerá una influencia depresiva en la cotización del cambio.

Dícese, no obstante, por los sostenedores de la ley, que, siendo muy exactas estas consideraciones, es todavía más exacto que cuando un país carece de circulante metálico no tiene sino dos únicos caminos de procurárselo.

Ó bien se pide esta mercadería *metal* á los mercados que la producen y que disponen de ella, ó bien se la adquiere entre nosotros mismos, comprando pastas de plata como lo ordenaba la ley de 1884.

Ambas medidas, se añade, se prestan á iguales críticas, porque sea una ú otra la que se adopte, es evidente que se sustraerá del movimiento del comercio de intercambios la misma suma de valores.

Por lo tanto, concluyen los sostenedores de la ley, es inevitable el mal y no debe innovarse en lo estatuido por el artículo 9.º

Por lo tanto, concluiríamos nosotros, con mejor lógica, debe abandonarse el propósito extemporáneo é ineficaz de atesorar una suma de oro que será absolutamente improductiva mientras esté encerrada en los cofres del Estado y que, una vez que se la pusiera en libertad, se sentiría atacada de nostalgia y volvería de nuevo á su patria sin que hubiera medios de contenerla.

Pero tan necesaria como la derogación de la ley en este punto, sería también la medida de dar una destina-

ción especial á los fondos que provengan de estas cuotas de derechos de aduana que hoy se están cobrando en oro.

Se sabe que éste es el único ahorro, la única reserva que escapó á la voracidad del Gobierno y de los legisladores que formaron el presupuesto infladísimo de gastos públicos para el año en curso.

Por consiguiente, junto con derogar la ley en esta parte, será fuerza que se destinen los ahorros ya hechos y los que en adelante se hicieren por esta causa, á un fin especial y cooperativo del propósito que todos perseguimos: el mejoramiento de nuestra situación económica.

Si hubiéramos acertado á demostrar la indisputable conveniencia de dar en tierra con todas las disposiciones capitales de la ley de noviembre que hemos estudiado en detalle, la suerte de las restantes no podría ser dudosa.

Suprimida la emisión de bonos internacionales destinados á incinerar una tercera parte de los treinta y un millones de billetes fiscales en circulación, y suprimido el cobro de los derechos de aduana en oro que debian proveer al pago de los dos tercios restantes, ¿cómo se emitiría y se pagaría la moneda de los 24 d?

Es obvio que no podría mantenérsela, como es igualmente obvio que de hecho vendría al suelo todo el resto de la armazón formada con esta base, ó sea, la desmonetización de la plata y el poder atribuido á la moneda de los 24 d para extinguir todas las obligaciones estipuladas durante la vigencia del curso forzoso.

El país se verá así libre de un mecanismo ficticio, perturbador de la verdadera noción de los valores, atentatorio del derecho de propiedad y causante de arbitrarios trastornos en el juego regular de las relaciones comerciales.

XI

Tocamos, ahora, el punto más espinoso de nuestra tarea, el de señalar los remedios que puedan conducirnos al restablecimiento de nuestra comprometida situación.

Sin desconocer las dificultades del tema, sin presumir de nuestras fuerzas para abordarle con mediano acierto, hemos de entrar en este campo sembrado de escollos ya que de otra manera la labor habría sido infructífera, como lo es siempre la crítica trunca, la crítica que se detiene á media jornada y que no llega á señalar los medios de corregir el mal que denuncia.

Á nuestro juicio, el problema que contemplamos tiene dos puntos de inspección diversos.

Necesitamos proveer á dos necesidades de distinto orden.

Necesitamos curar nuestros males económicos y necesitamos curar las dolencias artificiales que exacerbaron esos males con remedios dañinos.

En otros términos, y como lo decíamos al comienzo de este trabajo, debemos preocuparnos previamente de poner atajo á la crisis monetaria con la cual la obra legislativa de 1892 complicó voluntaria y artificialmente nuestra comprometida situación económica.

Creemos que, por fortuna, los remedios de este último mal son sencillos y de eficacia inmediata. Basta para ello con restablecer las condiciones de la circulación alteradas por la ley de 26 de noviembre.

Según aparece del balance general de bancos de 31 de enero del año en curso, la emisión de billetes de esos establecimientos, en circulación en el indicado día, era

de $ 12.100,856 y la emisión fiscal de $ 31.000,000, lo que dá un total de $ 43.100,856.

En estas condiciones de circulación, comenzó el funcionamiento de la ley de noviembre.

Es de notarse que hasta ese momento no se habían producido, á lo menos con caracter agudo, las alarmas que en breve levantaron las incineraciones de $ 700,000 mensuales del circulante legal y el retiro ú ocultación de ese mismo circulante que se iniciaba apenas en aquellos momentos.

Este solo antecedente autorizaría la suposición de que si nuestros mercados hubieran podido contar con una suma mínimun de $ 43.000,000 de circulante, no habrían asomado tan luego las perturbaciones que violentamente creara la ejecución de la ley de noviembre.

Contribuye á robustecer esta hipótesis, la circunstancia muy significativa de que, á contar desde el año 1884, el circulante que ha servido á las transaciones del comercio, alcanzaba á sumas, más ó menos, análogas.—Fué, por ejemplo, de $ 41.371,508 en el año citado para subir á $ 42.031,356 en 1886 y para descender, en seguida, en los años de 1889 y 1890 á una cifra que, en números redondos, puede fijarse en $ 40.000,000.

La existencia de uno, dos ó tres millones de pesos de más ó menos, en la cifra del circulante, no ha afectado en lo absoluto al tipo de los cambios.

Puede notarse, á la inversa, que en el año 1884, con cuarenta y uno y medio millones de pesos papel en circulación, teníamos cambio medio de 31 peniques, mientras que en 1890, con treinta y nueve millones de circulante, el cambio medio no alcanzó á 24 peniques.

Es, por lo demás, evidente que á medida que ha ido

descendiendo el tipo de cambio y encogiéndose, en consecuencia, el valor de nuestra moneda, ha nacido la necesidad de aumentar la suma total del circulante en proporciones idénticas á su debilitamiento de poder.

Es asimismo incontrovertible que el desarrollo de las transacciones comerciales, operado desde 1884 hasta la fecha, desarrollo que se traduce y se evidencia por un aumento de mas de ciento por ciento en el capital de nuestras instituciones bancarias y en la masa de los depósitos del público en esos mismos establecimientos, requiere un aumento, no diremos igual ó correlativo, pero sí prudente y discreto del signo que sirve para efectuar las transacciones comerciales.

Fluye natural é indisputablemente de los hechos y cifras recordadas, que la ley de noviembre con sus prescripciones inconsultas y revesadas, trajo de los cabellos la crisis monetaria que hizo su estallido y recibió su consagracion oficial el 20 de marzo último.

No hay para qué volver á los detalles.—Ya sabemos sobradamente cuáles fueron las piezas de la máquina que saltaron en primer término y que obligaron al mecánico á apagar sus fuegos, y, en orden á este punto, no sólo tenemos nuestra crítica anticipada, sino que las opiniones de adversarios y sostenedores de aquel mecanismo, han llegado casi á uniformarse.

Por el momento, todo los que nos interesa dejar establecido es, de una parte, que la crisis monetaria de marzo fué obra directa de un retiro violento de circulante y, de la otra, que ese conflicto no se había producido mientras el mercado contó con una suma de $ 43.000.000 para el movimiento de sus transacciones.

Nos interesa, después, dejar constancia de que dicha

cantidad de circulante, debe ser estimada como un mínimum muy estrecho para las exigencias actuales del comercio, y esto, por la doble y capitalísima circunstancia de haberse reducido muy considerablemente el poder de cambio de ese circulante y por haberse ensanchado, en opuesto sentido, la magnitud de las transacciones á las cuales debe servir ese signo de valores.

Deducimos de estos antecedentes:

Primero, que derogada la ley de 26 de noviembre, cesará, en su causa fundamental, la crísis monetaria, y

Segundo, que restablecida la circulación del papel á límites prudentes y discretos, cesará la estrechez de los negocios, el encarecimiento del alquiler de capitales y, en consecuencia, la relativa y peligrosa estagnación industrial en la cual nos hallamos.

Contamos, para alcanzar este benéfico resultado, en primer término, con los veintinueve y pico millones de pesos que escaparon de la San Bartolomé de noviembre y, en seguida, con la suma de emisión bancaria que se juzgue prudente dejar en circulación como complemento de aquella.

De aquí surgen dos problemas que exigen inmediata solución.

Es el primero el de la cuantía total que deba quedar como circulante, y segundo, el del carácter que éste deba tener, ó sea, si debiéramos convertir las emisiones bancarias en fiscales ó mantener ambas con su fisonomía y funciones peculiares.

En orden al primer punto, la dificultad no nos parece grave.

Fijado, por ejemplo, un máximun de cincuenta millones á la emisión total de papel, es evidente que sería

sencillísimo restringirla si la práctica demostrara que fuese excesiva, como también es obvio que, por el momento, no puede racionalmente temerse que fuera deficiente.

Cincuenta millones de pesos en papel, no será ciertamente un exceso para un mercado que no se ha sentido rebosar con $ 60.000,000 en épocas en que ese papel tenía más poder de cambio.

Cincuenta millones de pesos, no serán tampoco muy deficientes ni muy escasos, como circulante de hoy, cuando hemos podido pasar sin penurias ni estrecheces, una época reciente de relativo bienestar.

Por cierto que no pretendemos que sean estos cincuenta millones una cifra única, ni siquiera la más adecuada, para fijarla como máximun de las emisiones.

Lo único que sostenemos es que su fijación es prudencial, basada en antecedentes prácticos y en ningún caso ocasionada á peligros de estagnación ni de plétora en nuestros mercados.

En esta materia juzgamos preferible pecar por defecto que por exceso.

Nadie ignora que en países de actividad comercial, como Francia, por ejemplo, la suma total del circulante pasa de cuarenta pesos *oro* por cabeza.

Las plazas mercantiles de circulación más restringida, como las de España é Italia, cuentan con quince pesos las primeras, diez pesos las últimas, *de oro*, por cierto.

Es prudente, por lo tanto, y es más que prudente, casi tímido, que nosotros ensayáramos una fijación de nuestro circulante, por el momento actual, en una cuota de *diecisiete pesos papel* por cabeza.

Podemos quedarnos cortos en esta fijación, y nada sería entonces más fácil que aumentarla, pero nunca ha-

bremos pecado de pródigos, nunca nos habríamos expuesto á innundar nuestro mercado con un circulante fiduciario excesivo, que es el peligro que á toda costa debe evitarse.

Esto, por lo que atañe *á la cuantía* del circulante.

Ahora, por lo que toca á su carácter, ó sea, á *su calidad*, juzgamos que hay dos recursos igualmente aceptables que adoptar.

El primero de ellos es el propuesto á S. E. el Presidente de la República y al señor Ministro de Hacienda en la reunión de gerentes y directores de bancos que tuvo lugar el 19 de marzo en los salones de la Intendencia de Valparaíso.

Haga suya el fisco toda la emisión actual de los bancos, ascendente, más ó menos, á catorce millones de pesos, para lo cual bastaría con poner á esos billetes el sello de la República.

En tal caso tendríamos *una sola calidad* de moneda fiduciaria: el billete fiscal.

Este sistema realiza el ideal de todos los que piensan, y son muchos, que con una sola clase de papel circulante se facilitaría su conversión al metálico, cuando la oportunidad llegase, se entiende, y se haría cesar al propio tiempo uno de los motivos de recelos y desconfianzas del capital y comercio extranjeros.

Si esta solución se adoptase, contaríamos con un circulante, *todo fiscal*, compuesto:

1.° De los $ 30.000,000, más ó menos, de billetes existentes de esta clase.

2.° De los *$ 14.000,000*, emisión bancaria actual.

O sea, $ 44.000,000.

Para llevar esta suma hasta los $ 50.000,000, que nos-

otros juzgamos necesarios á las exigencias del mercado nacional, el Congreso autorizaría al Presidente de la República, por un término de dos años, por ejemplo, para emitir los seis millones restantes á medida que fuesen reclamados por las necesidades del comercio.

Mediante al procedimiento que indicamos, el Estado no aumentaría sino muy insignificantemente sus obligaciones, porque es claro que para tomar á su cargo el pago de las emisiones bancarias se haría garantizar por esos establecimientos el reembolso oportuno de las sumas á que se elevase la emisión de cada cual de ellos.

De manera que, en definitiva, el Estado no aumentaría su circulación fiduciaria sino en un máximum de seis millones de pesos y ésto todavía en el caso de que las exigencias del mercado, demostradas por la práctica, lo reclamasen.

El segundo arbitrio que podría adoptarse, con igual éxito á nuestro juicio, para restablecer las perturbaciones de la circulación y evitarnos la crisis monetaria, sería el de autorizar á los bancos para que emitiesen billetes *admisibles en todas las tesorerías y oficinas del Estado*, sólo hasta la suma de veinte millones de pesos, que es, más ó menos, la que, unida á la emisión fiscal existente, formaría el total de cincuenta millones que imaginamos requeridos por las necesidades actuales del comercio.

Pero, para que los bancos pudieran hacer uso de esta facultad y para que sus billetes fueran admisibles en las tesorerías del Estado, habrían de ser *totalmente garantidos*, bien fuese con títulos de la deuda pública ó con bonos de aquellos establecimientos de emisiones hipotecarias que un decreto de S. E. el Presidente de la República designara como hábiles para este efecto.

Los bancos que no pudieran otorgar estas garantías para su emisión, deberían retirarla en lo absoluto en un plazo prudencialmente designado por el Ministerio de Hacienda.

Se recordará que una de las prescripciones de la ley de 26 de noviembre, autorizaba á los bancos para emitir, en proporción á su capital pagado, hasta la suma de *veinticuatro millones de pesos.*

Si hubiera de adoptarse el sistema que nosotros indicamos, se restringiría, de una parte, en cuatro millones de pesos, más ó menos, el total poder emisor de esos establecimientos, y se aumentaría, de la otra, en un cincuenta por ciento, el monto de las garantías que, con arreglo á la ley de 1884, deben sustentar sus emisiones.

Es á todas luces indudable que estas modificaciones reducirían las utilidades que los bancos obtienen de este ramo de su industria; pero, en cambio, entonarán y solidificarán el crédito de su papel que tiene hoy una condición casi vergonzante.

Es sabido que alguna de nuestras principales instituciones de crédito acordó, á fines del año último, recoger el total de su emisión y que este acuerdo se puso en práctica hasta reducirla en más de los dos tercios. Si más tarde se suspendió la ejecución de esta medida fué tan solo porque se veía inminente la contracción monetaria que iba á traer la ley de noviembre y no se quiso ayudar á precipitarla.

Pero, entretanto, el hecho al cual nos referimos prueba que la emisión bancaria no es un negocio serio ni un negocio fructífero, mientras la condición de este papel no se solidifique y los bancos puedan vivir sin la amenaza diaria de ver precipitarse al público á sus oficinas

para canjear, en cualquier momento de pánico, sus billetes por el papel-moneda de curso forzoso.

En épocas de dificultades económicas, los establecimientos de crédito deben vivir como la mujer de César, al abrigo de toda sospecha por infundada que sea en realidad.

Y, si ya es una eventualidad posible, aunque remota, la de que, llegado un momento de pánico, el público pueda presentarse á reclamar sus depósitos antes de que los Bancos contaran con tiempo suficiente para hacer efectivos los créditos que por mayores sumas se les adeudan; es prudente que, á lo menos, el circulante emitido por esos establecimientos quede al abrigo de todo recelo y equiparado en su solidez á la moneda de curso forzoso.

Es de suponer que éste sea también el criterio con el cual contemplen el problema los mismos interesados, ya que fueron ellos los que, apartándose de conveniencias personales estrechas, propusieron á S. E. el Presidente de la República medidas aún más radicales de la que estamos exponiendo y justificando nosotros.

Entretanto, lo que es el interés público vinculado á la solución de este problema del circulante, queda del todo satisfecho con cualquiera de los dos caminos que se adopten.

Al país le interesa, única y exclusivamente, que se le dé una suma de circulante que baste á satisfacer al movimiento de la industria y del comercio nacional y, en seguida, que ese circulante, *por su calidad*, inspire absoluta confianza á propios y extraños.

Y, sin más que esto, habrá de cesar forzosamente la tirantez de los negocios, tendremos recursos para alimen-

tar á la gallina de los huevos de oro, es decir, para dar vida á la producción del país y tendremos todavía una reacción favorable en el precio de todos los valores mobiliarios y efectos públicos, deprimidos por la bendita ley de 26 de noviembre en una cifra muy cercana hoy á 20 millones de pesos.

Posible es que estas ideas no sean del agrado de los partidarios de la alquimia económica.

Pensarán y sostendrán, acaso, los discípulos de aquella escuela, que el mantenimiento y aun el ensanche que proponemos dar á la circulación fiduciaria, nos alejará indefinidamente del sistema de pagos en especies metálicas.

Nosotros sostenemos que éste es no sólo el mejor y el más rápido sino el *único* camino de llegar algún día á tener oro y plata como circulante de nuestros mercados.

Común es, por lo tanto, la aspiración que nos mueve. Discordamos únicamente en los medios de realizarla.

No perseguimos, de nuestra parte, la sombra ni la apariencia de la riqueza sino la riqueza misma. No queremos comprar un presente ficticio y transitorio á costa del sacrificio cierto y permanente del país.

XII

Hasta aquí las indicaciones que nos atrevemos á proponer como medio de poner atajo á la crisis *monetaria* que nos amenaza y que trae perturbados, desde tres meses atrás, las transacciones, la industria y el comercio nacional.

Pero, como lo decíamos en el párrafo precedente, ésta no es sino la faz previa de nuestras dificultades, el males-

tar postizo con el cual la obra legislativa de 1892, complicó nuestra enfermedad crónica y orgánica, es decir, nuestras dolencias económicas.

De suerte que si lográramos eliminar, por un tratamiento oportuno y activo, la complicación que reagravó el mal, la suma de nuestros esfuerzos debiera dirigirse sin tardanza á combatir la causa, la raíz misma de las dificultades que nos rodean.

El país se ha debilitado en sus fuerzas económicas, se ha empobrecido.

No es entonces un secreto ni un enigma que el *único* medio posible de restablecer su salud y su vigor, es el trabajo.

Y, *el trabajo* en sus dos acepciones técnicas, ó sea, la producción y el ahorro.

Ensayaremos, en consecuencia, en la forma más breve y somera que nos sea dable emplear, una serie de indicaciones que pudieran tal vez ser útiles como medios de activar ó aumentar nuestros productos y de imponernos el ahorro.

Nadie ignora que la más rica de las industrias del país, es la explotación de los salitres y yodos.

El cincuenta por ciento de las entradas fiscales, proviene de los derechos de exportación que gravan á esas sustancias.

Apenas si la masa de todos los derechos que pagan las internaciones extranjeras, unida al total de los impuestos directos ó indirectos que gravan á los contribuyentes chilenos, produce una suma igual á la que dejan los salitres y yodos á su salida del país.

Y es penosísimo pensar en que esta industria, tan pródiga y tan generosa para con las arcas fiscales,

sea tan avara y tan nula para la riqueza nacional-pública.

No es ésta, sin embargo, culpa de la industria, porque tal es su vitalidad, que, después de enriquecer las arcas del Estado, fertiliza y enriquece, en iguales sino mayores proporciones, á sus hábiles y felices explotadores.

Por desgracia y en fuerza de una combinación de circunstancias que sería largo recordar, la industria salitrera se halla íntegra y exclusivamente explotada y monopolizada por extranjeros.

No hay un solo chileno que posea acciones en las suculentas empresas de ferrocarriles salitreros de Tarapacá.

Ingleses, alemanes, españoles ó italianos son en su inmensa mayoría, si no en su totalidad, los poseedores de todas las oficinas de elaboración de estas ricas sustancias.

Los buques que conducen desde nuestros puertos á los centros de consumo las riquezas del litoral del norte, son todos de extraña bandera.

Es inglés todo el combustible que se emplea para el movimiento de las máquinas elaboradoras.

Y, para que el monopolio exótico de esta industria sea completo, son también extranjeros todos los agentes intermediarios entre productores y consumidores, y en sus manos queda, íntegra también, la utilidad comercial de la industria.

En una palabra, Chile tiene enclavada dentro de su territorio, una especie de factoría ó de colonia industrial, de explotación y utilización extranjera, que nos reconoce sí un derecho señorial y que lo paga en forma del impuesto, pero reservándose el monopolio de sus ricas producciones.

Sería difícil y hasta aventurado formar cálculos del monto de las utilidades que la industria extranjera del salitre produce para sus dueños. Tratándose de negocios que han sufrido crisis periódicas muy serias y que se hallan hoy mismo sujetos al régimen artificial de las limitaciones de producción, aquellos cálculos escapan á toda estimación, sólida y seriamente comprobada.

Hay todavía otro elemento que perturbaría y casi imposibilitaría una apreciación de esta naturaleza. La cotización de los salitres en la costa de Chile, es esencialmente distinta del precio de venta de esa sustancia en los mercados de consumo.

Pero, entretanto, es un hecho documentalmente comprobado, que sólo la empresa de los ferrocarriles salitreros de Tarapacá, cuyo capital fué de £ 1.200,000 al tiempo de ser autorizada en agosto de 1882, ha distribuido á sus accionistas, durante los seis años últimos, dividendos de 20 y de 25% del capital.

Esos dividendos han llegado á representar en el año de 1889, la suma de £ 345,000.

Ha habido largos períodos durante los cuales se creyera que la industria del salitre estaba condenada á languidecer bajo la doble y pesada carga del impuesto fiscal, por una parte, y de los elevadísimos fletes con los cuales la agobia el monopolio de los ferrocarriles de Tarapacá.

Se pregonaba y se afirmaba que estos dos elementos combinados acabarían por matar la industria y por hacer surgir definitivamente el predominio de los abonos artificiales que, como el sulfato de amoníaco, se producen cada día más abundantemente y á más bajo precio.

Todos esos tristes vaticinios han sido burlados hasta la fecha.

Apesar del ominoso monopolio de los ferrocarriles de Tarapacá, apesar del impuesto, apesar del abaratamiento y abundancia de los abonos artificiales, apesar, en fin, de las limitaciones artificiales de la producción encaminadas á encarecer el artículo y á limitar sus existencias en los centros de consumo; los salitreros están ganando, en el momento en que escribimos, algo como un peso por quintal. Hablamos por cierto de los salitreros que trabajan en condiciones normales, en oficinas bien montadas, con capitales bastantes y terrenos de calidad media.

En una producción de 23.000,000 de quintales, como la fijada para el año en curso por el comité directivo de esos industriales, la utilidad neta representaría $ 23.000,000.

Súmese esta última cifra con la de £ 345,000 á que asciende el producto líquido de la empresa de ferrocarriles, que estimado al cambio de 16 peniques representa $ 5.750,000 de nuestra moneda y tendremos sólo, entre estos dos factores, un guarismo total de $ 28.750,000.

Pero el cálculo es todavía muy deficiente.

La utilidad de un peso por quintal de salitre elaborado, es el cálculo de lo que ganan los salitreros *en Chile* en el momento actual, vendiendo sus productos á precios que varían entre (5s 8d) cinco chelines ocho peniques, y seis chelines seis peniques (6s 6d).

Asegura, sin embargo, una publicación reciente, suscrita por uno de los más antiguos y más respetados industriales de Tarapacá, quien, á mayor abundamiento, es miembro del comité directivo de la combinación salitrera, que "desde *hace más de un mes*, el salitre que se vende en la costa á un máximun de seis chelines seis peniques, vale y se paga en Europa á *diez chelines y peniques*."

Dedúzcase lo que se quiera por fletes, comisiones y gastos y siempre resultará que, *en el día de hoy*, la verdadera utilidad de las salitreras que *realizan sus existencias puestas en Europa*, se acerca mucho á un peso cincuenta centavos por quintal, lo que haría subir á $ 34.500,000 las ganancias actuales de los elaboradores y á $ 40.250,000 la suma total que realizan por año éstos y los empresarios de ferrocarriles.

¿En cuánto podrían estimarse, ahora, las ganancias de los armadores de buques que conducen estas mercaderías desde nuestros puertos hasta los del Reino Unido ó los del continente europeo?

¿Cuál será, después, la utilidad comercial de los agentes intermediarios de estas transacciones en los mercados de consumo?

Careceríamos absolutamente de datos para estimar, siquiera aproximativamente, estos dos últimos factores.

Basta, sin embargo, á nuestro propósito, con dejar constancia de que esta factoría chilena de Tarapacá, explotada en monopolio por la industria y capital extranjeros, representa una masa de valores con los cuales podríamos cubrir *los dos tercios* de todas las internaciones de mercaderías exóticas que el país consume anualmente.

No sentimos por esto la menor animadversión contra los felices productores de estas riquezas. Creemos, al contrario, que el país es deudor al fecundizante capital extranjero de beneficios de notoria consideración. Acaso sin ellos y, más que probablemente sin su auxilio, esas riquezas habrían sido estériles por muchos años; el fisco chileno habría carecido de cuantiosas rentas; los trabajadores de las pampas de su crecido jornal, y nuestra mis-

ma industria agrícola del poderoso apoyo que le han procurado los consumos del litoral del norte.

Pero todo tiene su límite.

Es ya tiempo sobrado de que el capital y la industria del país, entren á participar de aquellos beneficios.

Se hace ya tarde para *nacionalizar* la industria salitrera y concluir con el monopolio del capital extraño que hoy arranca íntegramente la principal de las riquezas *de nuestro suelo.* Cualquier esfuerzo, todo sacrificio que se hiciera para el logro de estos propósitos, sería ampliamente compensado y justificado.

Y, allí podemos llegar, allí podemos, por lo menos, encaminarnos sin grandes dificultades. Comiéncese, para este efecto, por derogar la inconsulta ley del año último que ordena la venta en licitación de un considerable número de las oficinas salitreras del Estado. Porque si esa ley hubiera de cumplirse, se afianzaría y se sellaría por un término tan remoto como indefinido, el monopolio del capital y de la industria extranjera de los salitres.

Es de primera evidencia que, si las oficinas cuya propiedad conserva el estado se ponen al martillo, no seríamos nosotros, aun en circunstancias normales, muchísimo menos en las estrecheces y penurias de la actual situación, los que pudiéramos competir con el potente capital extranjero en la puja de aquellas propiedades.

Es notorio, por lo demás, que la indusiria salitrera exige el empleo de cuantiosos recursos para explotarla fructíferamente. Y todavía, como todas las industrias, requiere una suma de conocimientos técnicos ó prácticos de los cuales hasta hoy carecen la gran mayoría de nuestros conciudadanos.

Si en tales condiciones de inferioridad, se procediera

al remate ordenado por una ley de estrecho espíritu fiscalista, es obvio é incuestionable que ni una sola de esas oficinas será adquirida por nuestros connacionales.

El monopolio extranjero de la más rica de nuestras industrias, se consolidaría y se aseguraría para un siglo más.

El salitre podría producir cuarenta, cincuenta ó sesenta millones de pesos por muchos años, pero Chile no recogería de esas enormes riquezas de su suelo sino la parte del impuesto que es relativamente infecunda para la República, porque habrá de ser consumida, como se la ha consumido hasta hoy, fuera de toda utilidad y de todo beneficio general ó nacional. Nos quedarían además, es cierto, las utilidades del jornal que, como lo hemos visto anteriormente, son las menos codiciables, porque se consumen improductiva y estérilmente, y porque en un país de escasa población el trabajo es lo que superabunda y los trabajadores los que faltan por todas partes.

En lugar, pues, de proceder con injustificable imprevisión al remate de las propiedades salitreras del Estado, en el cual la concurrencia del capital chileno es imposible, lo que debería hacerse es entregar esas oficinas, por medio de contratos de elaboración á sociedades y capitalistas *exclusivamente chilenos* que quisieren romper, de una vez por todas, con el monopolio extranjero de la industria y apropiarse una parte de sus cuantiosos beneficios.

Es sabido que este sistema de los contratos de elaboración, estuvo en prática durante un largo espacio de tiempo.

Después que el Gobierno del Perú expropió todas las

salitreras de Tarapacá para monopolizar la industria en sus manos, se encontró con que no podía convertirse en industrial y que le era indispensable recurrir al auxilio del trabajo y de la iniciativa individual para explotar las propiedades de las cuales se había hecho el único poseedor.

Entregáronse, en consecuencia, aquellas oficinas á las mismas personas que habían sido expropiadas de su dominio para que las trabajasen por medio de contratos de elaboración, cuyo cánon se fijó, según la importancia de cada establecimiento en tanto por quintal elaborado y puesto á bordo ó en tierra.

Así encontramos establecido el régimen de explotación industrial del salitre, cuando Chile tomó posesión de Tarapacá.

Pero, como nosotros teníamos salitres en otras regiones de la costa, como era necesario dar unidad á la legislación tributaria del país y como era todavía indispensable pagar la deuda con cuyo gravamen habíamos adquirido ese territorio; se rompieron los contratos de elaboración, se enagenaron las oficinas para rescatarlas de sus gravámenes hipotecarios en favor de acreedores extranjeros y se dictó la ley que estableció un uniforme derecho de exportación así para los salitres de Tarapacá, como para los del antiguo litoral boliviano y para los de Chile.

No propondríamos nosotros, como parece hasta innecesario decirlo, que rompiésemos hoy la unidad tributaria salitrera, para dar contratos de privilegio y de excepción á nuestros connacionales.

Eso, que sería sencillamente un despropósito, ni ha

pasado por nuestra mente ni es tampoco necesario para el fin que perseguimos.

Los industriales chilenos que desearen elaborar salitres en las oficinas del Estado, pagarían como todos los que hoy explotan esta industria, el mismísimo derecho de exportación. Eso sí que el canon de arrendamiento de las oficinas, que en los tiempos de la dominación peruana era una cuota fuerte por quintal, en consideración á que no existía derecho alguno aduanero, tendría que fijarse, para realizar nuestro proyecto, en una suma máxima de cinco, seis ú ocho centavos por quintal, según la importancia y estado de los terrenos y maquinarias de cada oficina.

Existen al presente contratos de esta naturaleza entre particulares y ellos podrían servir de modelo ó de pauta para los que nosotros imaginamos.

El sistema que, en sus rasgos mas capitales dejamos expuesto (ya que no sería posible explanarle sin hacer este estudio interminable), consultaría las siguientes ventajas:

1.ª Evitaría el remate de las oficinas del Estado en el cual es absolutamente imposible toda competencia con la industria y el capital extranjero;

2.ª Ofrecería al capital *exclusivamente chileno*, el medio único que pudiera estimularle á invertirse en esta industria, la más remuneratoria y más rica de todas las que existen en el país, puesto que el arrendamiento de las oficinas, con sus terrenos y maquinarias, por un canon moderado y aun bajo, le evitaría los ingentes desembolsos de instalación que hasta hoy han sido el invencible obstáculo que le ha alejado de este fructífero campo de actividad;

3.ª Removería, por fin, este sistema, los peligros, muy graves á nuestro juicio, de llevar á las arcas fiscales, en un momento dado, una fuerte suma de valores que se obtendrían como precio de las enajenaciones, valores que no tendrían en estos instantes una destinación especial á la cual servir, y que correrían el riesgo de ser considerados como recursos *ordinarios* del tesoro público.

Obedece, después, la idea que sustentamos, á dos otros propósitos, en nuestro concepto, muy fundamentales.

Tenemos la más alta idea de la equidad y de la justificación de la política internacional de las grandes potencias con las cuales cultivamos relaciones de amistad y de comercio.

Esto, no obstante, debemos decirlo con entera franqueza y con la libertad que nos da la falta de todo carácter y de toda función pública en éste país; no es prudente y es, por la inversa, muy peligroso que dejemos crecer y crecer hasta las nubes el interés de un monopolio extranjero sobre bienes codiciados é ingentes, que se encierran en los límites de nuestra soberanía.

Podría llegar un momento de mala inspiración, podría asaltar el gobierno de alguna nación poderosa un grupo de políticos poco escrupulosos que concibieran la idea, falazmente seductora, de consolidar una dominación industrial con otra dominación política, y entonces sería acaso tarde para reparar las lógicas consecuencias de nuestra imprevisión.

Incurriríamos en una inconveniencia si nos propusiéramos precisar más nuestro pensamiento y buscarle, en la historia pasada y contemporánea, ejemplos bien palpitantes y bien elocuentes de justificación.

Hay ideas que no requieren sino ser insinuadas para que su justicia se imponga y su importancia se transparente y se destaque aun á los ojos de una superficial observación.

El último interesante resultado que se lograría así mismo con la entrega de las oficinas del Estado á contratistas chilenos de elaboración, sería el de romper de hecho, sin necesidad de las imposiciones de la ley, la combinación salitrera que trae artificial é inconvenientemente restringida la producción de esta sustancia.

Mientras la industria de la cual nos ocupamos pasó por un período embrionario y de violentas sacudidas, pudo ser discreto y ser útil limitar convencionalmente la producción hasta tanto que creciera el consumo en proporciones paralelas.

Aun en estas condiciones, la limitación artificial de los producidos de una industria tiene sus peligros graves, porque alienta á las otras industrias similares y competidoras, como son, en nuestro caso, las que fabrican abonos artificiales, y porque es ocasionada á encarecer excesivamente, movida por el irresistible espíritu del lucro, el precio justo y remunerador de sus productos.

Ahora, cuando una industria crece y se desarrolla tan robusta y tan sólida como ha crecido y se ha desarrollado la aplicación y el consumo del salitre, las limitaciones artificiales de sus rendimientos no obedecen ya sino á móviles estrechamente especulativos, y ocasiona daños de mucha consideración, primero y ante todo, á los consumidores; segundo, á las industrias y agentes auxiliares que con ella tienen contacto íntimo; tercero, al Gobierno ó al país al cual deben el impuesto, y cuarto, final y capitalmente, á su propio porvenir.

Esto es lo que ha llegado á ocurrir en la actualidad con la titulada *combinación salitrera.*

Entre los documentos anexos al folleto publicado en el año último por el señor A. Ross con el título de *Memoria sobre las relaciones comerciales entre Chile y la Gran Bretaña*, figura (página 84) un memorándum número 4, anónimo por desgracia, en el cual se inserta un cálculo de los perjuicios que la combinación estaba destinada á producir por aquel año, mediante á su acuerdo de reducir la exportación de 23 á 18.000,000 de quintales.

Se trataba, pues, como se ve, de traducir en números los perjuicios de esta sola reducción *de cinco millones de quintales* acordada para el año 1892.

El memorandista citado decía, á este propósito, lo que sigue:

"El resultado práctico de esta restricción es que, en vez de exportarse 23.000,000 de quintales, como se efectuó en el año pasado, se propone no exportar sino 18.000,000 de quintales, es decir, 5.000,000 menos, los que, á razón de 22 quintales por toneladas, representan 277,272 toneladas. Tal es la resolución adoptada por las Compañías y que se asegura estar vigente. Las consecuencias de esta diminución de la cantidad elaborada, son las siguientes: El Gobierno de Chile percibe sobre ese producto un derecho de exportación de £ 2 12 sh 6 d por tonelada. La pérdida para el fisco chileno es de £ 656,250. Además se produce: 1.º una pérdida en los derechos de importación sobre los artículos consumidos en los distritos salitreros, puesto que su consumo es menor en razón de que el obrero no recibe salario sino durante siete meses en vez de doce; y 2.º diminución en los derechos de tonelaje, etc. sobre 250,000 toneladas. La pérdida total

para el Gobierno chileno no puede bajar de £ 1.000,000. Con el aumento de precio sobre 839,000 toneladas á razón de £ 2 10 sh, resulta *para los agricultores de este país y del continente* una diferencia de £ 2.097,500. La diminución de las exportaciones reduce en 250,000 toneladas el tráfico marítimo y ferrocarrilero que, á razón de £ 2 10 sh por tonelada, representan £ 550,000. Los salarios, ó sea, el costo principal en la elaboración de salitres, quedan cercenados en algo como £ 1.000,000 y también en £ 50,000, más ó menos, el monto de las comisiones de banco, corretaje, seguros marítimos, etc. Por fin, la pérdida de las ganancias y del flete de transporte sobre el carbón, provisiones y demás artículos consumidos en las provincias salitreras, unas £ 150,000. En resumen, los diversos intereses afectados por esta restricción, experimentan las siguientes pérdidas:

El fisco chileno.	£	1.000,000
Alza de precio para los agricultores (europeos)		2.097,500
Pérdida en fletes marítimos y terrestres.		625,000
Id. en id. para ultramar, sobre carbón, provisiones, etc		150,000
Pérdida de salarios en los distritos mineros		1.000,000
Id. de banqueros, corredores, etc. . .		50,000
TOTAL.	£	4.922,500

De manera, que según este cálculo formado *por un inglés* y según estas lamentaciones exhaladas á nombre de intereses europeos, el hecho sólo de restringirse la

producción, durante un año, en cinco millones de quintales importaba una pérdida que se estima en £ 2.000,000 para el fisco y el público chileno y en £ 2.922,500 para los diferentes intereses extranjeros que concurren á esta industria.

Sin aceptar nosotros la completa exactitud del cálculo por lo que atañe á los intereses chilenos, hemos creído, sin embargo, útil reproducir los conceptos transcritos porque ellos contribuyen á formar una idea, más ó menos aproximativa, de la importancia de los valores vinculados á esta industria y de la gravedad de las medidas que, persiguiendo intereses puramente bursátiles, se toman fuera de nuestro conocimiento y consentimiento, para reglar la marcha de una industria radicada, á lo menos, en suelo chileno.

Es exacto que, en el fondo, debería existir una estrecha solidaridad entre el interés industrial salitrero y el interés nacional ó fiscal chileno.

Y así sería indudablemente cierto, si en esta industria no aconteciera el anacronismo de ser totalmente extranjera del país que la cuenta dentro de su territorio.

Porque, en realidad, si no se tratase de un monopolio ejercido por un grupo de personas extrañas al interés nacional, si el salitre se explotase bajo un régimen de libertad por nacionales y extranjeros, es evidente que no podrían adoptarse resoluciones ú acuerdos que no conspirasen á la utilidad común. No paramos mientes, de nuestra parte, en los daños que una restricción artificial y exagerada de producción puede acarrear al fisco chileno privándole de una suma de pesos por derechos que dejare de recaudar á causa de ella. Este linaje de perjuicios son los menos graves, ya porque no conviene

al interés nacional que el fisco disponga de sumas exageradas de recursos que se estiman erróneamente como ordinarios, normales y permanentes, y que le inducen á exagerar gastos ó á inventar necesidades y servicios poco comprobados, ya porque, en el fondo, éstas no son pérdidas efectivas sino postergaciones en la recaudación de valores que tarde ó temprano caerán á las cajas del impuesto.

Pero lo que sí es un perjuicio grave y gravísimo para el fisco y, sobre todo para el país, es que las avideces de la combinación salitrera estén colocando el precio de este artículo en Europa en condiciones tales que su adaptación y su consumo no puedan generalizarse ni popularizarse.

Lo que es todavía un perjuicio, y perjuicio muy serio para el interés nacional, es que el salitre tenga un precio industrial de seis chelines *en la costa de Chile* y otro precio de especulación y de bolsa de diez chelines en los mercados de Londres ó de Hamburgo.

Puede ser muy interesante para los accionistas que forman el núcleo directivo de las sociedades anónimas salitreras inglesas, duplicar comercialmente el costo industrial del artículo y distribuir dividendos crecidos sobre capitales que la especulación misma tenía muy inflados y duplicados también de antemano.

Pero esto, que no interesa de la misma manera, ni interesa en lo absoluto al fisco ni al país en Chile, le trae, en cambio, el peligro de ver surgir, al fin de cuentas, estimulada y estrechada por las avaricias de su competidor, á la industria de abonos artificiales.

El país no puede, sobre todo, contemplar pasivamente *que haya cuatro chelines de diferencia* entre el precio

del salitre en la costa de Chile y el que se obtiene por especulación en las ventas hechas en Europa.

Es obvio que esos cuatro chelines de diferencia no pueden, en ningún evento, representar valores de retorno para nuestro comercio internacional.

El nivel de estas aguas ha ganado ya tal altura que se hace necesario abrirles una válvula de escape que evite inundaciones.

Lo que á Chile conviene es que los salitreros obtengan de su trabajo y de sus capitales resultados remuneratorios y halagüeños, pero que sean industriales y no especuladores, que no olviden jamás que el supremo interés del país y de ellos mismos es que el consumo se generalice y se multipliqùe día á día, lo que es incompatible con precios exagerados; que no pierdan tampoco de vista que no deben dar estímulos ni alientos á las industrias competidoras similares y que, finalmente, el monopolio de que hasta hoy han disfrutado no puede prudentemente estirarse hasta duplicar en Londres los precios de la costa de Chile, porque de esta manera el país no tendrá siquiera la expectativa de lograr, parcial é indirectamente, de esos valores como ítems de su comercio internacional de retornos.

En los momentos mismos en que escribimos sobre esta grave matetia, nos llegan los rumores de un nuevo acuerdo de carácter esencialmente especulativo de la *combinación salitrera.* Alarmados, sin duda, los directores de este mecanismo con los malos vientos que acá comienzan á soplar para sus propósitos, han hecho circular la especie de que se aumentará hasta 25.000,000 de quintales la exportación de 1893. Entretanto, esto no es sino un ardid ó una táctica hábil para disipar la

atmósfera desfavorable que les amenaza, porque, en realidad, no existe aumento alguno efectivo de la exportación en el acuerdo al cual aludimos, ya que esos 25.000,000 de quintales comprenderán la producción íntegra de 1893 *y la producción total del primer trimestre de 1894*. Y la convicción dominante en este momento, convicción que ha sido apoyada y sustentada en las publicaciones del señor Oliván, á las cuales hemos hecho referencia al comienzo de este párrafo, es que los mercados de consumo admitirían y absorverían hoy fácilmente una producción de 30.000,000 de quintales pagándola á precios suficientemente remuneratorios.

Pues bien; la idea de derogar la ley que autoriza la enagenación de las oficinas salitreras del Estado y de entregarlas á la explotación de capitales, personas y sociedades *exclusivamente chilenas*, serviría también con entera eficacia á este tercer propósito benéfico de romper las restricciones artificiales de la producción, sin necesidad de recurrir á medidas coercitivas ó á imposiciones de la ley.

No se nos oculta que la idea que proponemos tiene sus inconvenientes de detalle de un carácter subalterno, pero subsanables en nuestro concepto y, en todo caso, nimios ante los grandes resultados que con ella se alcanzarían.

Sería uno de esos inconvenientes el peligro de que las explotaciones de las oficinas arrendadas se hicieran abusivamente, es decir, sin considerar el mejor aprovechamiento de los terrenos y su utilización industrial para tomar sólo en cuenta el interés de obtener utilidades rápidas.

Nos parece que este peligro se evitaría con sólo la obli-

gación impuesta á los arrendatarios de someterse, en la dirección técnica de sus trabajos, á las indicaciones de un ingeniero ó de una comisión especial y facultativa que nombraría el Gobierno y cuyas remuneraciones costearían los interesados mismos. La caducidad de los contratos, sancionaría la observancia estricta de esta obligación.

Otro inconveniente, de naturaleza más grave sin duda alguna, sería el que las sociedades ó capitalistas chilenos que remataran ó adquirieran estas concesiones, transfiriesen sus derechos á extranjeros, burlando así el propósito capital de la ley.

No es éste tampoco un mal sin remedio.

No se ajustarían contratos de elaboración sino con personas naturales ó sociedades formadas por chilenos y se declararían nulas, de nulidad absoluta, todas las transferencias de acciones ó títulos sociales, como todas las ventas, traspasos, usufructos ó subarrendamientos que versaren sobre estos contratos, sin perjuicio de afianzarse estas disposiciones con una sanción penal eficaz.

El recelo y la suspicacia que es propia del capital sería bastante garantía para impedir que se burlasen las disposiciones de la ley. Ni nuestros nacionales enajenarían, ni muchísimo menos los extranjeros adquirirían esta clase de concesiones exponiéndose á perder íntegramente cuantiosos capitales.

No faltarán, estamos ciertos, quienes combatan nuestras indicaciones en nombre de la libertad del comercio.

Podrá aún agregarse que queremos romper la unidad é igualdad de todos los habitantes de Chile ante la ley y crear instituciones de privilegio y de excepción en favor de nuestros connacionales.

Pues es claro que tras de eso vamos, no por cierto, con propósitos hostiles, que serían antieconómicos y absurdos, para con el comercio y la industria extranjera, sino como el único medio de que prenda la retardada iniciativa nacional, induciéndola á compartir los beneficios de la más rica de nuestras industrias. Queremos, es cierto, sacudir, despertar las energías del trabajo y de la vitalidad industrial adormecida de nuestros connacionales, señalándoles el campo más fructífero para su labor, campo monopolizado hasta hoy por el esfuerzo inteligente del capital extranjero. Nos parece hasta humillante para nosotros, estimamos casi como una prueba de la inferioridad de nuestra raza, que un pueblo viril y activo pero pobre, se esté dejando arrancar sus mejores plumas sin que ni la enseñanza le aproveche ni las necesidades le estimulen á defenderse.

Por eso nos preocuparía poco el cargo de sostener leyes de excepción ó de privilegio.

¿Qué cosa sino excepciones y privilegios de este linaje son los constitutivos esenciales del sistema proteccionista?

¿Qué es la prohibición de hacer el cabotaje con bandera extraña?

¿Qué importan y qué significan todas las restricciones aduaneras, todos los recargos á los productos exóticos similares de industrias nacionales?

Sencillamente, privilegios en favor de los intereses y de las industrias de un país débil ante la competencia del comercio extranjero.

Eso sí, que el carácter de todas estas medidas es muchísimo más odioso y mucho más perjudicial de las que nosotros sostenemos, porque la protección que se acorda-

ra á nuestros connacionales para habilitarles á participar de los beneficios de una industria *única* hasta hoy en el mercado universal, no iría sino á romper un monopolio y á colocarles en aptitud de luchar en condiciones de relativa igualdad contra un capital superior y contra un arte industrial más avanzado.

No se impugne vanamente el carácter de privilegio que encarna nuestra proposición. Esa es la tendencia dominante de la política económica moderna. Ya no solo se agitan pueblos y gobiernos por poseer colonias que vivan exclusivamente de sus productos, sino que se invaden y se dominan países para afianzar el predominio comercial de nacionalidades determinadas.

Sería, por lo demás, complemento indispensable de la idea que proponemos, el que los derechos de exportación que deberían pagar los arrendatarios de salitreras del Estado, no ingresaran á la caja común de rentas fiscales sino al fondo especial de la gran reserva que el país necesita formarse no ya sólo para desprendernos del curso forzoso, lo que será relativamente fácil, sino para ponernos á cubierto de las eventualidades del porvenir.

Sería una imprevisión araucana olvidar por un solo momento que vivimos consumiendo rentas y *capital* y que hemos elevado los gastos permanentes con la tranquilidad más perfecta y sin curarnos de que Tarapacá pueda un día agotarse, de que otro día pueden descubrirse salitres en próximas ó lejanas regiones, de que la ciencia avanza y avanza sin cesar y de que tenemos, conspirando eternamente contra nuestras eventuales riquezas, á geólogos y naturalistas, á químicos y botánicos que pretenden ya haber sorprendido al ázoe en el propio aire que respiramos y que marchan tras de los

medios de almacenarle y venderle como si fueran sacos de caliche de Huaras ó de Lagunas.

Es indispensable que vivamos prevenidos contra eventualidades que están lejos de ser fantásticas ni pesimistas, no sea que un día amanezcamos con la necesidad de reducirnos, *de achicarnos* á la mitad de lo que somos, de desmontar violentamente, pieza por pieza, la dispendiosa máquina de la administración pública y de suprimir la mitad de las viandas de cada hogar.

El esfuerzo del trabajo, que es previsión y que es riqueza, se impone al patriotismo y á la cordura nacional.

XIII

Se culpa á la legislación aduanera de haber creado, ó cuando menos fomentado los hábitos de despilfarro y los gustos del lujo así como se la atribuye la falta de espíritu de ahorro que se nota en todas las clases sociales y la imprevisión, el abandono en que se han mantenido los intereses industriales fabriles del país.

Hay en esa serie de cargos algo de exacto, como hay también algo de exagerado.

Es exacto, desde luego, que las leyes aduaneras han sido por demás benignas para con los consumos exclusivamente suntuarios.

Es exacto, después, que las tarifas de avalúos son defectuosas y más defectuosas que las tarifas son talvez sus aplicaciones.

Es exacto, por fin, que en la extraordinaria flexibilidad de las categorías de derechos específicos, pasan, como por entre las mallas de ancha red, los pescados

chicos y los pescados grandes, el consumo moderado y necesario y el consumo voluntario y superfluo.

En este sentido, puede afirmarse con relativa exactitud, que las leyes aduaneras han estimulado la exageración de los consumos y han debilitado, en consecuencia, el espíritu de ahorro.

De esos mismos antecedentes podría desprenderse por inducción, que esas leyes han sido también imprevisoras debilitando los estímulos que habrían podido compelernos á implantar y proteger la industria fabril.

Si hubiéramos de entrar en la extensísima dilucidación, en el lato desenvolvimiento que exigiría el estudio de estas tesis, para discernir lo que hay en ellas de verdadero y de erróneo, traspasaríamos muy considerablemente los límites útiles de este trabajo, desnaturalizaríamos, sobre todo, los objetivos que perseguimos.

Es notorio que el estudio á fondo del sistema tributario aduanero, se roza con casi todos los problemas de la ciencia económica, puesto que afecta así á la distribución como á la producción y consumo de las riquezas.

Entretanto, nuestra tarea del momento no va tan lejos, ni nos hemos propuesto otra cosa que señalar, á grandes rasgos, las causas fundamentales del actual retroceso económico del país y los medios más directos, rápidos y practicables de ponerle atajo.

Entre estos medios figuraría, sin disputa, el de refrenar los consumos suntuarios é improductivos que nos ahogan.

En alguna ocasión anterior habíamos manifestado el decidido apoyo que prestábamos á esta idea.

Debemos reconocer, sin embargo, que épocas de penurias y de estrecheces, como la que atravesamos en

estos instantes, no son las más propicias para reformas de esta naturaleza. Es evidente, ante todo, que los consumos superfluos tendrán que restringirse por la fuerza incontrarrestable de la necesidad, porque cuando el crédito flaquea, el circulante encarece y se esconde y la producción misma apenas basta á satisfacer las necesidades reales é impostergables de la industria y de la vida; no queda lugar para las fantasías del lujo.

Pero, por sobre esta consideración, que no es sino de relativa exactitud, puesto que aun en situaciones estrechas hay opulentos que mantienen gastos suntuarios en daño del país en general; por sobre esta consideración, repetimos, existen otras que aconsejan marchar con gran cautela en esta delicada materia.

Los intereses comerciales son exquisitamente susceptibles é influenciables por cualquier medida que altere repentinamente su condición. Y cuando esta condición no es mui firme ni descansa sobre bases muy sólidas, hay siempre peligro de provocar sacudidas y liquidaciones que serían tanto más desastrosas cuanto más estrecha es la solidaridad que liga á todos los órdenes y categorías de esas relaciones.

Si hoy, por ejemplo, se alzaran los derechos de aduana sobre los consumos suntuarios ó sobre los consumos simplemente voluntarios que admiten una restricción á todas luces conveniente para el interés nacional, provocaríase en el acto una elevación desproporcionada y exageradísima en el precio de todas las mercaderías ya internadas bajo el régimen de los derechos existentes.

De aquí tendríamos, en primer término, un encarecimiento general de todos los artículos de consumo y un trastorno, un desequilibrio entre la situación relativa del

comerciante, que se encuentra abundantemente provisto de mercaderías que ofrecer al consumidor y aquel que las aguarda contando con realizarlas en condiciones iguales con sus demás concurrentes.

Esta clase de reformas han exigido siempre cierta especie de preparación, el otorgamiento de plazos escalonados y prudentes que eviten ó suavicen, por lo menos, esos choques de intereses.

Si esto pasa en situaciones normales, con mayor razón debería observarse esta regla de procedimiento en días aflictivos y difíciles, ya que de otra manera nos expondríamos á provocar trastornos cuyas consecuencias son siempre más extensas de las que, á primera vista, pueden preverse.

No son tampoco menos atendibles las consideraciones de interés fiscal que dificultan una reforma violenta en el sistema del impuesto de internaciones.

Es obvio que, si se provocase una limitación considerable y repentina de los consumos, las arcas públicas se verían privadas de cierta suma de recursos con los cuales se ha contado para atender á los gastos de la administración.

De todo lo cual resulta, en definitiva, que los males de una defectuosa legislación aduanera, son de aquellos que requieren una corrección paulatina, emprendida con mucho tacto y prudencia, en momentos oportunos y contando, sobre todo, con un relativo desahogo de tiempo y de recursos para realizarla.

No van, pues, muy encaminados, en nuestro concepto, los que piensan que sufrimos *voluntariamente* de la plétora de internaciones que ha provocado y estimulado la baja en los precios de casi todas las manufacturas euro-

peas, y que bastaría para defendernos de este mal una ley en cuyo artículo *único* se estableciera que quedaban elevados desde hoy en un cincuenta por ciento los derechos que gravan á la internación de mercaderías extranjeras.

Pensamos, de nuestra parte, que esta marea siempre en creciente de las internaciones de mercaderías extranjeras constituye, en realidad, un peligro y una causa constante de debilitamiento en las fuerzas económicas de países que no tienen industrias suficientes para devolver productos por productos, capitales por capitales y para no encontrarse jamás en la necesidad de empeñar su crédito á fin de saldar sus compromisos en los mercados extraños.

Por desgracia, esta es precisamente nuestra situación, pero los remedios heroicos que se apuntan para libertarnos de ella en un día, nos parecen profundamente delicados y peligrosos.

Otra corriente de ideas que juzgamos igualmente dignas de estudio y meditación tranquila, es la que proclama la necesidad de abrir brecha muy honda en nuestras leyes aduaneras para que por ella quepan y pasen con desahogo todas las reformas de carácter francamente proteccionista.

Nosotros creemos que nuestros Congresos debieran ser liberales, previsores y generosos para con toda tentativa, con toda solicitud *concreta* que se les presentare, revestida de antecedentes justificados y de garantías de seriedad, en demanda de facilidades para la implantación de industrias útiles, grandes ó pequeñas. Es á todas luces inconcuso que un país que cuenta con materias primas, con elementos naturales pródigamente esparcidos

en su suelo, debe preocuparse, debe encaminar sus esfuerzos á formar industrias que le permitan satisfacer siquiera sus necesidades más simples, ya que de otra suerte vivirá en una dependencia absoluta y hasta vergonzosa del trabajo extraño y en una inferioridad económica lamentable.

Pero no cabe á la acción de la ley sino á la acción individual la iniciativa de este género de benéficas evoluciones.

Las reformas abstractas ó genéricas que se pretendieran introducir en el régimen tributario nacional con la mira de fomentar la introducción ó la implantación en el país de industrias indeterminadas, serían estériles, utópicas ú ocasionadas á los infinitos abusos y refinamientos de la mala fe.

Lloverían los industiales de la estafa y del engaño en demanda de liberaciones ó diminuciones de derechos para plantear todas las empresas imaginables y no habría medio de parar sus golpes ó de ponerse á cubierto de sus celadas.

Por eso es que cuando se pasan en revista todas las industrias que pudieran prender fácilmente en el país, como se las ha indicado reiteradamente por algunos órganos de la prensa en la última época, se hace obra de erudición, sin disputa, pero no se indican, por desgracia, los medios prácticos de aprovecharla. Hay incuestionablemente en Chile elementos propicios para implantar la grande industria del ácido sulfúrico, se podrían fabricar con gran ventaja los géneros blancos para el consumo del pueblo, se podría hacer papel, velas estearinas, fósforos, etc., etc. Puede todavía ser exacto que el fracaso de algunos empresarios animosos que se habían iniciado

en estas benéficas luchas, se deba á falta de preparación técnica, á mala elección de localidades ó á cualquiera otra circunstancia.

Pero, lo repetimos, no es de la iniciativa del legislador hacer surgir la industria fabril en un país.

Estamos completamente ciertos de que si hubiera voluntad, capitales y empresarios que tuvieran estas saludables audacias, encontrarían abiertas de par en par las puertas de la protección más franca y contarían con el amplio favor de la ley.

No es verosímil, por desgracia, que este espíritu se despierte en épocas de angustias como la que alcanzamos. El encarecimiento de los capitales, los recelos del comercio y el mismo apocamiento que se apodera de los ánimos en presencia de las dificultades de la situación, alejan toda expectativa justificada de una era de adelantos de este carácter y de esta importancia.

Por eso, cuando hemos visto la persistencia con la cual se ha estado aconsejando en estos últimos tiempos que no pensemos en limitar los consumos ni en hacer economías sino en producir más y en convertirnos de la noche á la mañana, en un gran país industrial; confesamos que los consejos nos han parecido hasta sospechosos y que hemos creído divisar en el fondo de esta propaganda una tendencia marcada á adormecernos en nuestros hábitos de dispendiosos consumos de mercaderías extranjeras con el halago de que pronto, muy pronto nos hallaremos en aptitud de bastarnos á nosotros mismos.

Si nuestras suspicacias nos hubieren engañado, perdónesenos la temeridad de nuestros juicios, pero indíquese por los propaladores de estas corrientes de ideas, cuál es el medio de contar con estos beneficios, cuáles

son las reformas concretas que pudieran introducirse en la ley para llevarlas á ejecución, cuáles son, en fin, los recursos, los estímulos, los premios que deberían otorgarse á los presuntos obreros de la vida industrial chilena.

Podríamos sí hacer algo, intentar algo para desarrollar nuestras industrias existentes. Ya hemos indicado en este mismo estudio uno de los horizontes más halagüeños, en nuestro concepto, para interesar al capital chileno en la participación de beneficios de la más reproductiva de las industrias nacionales.

Mucho podría y debería hacerse, sin reparar en sacrificios, para alentar nuestra minería, dándole, sobre todo, caminos fáciles y baratos para sus productos, construyendo muelles en nuestros puertos, faros en las costas, y, en fin, facilitando por medio de reglamentos bien meditados, el trabajo de carga y descarga de los buques.

Puede y debe pensarse también en otro orden de medidas protectoras de la industria agrícola.

No sentimos el menor escrúpulo, por ejemplo, en sostener la idea de gravar con derechos verdaderamente prohibitivos, la introducción de trigos y harinas de cualquiera procedencia.

Es verdaderamente triste y hasta bochornoso que en época reciente y hallándose el país con una cosecha de cereales de extraordinaria abundancia, se hayan internado trigos y harinas de San Francisco.

Si esos artículos hubieren llegado á estas costas como lastre de buques destinados á cargar salitres, razón de más para gravar pesadamente su internación, porque en tal evento, se estarían introduciendo mercaderías que no necesitamos sólo por hacer más ventajoso el por-

teo del salitre. Poco importa, pues, en este sentido á los internadores de trigos y harinas americanas, perder dinero en el precio de venta de estos artículos si encuentran su compensación en el abaratamiento de los fletes de retorno.

Pero al país sí que le importa que se internen mercaderías inútiles que tenemos que pagar en todo caso y que, por lo tanto, van á influir desfavorablemente en la balanza de los intercambios.

Para esta clase de especulaciones, la acción del impuesto debería hacerse sentir rápida y eficazmente.

Es asimismo tiempo de gravar la introducción de ganados argentinos.

Es sabido que nuestro comercio con la vecina República de los Andes, arroja resultados desastrosos para Chile.

Pues bien, las ochenta ó cien mil cabezas de animales vacunos y mulares que introducen anual y gratuitamente los argentinos, debieran afectarse con un impuesto que podría producir de ochocientos mil á un millón de pesos al año.

Verdad es que este impuesto iría á recaer sobre el consumidor chileno para quien los gastos ordinarios de la vida están haciéndose día á día más onerosos.

Pero es fácil buscar compensaciones que evitaran este mal.—Podría, por ejemplo, sustituirse el gravamen del impuesto á los ganados argentinos con la liberación absoluta de los derechos de matadero y carnes muertas que perciben las municipalidades y que, según entendemos, alcanza á una suma análoga. Bastaría, para este efecto, que el Estado distribuyera entre aquellas corporaciones el producido del impuesto de internación de ganados.

Nadie perdería entonces con esta medida; la situación del consumidor chileno sería la misma; los municipios contarían con idénticas rentas, pero la condición económica del país habría ganado considerablemente porque tendríamos retornos para cubrir, siquiera parcialmente las internaciones argentinas. Las cien mil cabezas de ganados que nuestros vecinos de ultra-cordillera introducen anualmente con un valor mínimum de dos millones de pesos, perturban por completo el movimiento del comercio internacional entre ambos países.

Como lo dejamos expuesto en el párrafo V de este estudio, la Estadística Comercial (1889-1890) asigna á la ganadería y sus productos un valor de un millón trescientos veintidos mil novecientos sesenta pesos ($ 1.322,960) en la masa de las *exportaciones*, mientras que las *internaciones* de esta misma glosa alcanzan á la gruesa cifra de cinco millones seiscientos setenta y dos mil novecientos cuarenta y siete pesos ($ 5.672,947).

El anacronismo económico y aduanero que comentamos, es, por lo demás, de una trascendencia grave en daño de la industria agrícola nacional.

Un animal nacido en los campos ó en los establos de Chile, ha contribuido al impuesto con una suma no despreciable cuando llega á la edad de tres años.

Entretanto, el ganado argentino que se interna gratuítamente á Chile no ha pagado impuesto alguno.

En estas condiciones, no es dable aguardar el desarrollo de la ganadería que es, sin embargo, la industria base de la agricultura, porque, aparte de que sus productos se elevan día á día de precio, es la que sirve al abono de las tierras, manteniendo y renovando incesantemente su fertilidad y la que tiene el importante rol de

facilitar la rotación de todos los demás cultivos de un predio.

Tales serían, á nuestro juicio, las principales, ó por lo menos, las más justificadas y urgentes reformas que convendría introducir en la legislación aduanera con el propósito de proteger la industria nacional.

Por lo demás, pensamos que no sería prudente innovar en las condiciones generales del impuesto.

El recargo que hoy representa el pago *en oro* de una cuota de 25% de los derechos, debiera, á nuestro juicio, mantenerse sin más variación que la de cobrarle en moneda de curso legal. Se conservaría así la integridad en el monto del impuesto sin insistir en el error de compeler al comercio á importar fuertes sumas *de oro* en los momentos precisos en que el cambio desciende progresiva y casi inverosímilmente por falta de letras ó lo que es lo mismo por falta de productos con los cuales pagar nuestras deudas.

Eliminemos, por lo tanto, este nuevo factor de las obligaciones externas del país. No sólo la conveniencia más elemental sino la cordura, el simple buen sentido así lo exige.

Casi innecesario sería añadir que el recargo del impuesto debe conservar el carácter que le atribuyó la ley de 26 de noviembre, es decir, el de un fondo de reserva nacional. Variaría únicamente la destinación que deba darse á estas reservas. Según la recordada ley de noviembre, todo su producido debía invertirse en la moneda de los 24 d, destinada á ser el circulante único del mercado.

Como suponemos que no habrá de insistirse en aquella combinación, los fondos que produzca el recargo del

impuesto deberían constituir el segundo gran ítem de la reserva nacional, de la cual nos ocuparemos más adelante.

Quede, sin embargo, bien entendido que sólo á este título debería, en nuestro concepto, mantenerse el recargo del impuesto, porque si los fondos que de él provengan ingresaran á la masa común de rentas fiscales, sería cruel y sería hasta absurdo que un país empobrecido siguiera soportando recargos de gravámenes en favor de un fisco rico que administra, por lo demás, con escasísima sobriedad los dineros de los contribuyentes.

XIV

Se sabe que el país lleva invertidos muy cerca de *cuarenta millones de pesos oro* ($ 40.000,000) en la construcción de sus vías férreas.

Es notorio asimismo que una cuota muy elevada de la deuda externa, proviene de los costos de construcción de ferrocarriles.

No necesitaríamos agregar que encontramos justificadas y más que justificadas, eminentemente benéficas y reproductivas esas inversiones, que, en el espacio relativamente corto de 30 años, han operado verdaderos prodigios para el progreso material, industrial, social y político del país.

No quiere esto decir, sin embargo, que hayamos sido muy felices en la construcción ni en la explotación y administración de los ferrocarriles.

Nada tiene esto de extraño. Un país nuevo, aislado en el extremo del mundo, sin educación industrial práctica, con deficientes conocimientos teóricos; estaba con-

denado á pagar caramente su iniciación en uno de los órdenes de adelantos materiales mas complejos de la civilización moderna.

Empero, sería ya tiempo de esforzarse por obtener alguna compensación de los sacrificios realizados.

Como dice Leroy Beaulieu; «los ferrocarriles son capitales que los Estados no pueden entregar al goce gratuito del público cuando tienen deudas pesadas que servir con los dineros de los contribuyentes.». *(Ciencia de las finanzas*, tomo 1.º, página 99.)

Y esto es lo que pasa entre nosotros. Los ferrocarriles de este país tienen el privilegio, si hemos de creer á los cálculos de los especialistas y á los datos de la estadística, de ser los mas dispendiosamente explotados que existan en el orbe.

Mauricio Block, ha publicado los cuadros de gastos de explotación de todos los ferrocarriles alemanes durante los seis años transcurridos desde 1867 á 1873, para el efecto de comparar los costos relativos de esa explotación entre las empresas administradas por el Estado con aquellas que corren á cargo de sociedades particulares.

El máximum de esas cuotas de gastos, que por cierto corresponden á la administración del Estado, se representa en Alemania por el sesenta y uno por ciento del producto bruto (61%). El mínimum obtenido por compañías particulares, es de cuarenta y dos por ciento (42 %) de ese mismo producto bruto.

Según Mulhall *(Diccionario Estadístico)*, los ferrocarriles de más cara explotación que se conocen son los de Dinamarca, que han gastado hasta el 86 por ciento de su producto bruto, y los mas baratos, los egipcios, que

sólo emplean el 46 por ciento de ese mismo producto, los españoles, que lo han reducido al 44 por ciento y los portugueses al 43 por ciento. En el Japón se ha alcanzado también á esta última cuota proporcional.

Y, observación que es digna de notarse. Los ferrocarriles mejor administrados que existen en el mundo *gastan exactamente las mismas cuotas* de sus producidos totales. Así pasa, por ejemplo, con las vías férreas inglesas, francesas y belgas que gastan todas ellas la mismísima cuota del 52 por ciento y los suizos el 53 por ciento.

Véase, ahora, lo que á este respecto pasa entre nosotros, según aparece de la *Memoria sobre los ferrocarriles de Chile*, presentada al gobierno por el señor A. Ross (página X).

«Los gastos de explotación de los ferrocarriles fueron en 1889 el $85\frac{7}{10}$ por ciento y en 1890 el 82 por ciento de la renta bruta; y, según entiendo, en el año 1891 el resultado ha sido todavía peor; lo que quiere decir que, prácticamente, las rentas del Estado no reciben auxilio alguno de una empresa que tan cuantiosos desembolsos ha impuesto á la Nación.»

Esta es exactamente la verdad, á lo menos, lo ha sido hasta hoy.

En 1891, las entradas de ferrocarriles ascendieron á $ 10.151,196.01 y los gastos á $ 8.347,403.75, pero como entre las primeras figuraba la cifra de $ 1.265,653.06 por servicios prestados al fisco por la empresa, resulta, en definitiva, que la entrada líquida del año se redujo á $ 538,117.22.

En el año último de 1892, con un presupuesto de $ 9.500,000, se gastaron cerca de once millones.

Los precedentes datos que tomamos de la Memoria del Ministerio de Industria y Obras Públicas, nos autorizaron para decir, en setiembre último, lo que sigue:

"¿Qué pasará ahora en 1893?

"El aumento de un 25 por ciento que comienza á regir desde el 1.º de enero próximo, será consumido en obras nuevas de las cuales se apuntan como urgentes, en el documento oficial al cual nos referimos, algunas que exceden de $ 1.500,000 de costo. Los gastos extraordinarios y los de provisión de equipo seguirán burlando todos los cálculos y todos los presupuestos.

"Resultado total de tales premisas es que, dentro de toda probabilidad, 1893 será como 1892, y, si llegaran á producirse los $ 14.000,000 de rentas calculadas para el primero de esos años, aparecerán, en definitiva, consumidas total ó semi-totalmente por los gastos ordinarios y extraordinarios de la empresa."

Es, pues, desalentadora la explotación de nuestros ferrocarriles, comercialmente considerada.

Añádase á esto que todas las líneas se hallan en mal estado, que su material rodante y su equipo es apenas un tercio del que requerirían las necesidades ordinarias de un servicio normal (folleto del señor Pérez de Arce) y que la vía permanente no se encuentra tampoco en condiciones más satisfactorias puesto que, según documentos oficiales, citados en la Memoria del señor Ross, tan sólo en el año 1890 hubo que colocar en ella 28,000 metros de *rieles viejos*; circunstancia que no fué tal vez extraña á que en dicho año se produjeran *noventa accidentes*, de los cuales casi la mitad fueron ocasionados por desrielamientos.

Parécenos que este conjunto de datos bastan por sí

solos para justificar la indisputable conveniencia que habría en cambiar de sistema de explotación.

No seríamos nosotros quienes aconsejáramos la venta de los ferrocarriles, ya porque esa idea es resistida por el sentimiento público, ya sobre todo, porque perturbaría el porvenir económico. Cuando la red de vías férreas de Chile esté terminada, cuando el país haya recobrado su bienestar, los ferrocarriles habrán de ser una empresa remuneratoria y hasta de pingües resultados industriales.

No sería, por lo tanto, aceptable que los beneficios de esa industria se escaparan también del país en vez de servir al desarrollo y aumento de la fortuna pública nacional y fiscal.

Pero, si esa idea radical y extrema de la venta tiene los inconvenientes que dejamos apuntados, no pasa lo mismo, sino que, á la inversa, reune todas las ventajas el proyecto de dar en arrendamiento, por un plazo de 15 años, por ejemplo, toda la red férrea chilena en estado de explotación.

Verificado ese arrendamiento á uno ó á diversos sindicatos ó capitalistas nacionales ú extranjeros que pagasen el canon en libras esterlinas y en Londres, podrían dedicarse esos fondos sea al servicio de la deuda externa radicada en esa plaza, sea, lo que es lo mismo en el fondo, á la continuación y terminación de la red de ferrocarriles que indispensablemente tienen que ejecutarse en un país que cuenta todavía con más de tres millones de hectáreas de terrenos fiscales que carecerán de vida industrial, de movimiento y de valor mientras no cuenten con ese gran elemento de actividad, palanca y eje motríz del progreso modermo.

La sociedad ó los sindicatos arrendatarios de nuestros

ferrocarriles, les habilitarían por su interés propio así como por las estipulaciones del contrato, de todo el material rodante que exigiera su más fructífera explotación y nos responderían de la integridad de esos valores así como del perfecto estado de la vía permanente.

El público tendría una entidad perfectamente justiciable y responsable contra la cual hacer valer sus reclamos sin las morosidades y la casi absoluta ineficacia que hoy embaraza y esteriliza esta clase de acciones contra el fisco.

El Estado, por su parte, se desprendería de las legiones de empleados que necesita pagar para atender á estos servicios con las deficiencias y las inevitables imperfecciones que son propias de toda empresa industrial á cargo de la administración pública.

Social y políticamente consideradas las ventajas de la idea que sustentamos, son igualmente vastas y notorias.

Un país supeditado en todas las esferas de su iniciativa y de su actividad por la acción avasalladora del gobierno, se encoge de espíritu, se amilana y se empequeñece para aguardarlo todo de la Providencia que rige sus destinos.

Dice á este propósito un pensador y un economista moderno á cuya autoridad y enseñanza hemos recurrido más de una vez en este estudio:

"Es necesario no recargar al Estado de demasiadas responsabilidades: es necesario también no acrecentar de una manera indefinida el número de sus empleados. No conviene que el Estado se encuentre expuesto á recriminaciones ó á solicitudes incesantes por la tasa de las tarifas ó por la organización de los trenes. Eso sería aumentar á pura pérdida el número de descontentos ó adversarios que, en países de administración centralizada

son uno de los grandes obstáculos para la estabilidad de los gobiernos. Eso sería, de otra parte, dar á los hombres que se encuentran en el poder medios poderosos de supeditación y de influencias... Es un mal grave que un número tan considerable de individuos dependan únicamente de los gobernantes ó de sus subordinados.»
(*Ciencia de las finanzas*, tomo I, página 95.)

Consideramos que la explotación de nuestros ferrocarriles por la acción individual, acción responsable, celosa, competente y eficaz, como es por su propia índole, no puede parangonarse con el sistema en vigor entre nosotros, sea que se le aprecie política y socialmente, sea que se la estime desde el punto de mira que nosotros contemplamos con más especialidad en este momento, es decir, por su aspecto económico.

Acontece, por desgracia, que á las resistencias naturales que esta idea encuentra entre los hombres de gobierno, se han unido hasta hoy otras resistencias, más efectivas y poderosas, de las opiniones dominantes en el país.

Se cree ó se teme, por lo menos, que cualquiera empresa explotadora de los ferrocarriles hostilizaría los intereses del público en general y particularmente los de la agricultura á cuya industria están tan íntimamente ligados.

Pero es esta una preocupación que no resiste al razonamiento.

¿Por qué los ferrocarriles, explotados por particulares, habrían de hostilizar á la agricultura y no hostilizan á la minería los que se construyeron para servirla y desarrollarla antes, mucho antes de que el Estado acometiera análogas empresas para el servicio público general?

¿Por qué se temería que nuestras vías ferreas centrales, entregadas á la explotación individual, fueran á dar resultados diversos á los que aguardamos confiadamente y sin sobresaltos de cualquiera de las empresas de ferrocarriles trasandinos?

¿Por qué los propietarios del valle situado al oriente de esta capital no se han quejado hasta hoy de abusos de la sociedad constructora y explotadora del ferrocarril de Pirque?

No negamos, porque ello sería obstinación, espíritu preconcebido ó desconocimiento de los hechos, que todo monopolio industrial encierra peligros de esta naturaleza y que la pasión del lucro es un funesto consejero que suele poner en choque intereses que deberían ser solidarios para ser recíprocamente benéficos. Allí está, como ejemplo, sin salir de nuestro propio territorio, la empresa de ferrocarriles de Tarapacá, que con razón ó sin ella, no queremos discutirlo, levanta tantas quejas de la industria salitrera.

Pero es que para evitar antagonismos y choques de esta especie, tendríamos una convención solemne que decidiría toda dificultad.

Se pactaría, por cierto, de antemano y con la excrupulosidad de detalles que reclama su importancia, no sólo el máximum de las tarifas de fletes y pasajes, sino todas las más importantes y las más menudas condiciones del servicio que habría de encargarse á la sociedad arrendataria.

Esta clase de pactos, que sin duda son complexos, no son por eso menos practicables y son, sobre todo, bien conocidos. Recientemente la Italia ha entregado á la acción individual la explotación de sus dos grandes sec-

ciones de ferrocarriles, la del Adriático y la del Mediterráneo, y sus resultados, no sólo económicos sino industriales y de buen servicio, tienen satisfecha á la opinión pública y á los intereses comerciales de ese país.

Se sabe que tal vez las más importantes, y sin duda, las mejor administradas líneas férreas alemanas, francesas é inglesas, están á cargo de sociedades particulares.

Estas enseñanzas no pueden desatenderse sin una presunción que sería injustificable de nuestra parte.

Verdad es que en teo ía no hay doctrinas absolutas en esta materia.

Pero la opinión dominante de los tratadistas tiende visiblemente á eliminar la explotación de los ferrocarriles de entre las funciones propias del Estado. Y, así como todos ellos sostienen que el servicio de correos, por ejemplo, es por su carácter y por su simplicidad una función propia del Estado, que el de telégrafos puede hacerse indiferentemente por los gobiernos ó por los particulares; se pronuncian en contra de toda intervención de los gobiernos en funciones industriales tan complexas y tan delicadas como la administración de los ferrocarriles.

La experiencia, caramente adquirida, habría debido bastarnos para imitar las enseñanzas de los países de más avanzado progreso industrial y de servicio público infinitamente más perfecto.

La administración de los ferrocarriles en Chile viene siendo eterno tema de quejas y recriminaciones.

Las quejas son justas, pero las recriminaciones no son tal vez bastante equitativas, porque los mejores esfuerzos tienen que estrellarse ante la falta de elementos personales competentes para el manejo de empresas tan complexas y difíciles y ante la falta, no menos grave, de ele-

mentos materiales suficientes para mejorar estos vastos servicios.

Dada esta situación, los altos y predominantes intereses de la seguridad personal se aunan á los intereses de la industria y del comercio para reclamar un cambio de rumbo en la dirección y explotación de los ferrocarriles.

Y, á ese doble orden de primordiales exigencias, viene todavía á agregarse el interés económico nacional, que exige á los ferrocarriles una producción que guarde más ó menos relativa proporcionalidad con los ingentes capitales invertidos en esas empresas.

Todo esto, que es una montaña de beneficios, puede venirnos del arrendamiento de los ferrocarriles.

No se podría discretamente dudar de que una empresa seria, como tendría que ser la que tomara entre sus manos este vasto negocio, habría de traernos un personal directivo, competente é ilustrado.

Esto sólo sería una garantía eficacísima para la seguridad personal de los viajeros.

Y sería después una seguridad de buen servicio que redundaría en ventajas positivas y ciertas para la industria y el comercio del país.

Veríamos desaparecer, como por obra de encantamiento, la imprevisión, el desgreño y la rutina que son absolutamente inevitables, de una complicada administración industrial dirigida por el Estado.

Tendríamos, por ejemplo, para el más provechoso y expedito servicio de los acarreos, el sistema de la grande y pequeña velocidad.

Quienes quisieren gran rapidez en la expedición de sus mercaderías, pagarían la gran velocidad, la pagarían más

caro, es cierto, pero contarían con la certidumbre de que sus efectos llegaban á día y hora fijos al lugar de su destino y de que, si así no aconteciese, tendrían contra quien repetir por sus perjuicios y serían inmediatamente reembolsados de ellos.

Desaparecerían de las tarifas de porteo los fletes fijos é invariables por kilómetro, para ser reemplazadas por el sistema, infinitamente más racional, de disminuir en cierta escala progresiva esos fletes á medida que las distancias fueran mayores.

En materia de boletos de pasajes tendríamos las infinitas combinaciones y ventajas que ofrecen los billetes de familia, á los cuales se acuerdan rebajas considerables; los billetes circulares, en combinación con las compañías de vapores de la costa; los billetes de ida y vuelta, con plazo de treinta, sesenta y noventa días, para utilizarles, según sus precios respectivos.

Sólo la industria privada, sólo el interés personal es capaz de ofrecer una combinación de facilidades y ventajas de esta naturaleza, porque á ello les induce el estímulo de su propio beneficio. El Estado es un negociante inerte é inhábil para estudiar estos detalles que son, sin embargo, importantísimos.

Discurriendo sobre estas materias, hemos salido de nuestro papel, que es única y exclusivamente el de señalar, en la explotación de los ferrocarriles, una fuente cierta y cuantiosa de recursos que deberían utilizarse para el mejoramiento de nuestra situación económica. Ponemos, por lo tanto, término á este capítulo.

XV

Se extrañará tal vez que tratando de señalar las fuentes de recursos más abundantes y más al alcance de nuestra mano para producir una reacción favorable en la actual condición económica del país, hayamos dejado atrás el análisis de los presupuestos públicos.

No es éste un olvido ú omisión involuntaria.

La verdad es que no nos alcanza el aliento para predicar en pleno desierto y con el profundo convencimiento de que todos los esfuerzos que se hagan para obtener una reducción de los gastos públicos, serán esfuerzos y tiempo perdido.

Otra razón, fundamental también, que nos desinteresa para entrar al estudio de los presupuestos y de las bien considerables economías que podrían verificarse sin más que la voluntad de realizarlas, es la de que es ésta tal vez la única materia que ha sido tratada latamente con anterioridad, así en la prensa como en el Congreso.

De manera que, aun cuando el campo es vasto, socorrido el tema, fácil y abundante la cosecha de aprobaciones platónicas que pudieran recogerse de este análisis, renunciamos á emprenderle.

Nuestra situación propiamente *financiera*, mucho más estudiada y conocida que nuestra condición *económica*, es, por lo demás, de carácter subalterno para el problema de actualidad.

Lo hemos dicho diez veces de antemano. El Fisco en Chile es un gran pródigo, pero un pródigo opulento y aun cuando es un dolor verle consumir estérilmente buena parte de sus rentas sin beneficio alguno del país;

no por eso sería de temer una crisis inmediata de su crédito ó de sus recursos.

Por grave que sea el pecado que se comete, haciendo subir los gastos públicos á la cifra á que alcanza el presupuesto vigente, no iremos por eso á la bancarrota fiscal. Tenemos el antiguo y arraigado convencimiento de que se podrían eliminar diez millones de pesos en estos desembolsos, sin que nadie, á excepción de los beneficiados se entiende, pudiera darse cuenta de que la administración pública carecía de alguno de los rodajes superpuestos, inertes ó recargados, con los cuales funciona en la actualidad.

Pero desde que vimos hace pocos meses que después de presentado al Congreso, por el mismo Gobierno, un presupuesto de gastos para el año en curso, ascendente á la suma de 50.302,000 pesos 32 centavos, y desde que pudimos presenciar cómo fué que ese presupuesto salió de los debates de la Cámara elevado en más de once millones sin contar con otro recargo de análoga cuantía en los impuestos públicos; nos ganó invencible desaliento para esperar economías en la inversión de los dineros de los contribuyentes.

Y, como lo observamos anteriormente, esta es la obra y la responsabilidad común de todos los partidos, formados también todos ellos de hombres patriotas, ilustrados, muy discretos, muy cuerdos y muy cautos en el manejo de intereses particulares propios y ajenos.

Hay entonces que convenir en que el mal está en nuestra defectuosa organización económica y que los esfuerzos comunes deben propender á que la abundancia de recursos fiscales, derivados de una fuente gratuita como es la comunidad industrial del tesoro público con

la riqueza salitrera, no se torne á la larga en daño del país.

Para alcanzar estos benéficos resultados, es absolutamente indispensable que hagamos converger la riqueza fiscal hacia el mejoramiento económico del país, ya sea ofreciendo ciertas ventajas á la industria nacional chilena para que entre en la participación de los beneficios del salitre, ya emprendiendo la ejecución de obras públicas que desarrollen la riqueza privada, ya disminuyendo los impuestos en vez de recargarles, ya, en fin, compeliendo al gobierno á la formación del gran fondo de reserva nacional.

La cesación del curso forzoso y la vuelta al régimen de circulación metálica, será *el efecto* de estas medidas, pero no podrá ser nunca *la causa* que produzca esos efectos.

Trabajemos, enriquezcámonos ante todo, y tendremos riquezas, valores, mercaderías que se cambiarán en el mercado universal por otras mercaderías y por oro de la mejor ley. Cuidemos con el mismo afán de no comprometer, sin causas muy justificadas, el crédito del país, porque si le abatimos y le postramos, si siquiera le debilitamos, podríamos encontrarnos cruzados de brazos aun en medio de recursos naturales, abundantes, que no sería dable desarrollar ni utilizar. Si volvemos la vista hacia cualquier punto de nuestro horizonte geográfico, hallaremos muy de cerca ejemplos y enseñanzas que conviene tener siempre en la memoria.

XVI

Hemos insinuado reiteradamente en el curso de nuestras observaciones que habría una indisputable conve-

niencia en proceder á formar el gran fondo de la reserva nacional.

La parte, en realidad, sustantiva de esta idea, consiste en que podamos contar con una masa de valores que no ingresen á las arcas fiscales con el carácter de recursos *ordinarios* de la administración.

Son muy considerables los sumandos que podrían componer esas reservas.

Ellas se formarían:

1.º Con el producido de la enagenación de los terrenos del sur;

2.º Con iguales valores procedentes de la venta de terrenos del malecón de Valparaíso y de la parte que se resolviera enagenar en los formados por la canalización del Mapocho;

3.º Con la cuota de los derechos de aduana recaudada hasta hoy en oro ó en letras sobre Europa;

4.º Con el precio de venta de las salitreras de Tarapacá, caso que desgraciadamente se insistiera en enajenar esas oficinas.

Si, por la inversa, se aceptaran las ideas que hemos tenido el honor de proponer en esta materia, este ítem de la reserva nacional se formaría con las cuotas de derechos y cánones de arrendamiento que pagaran los contratistas chilenos de elaboración;

5.º Con los cánones de arrendamiento de los ferrocarriles del Estado en la misma hipótesis que contempla el párrafo precedente;

6.º Con el producido de venta de los 72,000 quilogramos de plata depositados en la Casa de Moneda á virtud de la ejecución de la ley de 1884;

7.º Finalmente, con las economías que lograran hacerse en los presupuestos de gastos públicos.

No es posible, como se comprenderá, formar un cálculo, siquiera aproximativo, de la cuantía total de estos valores, pero es evidente que alcanzan á sumas muy altas.

Estamos ciertos de que ese gran fondo de reservas bien aplicado, transformaría la actual condición económica del país.

La primera y, sin disputa, la más benéfica de todas las inversiones qne pudiera darse á esos fondos, sería la de pagar con ellos las deudas públicas amortizables ó de próximo vencimiento.

No hay, en realidad, una mejor caja para los capitales de ahorro, que el cofre de los propios acreedores.

Estimamos que la más gravosa de todas las deudas públicas y la que, en consecuencia, debiera cancelarse en primer término, es la constituida por los llamados bonos internacionales emitidos en conformidad á la ley de 26 de noviembre último.

Y así lo creemos, no sólo porque los bonos ganan un interés de seis por ciento con una amortización de uno por ciento pagaderas *en oro*, sino porque fué la perturbadora emisión de estos títulos causante de la baja que han sufrido en el mercado de Londres todas las obligaciones chilenas de 1886, 1887, 1888, 1889 i 1892.

El 4½%, por ejemplo, de los dos primeros empréstitos mencionados que había alcanzado cotizaciones á la par y hasta con premio en las épocas próximas á su emisión, que descendió después considerablemente á causa de los trastornos internos de 1891 y que reaccionó en se-

guida de una manera halagüeña para el crédito nacional; ha vuelto á caer ahora á 87½% sin otro motivo que el de haberse emitido los bonos internacionales de amortización y habérseles enajenado en nuestra propia plaza á un precio medio de $ 12.50 en moneda nacional y con cambios de 15½ á 16½d.

El mismo empréstito último de £ 1.800,000 de 1892, que segun declaraciones oficialmente hechas ante el Congreso, se emitió á 95%, que subió después á 97% y tal vez á 98%; ha caído hoy á 94¾% por la misma y única razón.

No podría dudarse de las ventajas indiscutibles para el crédito del país que se producirían con la amortización extraordinaria de esos títulos.

Tenemos bien presente que esta operación no podría ejecutarse sino con el acuerdo de los interesados, es decir, de los tenedores de esos bonos, ya que para que nada faltára á su más acabada inconveniencia, el inciso 2.º artículo 1.º de la ley de noviembre estatuyó que no podrían amortizarse extraordinariamente esas obligaciones sino después de cinco años de su respectiva fecha.

No obstante, pensamos que debería tentarse un arreglo con los tenedores de esos títulos, arreglo que consistiría, por cierto, en su pago inmediato y que sería aceptado tal vez, porque, dado el precio que han pagado por esos bonos, pueden temer un alza en el cambio, no sólo posible sino probable en la larga vida de los créditos y esta circunstancia desmejoraría su negocio.

Se sabe además que no alcanzaron á enajenarse sino £ 150,000 de estas obligaciones, lo cual facilita mucho un arreglo de esta naturaleza.

En pos de esta deuda debería cancelarse también el último empréstito interno por 4.000,000 de pesos que se contrató en febrero del año corriente con algunos de los bancos, así como deberían cubrirse los saldos de la deuda flotante á favor de esos establecimientos.

"Á vida reformada, costumbres mejoradas".

Es menester liquidar y finiquitar las deudas del Estado para con los bancos. Es menester, sobre todo, que los Congresos se abstengan de autorizar esas deudas en forma de cuentas corrientes, porque son notorios los riesgos de que se estiren los créditos otorgados de esta manera y de que las obligaciones sobrepasen á la autorización legislativa. Las únicas relaciones útiles entre el Estado y los bancos, son las de depositario y depositante, ya que éste es el medio de hacer redituar intereses á considerables sumas de dinero que de otra suerte podrían permanecer ociosas é improductivas en las tesorerías fiscales. Estos depósitos tienen todavía la ventaja de reducir muy considerablemente la cantidad de circulante necesario en el mercado, puesto que buena parte de las operaciones se reducen á simples giros de cuentas. Inútil nos parece añadir que estas mismas benéficas relaciones entre ambas entidades, no están exentas de peligros por más que ellos sean remotos y que no todas las instituciones de crédito deberían considerarse igualmente aptas para recibir en depósito los dineros públicos.

Una tercera categoría de deudas que deberían cancelarse con los fondos de la reserva, es la que pesa sobre el Estado á virtud de la ley de 22 de diciembre de 1891 que le ordenó sustituirse en los saldos de las obligaciones vigentes de las municipalidades de Santiago y Valparaíso, que no alcanzaren á cubrirse con el precio de

los bienes raíces de esas corporaciones que debían ser enajenados.

Es sensible que el cumplimiento de esta parte de la ley del 91, haya dado lugar á las irregularidades graves que denunció ante el Congreso la justificada representación del Presidente de la Corte de Cuentas.

Es sensible todavía que hasta el momento en que escribimos, las municipalidades agraciadas por la ley del 91, no hayan cumplido, á lo que entendemos, con el deber de enajenar todas sus propiedades raíces que era requisito previo para que el Estado se hiciera cargo *del saldo insoluto de sus deudas.*

Por fortuna, el retardo que ha sufrido la ejecución de las leyes que ordenan la cancelación de las deudas anteriormente relacionadas, permite al Congreso modificarlas de una manera útil y que pueda llegar á ser necesaria.

Es así, por ejemplo, como la ley de 1.º de febrero del año en curso, impropiamente llamada de *movilización de créditos*, puesto que no es en realidad, sino de *aplicación* de fondos especiales para verificar pagos determinados, dispone en su artículo 4.º lo que sigue:

"El producto de la emisión de dichos vales y bonos se aplicará al pago de la deuda flotante del Estado, y, *en lo que sobre, al de las exacciones de billetes de los Bancos realizada por el gobierno dictatorial.*"

Ahora bien, si el Congreso acogiera la idea de concluir con las emisiones bancarias convirtiéndolas en fiscales, no tendría ya razón de ser este pago. Porque es obvio que si se ha ordenado restituir á los Bancos los nueve millones y pico de esas exacciones, fué simplemente porque, utilizados esos billetes por el gobierno de la

dictadura, cuyos actos han sido declarados nulos, la responsabilidad de su pago tornaba sobre los establecimiento emisores.

Pero, suprimida que fuera la emisión bancaria, el gobierno respondería al público de esas sumas de billetes, y cesaría, por lo tanto, la razón de la ley que ordenó el pago referido.

Otra de las ventajas que pueden obtenerse del retardo sufrido en la ejecución de las leyes de nuestra referencia, es concluir con la emisión de bonos especiales para el pago de cada deuda.

¿Qué significa, en efecto, ni qué objeto útil habría en que se emitiera cierta serie de bonos que representase el producido de la venta de tierras del sur y otra serie distinta que representara el valor de los terrenos de Valparaíso ó de los formados por la canalización del Mapocho?

¿Para qué este fraccionamiento de títulos de una misma deuda pública?

No lo concebimos ni sería fácil acertar á explicárselo.

Por lo que atañe al pago de la deuda de las Municipalidades de Santiago y Valparaíso con bonos especiales, que tampoco se han emitido hasta la fecha, convendría que el Gobierno y el Congreso hicieran cumplir con seriedad las disposiciones contenidas en los artículos 3.º y 4.º de los transitorios de la ley de 22 de diciembre de 1891, y que una vez que se conozca cuál es el verdadero saldo de esas deudas, se proceda á amortizarlo extraordinaria y totalmente. No conocemos los contratos ó, más bien, las condiciones de los diversos empréstitos municipales vigentes, pero si hubiere algunos que no puedan ser extraordinariamente amortizados, se haría

indispensable ajustar un arreglo con los tenedores de esos títulos. El Estado no puede emitir sino bonos con seis por ciento (6%) de interés y dos por ciento (2%) de amortización. Á esto limita su obligación la ley de 22 de diciembre de 1891. Por lo tanto, deberían ser las corporaciones agraciadas por esa ley las que cargaran con el exceso de intereses que pudieran ganar los títulos no amortizables de su deuda.

Hemos tenido que entrar en los precedentes detalles, impropios tal vez del carácter general de nuestro estudio, porque la subsistencia de las irregularidades, omisiones ó defectos de esas leyes, dificultarían la liquidación y extinción definitiva de las responsabilidades del Estado.

Volviendo, ahora, al fondo de este tema, habremos de añadir que la última de las inversiones á que, en nuestro plan, estaría destinado el gran fondo de las reservas nacionales, sería la de aplicarse por mitad á la amortización extraordinaria de los empréstitos exteriores de 1886 y 1887, que admiten este rescate y á la ejecución de obras públicas que desarrollen el poder productivo del país.

No cabe discutir la conveniencia manifiesta de amortizar extraordinariamente la deuda externa.

Conviene, no obstante, disipar ciertas perturbaciones de criterio que son propias del carácter de estos problemas económicos.

Hay muchas gentes, y aun personas ilustradas, que creen que por cuanto el Estado hace el servicio de su deuda con una cuota del impuesto de exportación de salitres cobrado en letras sobre Europa, esos pagos no causan perturbación alguna en el movimiento de los valores del intercambio.

Hoy mismo leíamos un interesante artículo de fondo de uno de los órganos de la prensa diaria, en el cual se indica como recurso eficaz para llegar al circulante monetario, la acumulación de un fondo en Europa mediante al pago, en letras de cambio, de una cuota del impuesto de salitres y yodos, fondo que se emplearía en títulos de la deuda inglesa á fin de ganar un interés cualquiera y que se enajenarían cuando llegase el momento oportuno de proceder á la conversión.

Pero no se repara en que, para acumular esos fondos en Europa, es menester y es inevitable arrancar al comercio nacional los únicos retornos de que dispone, quitarle las letras que los salitreros venden en nuestras plazas para procurarse el dinero con el cual pagan el impuesto.

Por lo tanto, este recurso no es recurso y sus resultados serían hasta dañinos en el momento actual porque irían á deprimir más aún el tipo del cambio.

Empleado este arbitrio por el Estado, como acontece al presente, para servir la deuda externa del país, es obvio que no ganamos ni perdemos, ya que si el Gobierno no exigiera estas letras de los salitreros, tendría que adquirirlas en el mercado y el efecto sería exactamente el mismo.

Si, pues, la idea de hacer economías y de emplearlas en valores sólidos, es de una eficacia fuera de toda contradicción, valdría más realizarlas dentro del país por medio de la compra de pastas de plata.

Cierto es que esta misma inversión de los fondos economizados quitaría al comercio uno de los artículos, uno de los valores de retorno de que ha menester para pagar sus internaciones.

Pero, como no es dable hacer la tortilla sin quebrar los huevos, como de todas maneras las acumulaciones de reservas *metálicas*, dentro ó fuera del país, tendrían que hacer al comercio una competencia de resultados adversos al movimiento de los intercambios; deberíamos preferir aquel de los males que fuera menor ó que ofreciera alguna compensación benéfica.

En este sentido es indudable que la compra de pastas metálicas de plata debiera ser preferida, por cuanto es un artículo de producción nacional y por cuanto estimulando y desarrollando su producción, estimulamos el desarrollo de la riqueza del país.

Nosotros mismos teníamos recomendado de antemano este procedimiento, pero *para el solo efecto* de dar inversión á los fondos que pudieran economizarse de los gastos públicos y con los cuales se haría, cuando el monto de esas acumulaciones lo permitiese, la conversión del curso forzoso al régimen del circulante metálico.

Hoy, con el profundo convencimiento de que es un candor injustificable pedir ó aguardar economías en los gastos públicos, porque no hay partidos ni hombres que acepten estos sacrificios en pró de un tesoro fiscal repleto de *riquezas eventuales;* pensamos que las únicas reservas con las cuales el país podría contar para restablecer su situación económica, son las que provengan de acumulaciones ya realizadas ó del producido de enajenación de los bienes nacionales.

En orden á la destinación de este género de reservas, creemos que la bien entendida conveniencia del país, no está en inmovilizarlas como en una alcancía colonial, sino en darles el empleo más reproductivo, el que más rápida y eficazmente nos conduzca al enriquecimiento del país.

Y así como un industrial inteligente, discreto y previsor, divide sus recursos, comparte sus esfuerzos entre la necesidad de pagar sus deudas para mantener intacto su crédito, disminuidos sus gravámenes y la conveniencia, no menos premiosa y remuneratoria, de perfeccionar y acrecentar su poder productivo por medio del mejoramiento de sus terrenos, maquinarias ó herramientas; de la misma manera el país debe emplear sus reservas en amortizar sus obligaciones más gravosas y en abrir á la industria nuevos horizontes de ensanche que la habiliten para acrecentar las fuerzas de la producción y de la riqueza nacional.

En este doble trabajo de producción y de ahorro, se resume el poder económico de los pueblos como el de los individuos.

No desconocemos que el empleo de uno solo de estos elementos, el del ahorro, tiene menos peligros que la combinación justa y acertada de entreambos, porque es más fácil y más seguro guardar, atesorar, que invertir reproductivamente el dinero.

Nuestra experiencia en materia de ejecución de obras públicas, no es ciertamente muy alentadora. Se ha malgastado mucho, aun en las obras útiles realizadas, se han invertido cuantiosas sumas en obras de lujo que son un despropósito en un país de modestos recursos y, lo que es todavía más doloroso, se han emprendido dispendiosas construcciones de la más perfecta inutilidad.

Pero esa propia dolorosa experiencia del pasado, es una garantía de acierto para el porvenir.

Hay necesidad imperiosa é impostergable de mejorar la condición de nuestros puertos de comercio. La seguridad, la facilidad y el bajo precio de la carga y descarga

de los buques, es, sin disputa, uno de los elementos más esenciales para el desarrollo del comercio y de la riqueza pública.

La conveniencia y aun la necesidad manifiesta de completar la red de vías férreas en construcción y de estenderla todavía por los vastos espacios que abarcan los terrenos de propiedad nacional de las provincias australes del país, no es menos imperiosa ni menos demostrada.

El mejoramiento de las vías públicas y la construcción de nuevas carreteras que sirvan al desarrollo de la minería, no pueden tampoco postergarse, so pena de esterilizar otra de las grandes fuentes de la riqueza nacional.

Todos estos importantes y vitales intereses del país, deben servirse y deben impulsarse con los fondos de la gran reserva nacional que hallarán en estas inversiones el medio más cierto de proveer al restablecimiento de nuestra actualidad económica y de prepararnos un porvenir menos precario y menos inquietante que el que nos ofrecen las eventuales riquezas que hoy explota y beneficia exclusivamente el Estado sin participación de la fortuna pública nacional.

Es de políticos previsores, de gobernantes discretos, utilizar en servicio de estos predominantes intereses, la masa de los recursos extraordinarios del país.

Compártanse esos recursos entre la amortización de nuestras deudas externas y el impulso de la producción nacional, restrínjanse los gastos inútiles y désenos, en seguida, seguridad interior, previniendo y reprimiendo con persistente celo y energía los atentados del vandalismo y, sin más que esto, el país desarrollará un poder productivo sobradamente amplio para salir de las tran-

sitorias dificultades que nos rodean y para traernos, como un resultado necesario y consecuencial de su enriquecimiento, la suspirada circulación metálica que tan revesadamente se ha perseguido.

XVII

Aquí habríamos puesto término á nuestro estudio si no considerásemos necesario añadir, siquiera sea unas cuantas reflexiones, en orden al proyecto presentado por el Gobierno para modificar la ley de noviembre último.

Queremos creer que ese proyecto no sea sino el comienzo de una obra más vasta y más completa, ya que de otra manera no produciría sino efectos muy limitados y en extremo deficientes para alcanzar el mejoramiento de la situación económica del país.

Se ha dado, en efecto, un primer paso, en este sentido, suprimiendo las incineraciones del circulante legal mientras no se cuente con otro de mejor clase para reemplazarle.

Ésto, que era elemental y forzoso, es *algo* sin duda, pero nada más que algo.

Faltan todavía nueve décimas partes del camino por recorrer.

Falta, desde luego, que un segundo proyecto, que aguardamos muy á breve plazo, provea á la impostergable necesidad de dar á los mercados nacionales una suma de circulante que por su cantidad y, sobre todo, por su calidad, satisfaga al movimiento industrial y comercial del país y le evite sobresaltos, desconfianzas é inquietudes.

Bien sabemos que si hubiese de mantenerse en esta materia el *statu quo*, no faltaría el papel en nuestros mercados.

La ley de noviembre, vigente hasta hoy, autoriza á los bancos para emitir, en proporción á su capital pagado, hasta la suma de veinticuatro millones de pesos ($ 24.000,000). Esta cantidad, unida al monto de la emisión fiscal existente (30.000,000), nos daría un total análogo al que, en nuestro concepto, requiere el movimiento normal de las transacciones.

Es obvio, por lo demás, que si no se innovase en esta materia, los bancos harían uso de todo el poder emisor que les acuerda la ley de noviembre, ya porque las necesidades del mercado así lo reclaman, ya porque debe hallarse muy debilitada su fe en que llegue para ellos la necesidad de atesorar el oro de los 24 peniques para convertir sus billetes.

Si hemos de tener cincuenta y cuatro millones de circulación fiduciaria, *legal ó prácticamente inconvertible*, debemos esforzarnos porque su calidad no inspire justificados recelos y no sea, al fin de cuentas, un estorbo y un obstáculo invencible para el mismo propósito de llegar al régimen de pagos en especies.

Hay al presente en el país veinticinco establecimientos bancarios, de los cuales solo *seis* carecen de emisión hasta este momento. Es todavía bien posible que si alguno ó algunos de estos *seis* establecimientos no deseare ó no creyere conveniente hacer uso, por cuenta propia, del derecho que les acuerda la ley de noviembre, traspase ó ceda á otra institucion de su clase la facultad de lanzar los billetes que hubieren de corresponderle en el reparto cuotativo proporcional á su capital pagado.

Pero, aun suponiendo que no llegase á producirse un arreglo de esta naturaleza, quedarían en el mercado nacional *diecinueve bancos* emisores de papel que no han garantido sino *cincuenta por ciento* del total importe de sus billetes.

No es dable presumir que, en concepto del gobierno, una situación de esta naturaleza sea preferible á la que podría sencillamente crearse convirtiendo toda la emisión bancaria en fiscal ó conservando esta última, con la calidad de admisible en todas las tesorerías de la República, pero *totalmente garantida.*

Sin más que esta consideración, insistimos en creer y en esperar que el proyecto gubernativo presentado al Congreso en su primera sesión extraordinaria de 30 de abril, tendrá que ser seguido sin retardo de otro ú otros que le complementen.

Casi innecesario nos parece agregar que el proyecto de nuestra referencia carece, por lo demás, de todo alcance, de todo mérito para producir la más ligera modificación de nuestra actualidad *económica.*

Sin medidas que estimulen el desarrollo de la producción nacional, la restricción de los consumos ó un mejor reparto de nuestros productos y valores; es obvio que nada avanzaremos, que el cambio seguirá su progresiva marcha descendente, que nuestras industrias no cobrarán más vigor del que hoy tienen, y que la gran masa de los asalariados y de los que viven de la renta de sus capitales de ahorro irán sintiendo cada día más estrecha su condición.

Sentimos aún añadir, á este propósito, que el proyecto manifiesta tendencias que no son francamente muy halagüeñas.

Se insiste, en efecto, en mantener el cobro en *oro* de la cuota de 25 °/o de los derechos de aduana.

Se insistirá, por lo tanto, en elevar esa cuota al 50°/o en los años próximos de 1894 y 1895.

Esta es una amenaza no ya sólo de permanencia sino de reagravación de nuestros males económicos.

El millón cien mil libras (£ 1.100,000) que, según cálculos oficiales, representará la cuota de 50°/o de los derechos de internación recaudables *en oro* durante los años citados, nos compelería á invertir $ 16.500,000 de nuestra moneda (computados á un cambio de 16), sólo en la compra de *oro* que el comercio tendría que verificar para el pago de los derechos.

Y esto se haría con el exclusivo objeto de que pudiera emitirse la moneda de los 24 d el 31 de diciembre de 1895.

Pues nosotros pensamos que si fuera, en realidad, benéfica ó siquiera útil la emisión de la tal moneda, se dificultaría, casi se imposibilitaría su advenimiento, persistiendo en deprimir artificialmente el tipo del cambio.

Tornan dentro de un círculo vicioso los que, señalando como condición para la vuelta al régimen metálico el alza del cambio á 23 d durante un período de seis meses, hacen todo lo necesario para que semejante alza no pueda llegar jamás á producirse.

Fuera ocioso, por lo demás, repetir á este propósito la crítica que latamente dejamos hecha en el cuerpo de este estudio sobre el fondo mismo del sistema que encarna la ley de noviembre.

Es, á nuestro juicio, hasta inconcebible que se insista en sustituir nuestro viejo y universal sistema monetario, que da á un artículo de producción nacional, como es la plata, el propio oficio que desempeña en casi todos los

mercados del orbe, para reemplazarle por una especie metálica que necesitamos comprar á mercados extraños, que tendría un menor poder intrínseco de cambio y que es, en el fondo, una creación arbitraria y peculiarísima de esa ley.

Tanto esa inverosímil reforma como la idea anti-económica é inconstitucional de destruir la integridad de las obligaciones constituidas durante la vigencia del curso forzoso, nos parecen pequeños recursos de una terapéutica económica empírica, que si bien pudieran servir á cierto orden de intereses determinados, dañan, abaten el crédito del país y no llevan, por cierto, el menor auxilio al desenvolvimiento de la riqueza pública general. Lo que la ley daría á los unos tendría que quitárselo á los otros y en este juego en el cual salen evidentemente lastimadas todas las nociones elementales y universales de propiedad, ley y derecho; el país nada gana ni nada podría ganar, pues si los beneficiados quedan más ricos los perjudicados quedan más pobres.

Dominados de este profundo y sincero convencimiento, nos atreveríamos á decir á los legisladores del país, como nuestra última palabra en esta materia:

Non bis in idem.

Santiago, abril de 1893.